REVISTA MÉDICA DE CHILE

RECUERDOS DE LA ESCUELA

POR

AUGUSTO ORREGO LUCO

Santiago de Chile
IMPRENTA UNIVERSITARIA
Estado 68
1924

BIBLIOTECA NACIONAL
DIRECCIÓN GENERAL

RECUERDOS DE LA ESCUELA

DIGITIZED

Dr. Augusto Orrego Luco



«. . . la Escuela que no tiene el anhelo del engrandecimiento intelectual, que no siente palpitar en su seno la ambición, es una Escuela muerta.»

2-248

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

REVISTA MÉDICA DE CHILE

RECUERDOS DE LA ESCUELA

POR

AUGUSTO ORREGO LUCO

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA
ESTADO 63
1922





RECUERDOS DE LA ESCUELA

«La ciencia, dice el poeta alemán Schiller, es para unos una diosa y para otros una vaca lechera,.»

I. Domeyko.

I

La Escuela.—Lafargue.—Philippi.—Domeyko.—Bustillos.—Vásquez

La Escuela de Medicina, cuando la fuí a ver por primera vez haçe cerca de sesenta años, funcionaba en la calle de San Francisco, a los pies del viejo Hospital que fundó Pedro Valdivia.

Era un pequeño edificio con una puerta enorme. A cada lado de esa gran puerta se abrían dos ventanas cerradas con hermosas rejas.

Todo el frontis de la Escuela era estucado, y encima del pórtico había un frontispicio, con figuras en bajo relieve de tamaño natural; las figuras representaban una lección de Anatomía. Ese bajo relieve, obra de Plaza, era uno de los primeros y afortunados ensayos del arte nacional.

La primera impresión de esa fachada severa y elegante, que había diseñado el arquitecto don Manuel Aldunate, era muy favorable a nuestra escuela. Por desgracia, el resto del edificio estaba lejos de corresponder a esas promesas.

Detrás de la portada monumental,—que había sido el pie

forzado de aquella construcción,—nos encontrábamos con un zaguán ancho y corto.

A cada lado del zaguán había una sala. Estas dos salas de construcción muy posterior al resto del edificio, eran de cal y ladrillo, altas, bien construídas, con piso entablado y cielo de madera, con paredes pintadas al temple, y con molduras en el marco de las ventanas y las puertas.

El salón de la izquierda estaba en el sitio que ocupaba en el edificio primitivo el gabinete de anatomía del Dr. Lafargue.

Una estantería—la misma de los tiempos de Lafargue—cubría todo un costado de la sala. Ahí había una colección de preparaciones y objetos anatómicos, que se guardaban en grandes vocales con alcohol (1).

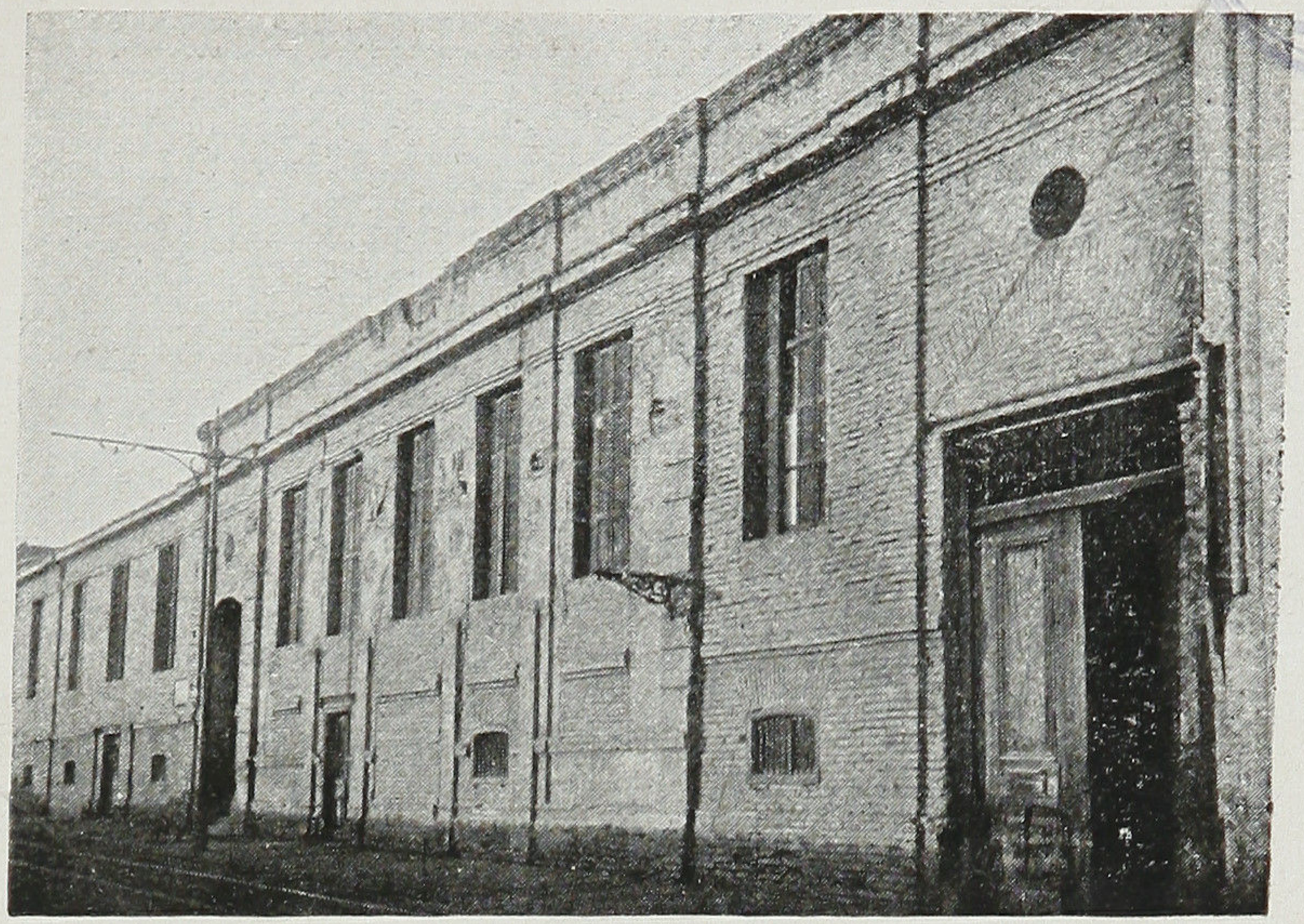
---

(1) Insistimos en la exactitud de estos detalles, de que más de una vez nos habló el Dr. Aguirre. En esa sala del edificio primitivo estaba la Biblioteca y el Museo Anatómico. En el primer patio del Hospital de San Juan de Dios, había en el fondo un cuarto cualquiera, sin ningún arreglo: una mesa, para las disecciones, y un armario, para guardar los instrumentos, eran todo el mobiliario de esa pieza que decorábamos pomposamente con el nombre de «Anfiteatro anatómico».

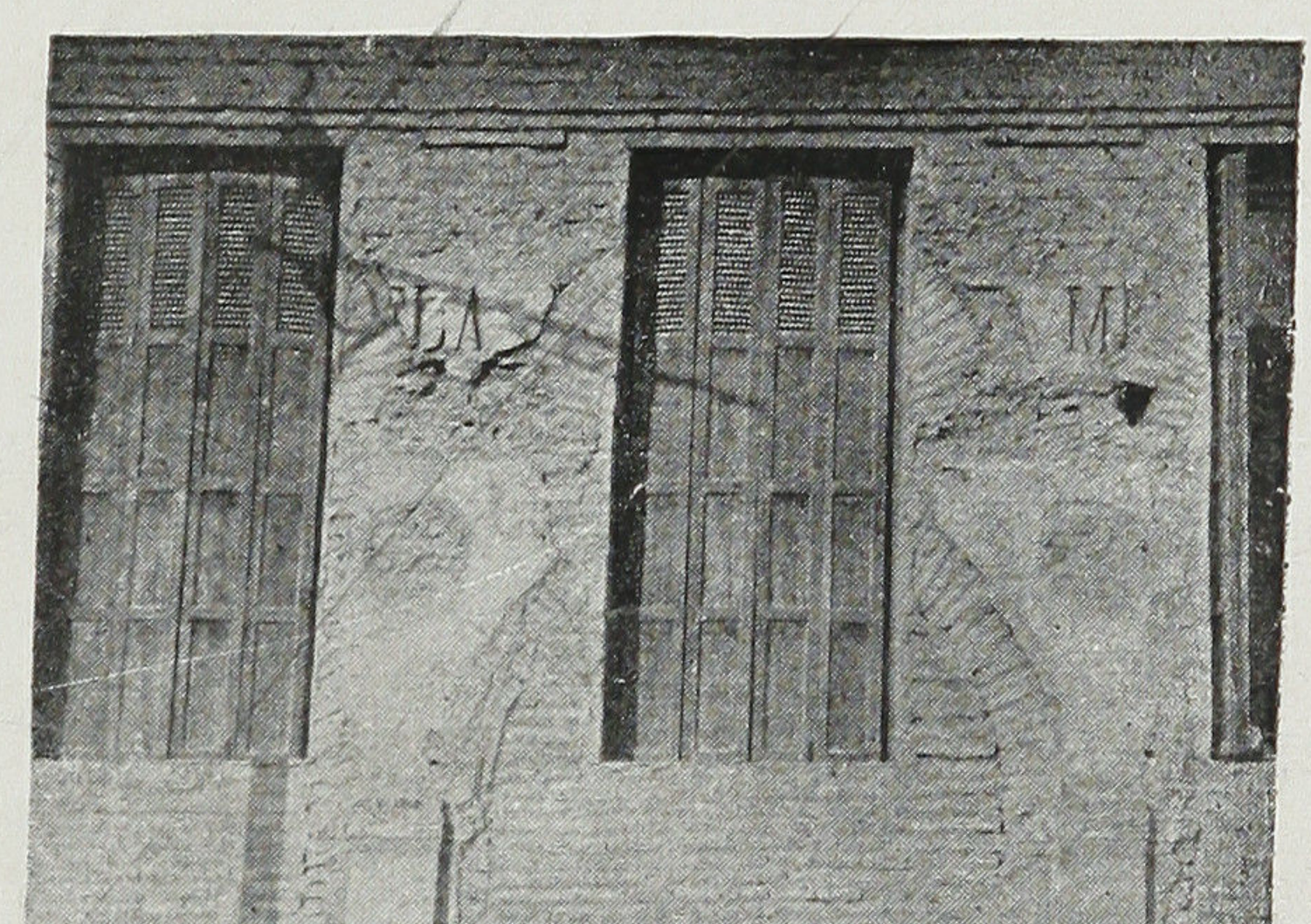
Ese famoso anfiteatro, en 1857 o 58 fué trasladado al antiguo edificio de la calle de San Francisco. Y a ese anfiteatro del hospital se refería Semir cuando decía que «los jóvenes habituados a una vida decente no podían avenirse con los disgustos, la repugnancia y el estado malsano de los estudios médicos, con el asqueroso cuadro del anfiteatro y el destrozo de los miembros humanos, cuya putridez se hallaba encerrada en el mal cuarto en que se verificaba la disección, sin aire que lo ventilase, sin agua, ni paños con que secarse, sin vestuario a propósito para los alumnos y sin ninguna precaución higiénica que los precaviera de los funestos estragos de la putrefacción y los contagios. De aquí resulta que cada curso daba sus víctimas casi por mitad, pues en el primero, de Morán, en que había 3 alumnos, murieron 2 en el tercer año de la carrera; en el segundo, que hubo 6, murieron otros 2, y dos se hicieron valetudinarios; en el tercero, que hubo 5, murió 1; en el cuarto murió otro. Sólo en los dos últimos cursos no ha habido víctimas, y esto es debido, sin duda, a las pequeñas mejoras que se han hecho y al nombramiento de un sirviente verificado el año 1853 para la clase de Anatomía, pues hasta entonces el profesor con ayuda de los alumnos lo hacía todo.»

Y en efecto, confirmando las increíbles afirmaciones de Semir, encontramos que en nota de 9 de Abril de 1847, Varas pedía al Gobierno autorización para nombrar un sirviente que atendiera al anfiteatro, porque «hasta entonces los alumnos de Anatomía habían cuidado ellos mismos la limpieza del anfiteatro y se veían obligados a trasladar los cadáveres».

LA ESCUELA VIEJA



«Pasé hace poco delante del antiguo edificio. Todo el frente ha sido transformado. Ahora tiene dos pisos. La puerta ha desaparecido, la han rellenado, transformándola en muralla, pero queda el arco soberbio de la puerta, perfectamente visible todavía, y encima del arco quedan también algunas letras de la antigua inscripción, queda el LA *en que concluía* ESCUELA *y el* MED *con que principiaba* MEDICINA *. . .»*



«Esa era la Escuela de Medicina cuando principié mis estudios, modesta, muy modesta, más que eso, muy pobre, pero tenía un alma alegre y entusiasta, llena de grandes esperanzas y de nobles ambiciones . . .»

AUGUSTO ORREGO LUCO.

Desde 1864 figuraba entre los adornos de esa sala «la estatua anatómica de Ansoux», que el gobierno había comprado en mil pesos.

Esa estatua anatómica era una figura de cartón-piedra, de tamaño natural, cuyas piezas se podían desmontar, dejando ver lo que había debajo del órgano que se había levantado. Esa ingeniosa disposición facilitaba enormemente los estudios anatómicos.

Creo que todavía se encuentran en algún rincón olvidado de la escuela los últimos restos de ese maniquí, en que tantas generaciones iniciaron sus estudios. Entonces tratábamos al maniquí con el cuidado con que se trata todo lo que es nuevo, y después, con el desdén ingrato con que se trata todo lo que es viejo.

Prescindiendo de esa estatua y de algún otro detalle, todo se conservaba en esa sala como en los tiempos lejanos de Lafargue, que fué el verdadero iniciador de los trabajos anatómicos en Chile.

Lafargue era un viejecito triste, de una fisonomía delicada y melancólica, tenía una mirada de expresión doliente y un pliegue de amargura contraía sus labios. Era muy instruído y de una notable cultura literaria.

A principios del siglo pasado había nacido Lafargue en Montpellier. Allí comenzó sus estudios de medicina, que fué a concluir en la escuela de París. En 1832 figuraba entre los internos más distinguidos de los hospitales del Sena.

En 1835 la Academia de Burdeos premiaba su memoria sobre «las funciones cerebrales de los animales» y al año siguiente la misma academia volvía a conceder la misma distinción a otra memoria de Lafargue sobre «la localización de las ideas y las facultades intelectuales».

Basta el tema de esas dos memorias para ponernos de relieve la amplitud y la orientación de los estudios de Lafargue.

Durante algunos años continúa tenazmente consagrado a sus trabajos, de que esperaba en el porvenir una brillante y feliz compensación. Pero sus alegres ambiciones tuvieron un desastroso desenlace.

En 1836, se presentó entre los candidatos a un concurso para

cirujano militar, y a pesar de que la Comisión examinadora le dió el primer lugar, otro fué designado para el puesto.

Esa injusticia lo hirió profundamente. Aunque sólo había pasado los treinta años, se consideró como un fracasado de la vida, que debía definitivamente renunciar a todas sus grandes esperanzas. En esa hora de amargura y desaliento quiso abandonarlo todo, y se vino a Chile, al país que estaba más lejos de su tierra injusta.

Aquí encontró la cariñosa hospitalidad que ha brindado siempre nuestra patria a los representantes de la cultura intelectual. Luego encontró una honrosa colocación en la enseñanza y un campo ventajoso y fácil en qué ejercer su profesión.

A poco de haber llegado Lafargue se abrió concurso para proveer el puesto de profesor de Anatomía y Fisiología, que había dejado vacante la muerte de Morán. Se disputaban ese puesto Lafargue y Polar. Pero el día de la prueba sólo Lafargue se presentó. En vista de ese concurso, recibió su nombramiento el 7 de Mayo de 1841.

Desde entonces se instaló Lafargue en esa sala. Ahí pasaba, siempre solo, leyendo sus libros, haciendo sus trabajos, en medio de sus preparaciones anatómicas.

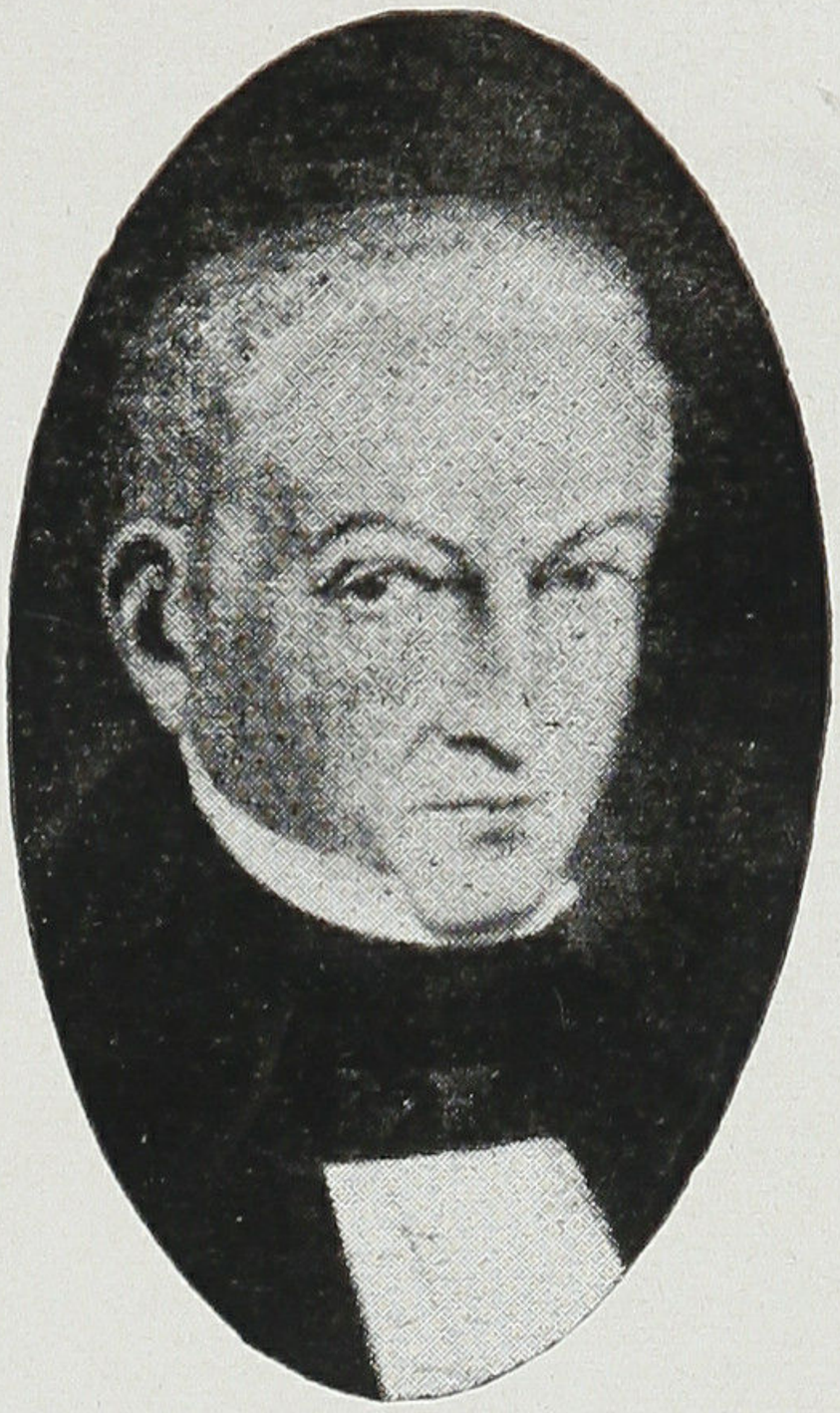
Se recordaba como una leyenda de la Escuela, la vida de ese viejecito delgado, pálido, de ojos claros, de cabeza fina y largos cabellos canos, que andaba despacio, y miraba lentamente con una sonrisa amable y bondadosa.

Sus discípulos recordaban siempre sus lecciones con una cariñosa admiración.

Desde el primer momento colocó su clase de Anatomía, hasta donde podían permitirlo sus escasísimos recursos, a la altura de las clases europeas. Las preparaciones que presentaba a sus alumnos en el pobre anfiteatro de San Juan de Dios, eran ejecutadas con una asombrosa habilidad, que habría hecho honor a las salas de anatomía más brillantes.

«En sus preparaciones Lafargue era admirable, nos decía Aguirre. Tenían la limpieza y la claridad de una lámina muy fina». «El Dr. Lafargue, dice Semir en su *Memoria* de 1860, reglamentó su enseñanza de modo que facilitó extraordinariamente el estudio; puso en planta los métodos europeos hasta

Lafargue



«Lafargue era un viejecito triste, de una fisonomía delicada y melancólica, tenía una mirada de expresión doliente y un pliegue de amargura contraía sus labios. . .»

R. A. Philippi



«Hasta esa tarde serena y amable de su larga vida llegó el Dr. Philippi, rodeado del afecto y del cariño de todos sus discípulos y de las manifestaciones de una profundad gratitud. . .»

entonces conocidos y fué el primero que inyectó los vasos del sistema circulatorio para su demostración».

Lafargue dictaba sus lecciones y esas copias servían de texto a sus discípulos. Ninguna de esas copias ha llegado hasta nosotros y sólo conocemos su enseñanza por la encomiástica apreciación de los que seguían esos cursos.

También dictaba sus lecciones de Fisiología, pero en ese curso, en que seguía las doctrinas de Broussais, los discípulos hacían a su enseñanza extrañas y significativas reservas. «Encontraban que ese curso adolecía de la poca importancia que se da a la parte vital de la organización—dice Semir—pero este defecto no construyó médicos materialistas, porque felizmente los jóvenes que compusieron el curso de Lafargue, tuvieron una inteligencia bastante despejada para dar asenso, hasta cierto punto no más, a las doctrinas fisiológicas que recibían».

Esas apreciaciones significan claramente que las lecciones de Lafargue rompían con las ideas y las tradiciones filosóficas de esa época, y nos explican la rencorosa y sorda hostilidad que principió a envolver a ese maestro amable y sabio.

Esa atmósfera hostil tuvo en la prensa un eco mordaz y apasionado, que hirió profundamente la susceptibilidad enfermiza de Lafargue.

Un buen día, en 1845, el viejecito desapareció. Se había ido al Perú, donde también fué recibido con halago y encontró como médico una holgada posición. Pero, ya nada podía suavizar la herida incurable de sus primeros desengaños. Volvió a sentirse mal en el Perú. Se vino a Chile, y poco después, su vida obscura y triste tuvo un trágico final el 10 de Agosto de 1850. Lafargue se suicidó.

Al otro lado del zaguán había una sala igual a la ocupada por Lafargue. Esa sala servía para las clases teóricas de medicina Patología, Fisiología, Medicina legal, etc.

Un banco, fijo en la muralla, ocupaba un costado de la sala.

Delante de ese banco una larga mesa; en uno de sus extremos un sillón de paja, que ocupaba el profesor.

Después de este cuerpo de edificio, que había sido construído en 1863, seguía otro, antiguo y ordinario, al rededor de un pequeño patio.

Ocupaban un costado de ese patio dos piezas pequeñas. La primera era la habitación del portero. Seguía otra pieza angosta, larga, baja, con el piso de ladrillos y un cielo de género blanqueado. Tenía una ventana y una puerta.

En esa pieza había un estante y una mesa, pintados de negro. Unas cuantas sillas. Al frente de la mesa, que servía de escritorio, un pequeño banco, entre la puerta y la ventana.

Esta era la sala en que los profesores aguardaban que el reloj de San Francisco, que reglaba los movimientos de la escuela, indicase la hora de la clase. Ahí también a veces se tomaban los exámenes.

Cerraban ese patio dos piezas separadas por un ancho pasadizo. Una de esas piezas tenía claraboya. Era la que servía para la clase de Anatomía. Ahí trabajaban el profesor y el disector. Había una gran mesa con cubierta de mármol, un armario para guardar los instrumentos y unos cuantos bancos movibles.

La otra pieza era para los estudiantes. No tenía claraboya, no tenía luz. Para poder trabajar los estudiantes sacaban las mesas, las colocaban debajo de una media-agua, que había al lado afuera. Ahí teníamos más luz, pero no teníamos más amparo que el techo de zinc, y ni siquiera teníamos un piso cómodo. En esa intemperie se sentía frío en el invierno, y para no pisar en el suelo húmedo se ponían ladrillos al lado de la mesa de trabajo. Naturalmente, nos mojábamos un poco cuando llovía mucho.

Detrás de ese edificio había un patio eriazo, un patio enorme con un galpon que servía de pesebrera y de cochera a las mulas y el «carretón de los muertos». Al lado una gran barraca servía de depósito para los cadáveres del hospital.

Ese enorme carro fúnebre, que llevaba al cementerio los ataudes de los muertos y los cadáveres de la fosa común, había

hecho necesaria la enorme puerta de la escuela para que pudiera fácilmente transitar.

Ese «carretón de los muertos» le daba una nota original y extraña a toda la vida de la antigua población.

En las altas horas de la noche ese carretón atravesaba la ciudad con un ruido sordo, peculiar, inconfundible. Desde muchas cuadras de distancia se sentían los golpes secos, lúgubres, desiguales, de ese enorme carretón cerrado, que resonaba como una gran caja sonora.

Todo el vecindario conocía el ruido de ese carretón, todos sentían en la noche el ruido de esa marcha fúnebre.

Esa era la Escuela de aquel tiempo. Después en la clase de Anatomía se construyó un anfiteatro ordinario, y más tarde, cuando el número de estudiantes llegó a ser considerable, una suscripción entre los alumnos, a que contribuyeron también los profesores, costeó la construcción del hermoso anfiteatro en el patio eriazo de la Escuela.

De esa antigua Escuela y del espíritu que la animaba en otro tiempo ya van quedando sólo huellas.

Pasé hace poco delante del antiguo edificio. Todo el frente: ha sido transformado. Ahora tiene dos pisos. La puerta ha desaparecido; la han rellenado, transformándola en muralla; pero queda el arco soberbio de la puerta, perfectamente visible todavía, y, encima del arco quedan también algunas letras de la antigua inscripción, queda el *La* en que concluía *Escuela* y el *Med* con que principiaba *Medicina*. Las ventanas del frente también han sido rellenadas, pero se ven sus marcos. Es sensible que del frontispicio de Plaza no haya quedado nada.

Esa era la Escuela de Medicina cuando principié mis estudios: modesta, muy modesta, más que eso, muy pobre, pero tenía un alma alegre y entusiasta, llena de grandes esperanzas y de nobles ambiciones.

Después la Escuela ha tenido una soberbia instalación, pero en medio de sus magnificencias, como en el palacio de Tito, «se siente la tristeza del vacío». Es necesario reconstruir el alma de la Escuela, renovar el culto de la ciencia desinteresada y generosa, es necesario concentrar todas las fuerzas de la Escuela, toda su energía y su vigor, en la fuerza suprema, en la ambición

de llegar hasta donde pueda alcanzar la inteligencia humana en el camino del progreso.

La Escuela de Medicina era una dependencia de la Universidad, que funcionaba en aquella época en los viejos claustros del Instituto Nacional, en el patio grande, que da a la calle de Arturo Prat, y que se llamaba entonces «el patio Domeyko».

En los laboratorios, que rodeaban ese patio, estudiaban juntos los alumnos de medicina y de farmacia, la botánica, que nos enseñaba el Dr. Philippi; la química orgánica, que enseñaba D. Angel Vásquez, y la química inorgánica, que enseñaba Domeyko.

Esos tres profesores eran grandes personalidades de nuestro mundo intelectual. Philippi y Domeyko figuraban entre los hombres de ciencia cuyos trabajos eran tomados en seria consideración en las universidades europeas, y cuyos nombres figuraban entre los miembros de sociedades científicas del Viejo Mundo.

«*El viejo Philippi*», «*Don Ignacio*» y «*el sabio Vásquez*», como los llamábamos con la familiaridad irrespetuosa de la escuela, han dejado en todos sus discípulos un recuerdo de cariñosa admiración.

El Dr. Philippi vino a Chile en esa corriente de emigración alemana, que a mediados del siglo XIX se derramó sobre las provincias de Valdivia y de Llanquihue, y a que deben esas provincias su engrandecimiento y su fortuna.

¡Cosa extraña! en la vida de ese hombre consagrado al tranquilo estudio de la ciencia y extraño a las luchas de partido, fué, sin embargo, el fervor de sus ideas políticas lo que lo obligó a salir de Europa, a abandonar sus estudios y su patria, y venir a Chile en busca de tranquilidad y de un porvenir.

El Dr. Philippi después de graduarse de médico en la Universidad de Berlín, se dedicó por completo al estudio de las ciencias naturales. Sus trabajos no tardaron en crearle una hermosa y brillante situación y conquistarle la protección benévola de Humboldt. En 1835, principió su carrera de profesor en la escuela politécnica de Hesse, de que algunos años después fué nombrado Director.

Ignacio Domeyko



Su fisonomía, a pesar de sus facciones finas y acentuadas tenía esa suavidad de expresión, esa dulzura casi femenina, que da siempre el largo roce de la vida . . .

era. . . un sabio ilustre que había prestado grandes servicios a la ciencia y a las industrias nacionales, que hacía honor a la Universidad y a la enseñanza. Ante esa figura tan noble, tan desinteresada y generosa, nos inclinábamos con ese respeto tan profundo, que sólo la juventud sabe ahora sentir por la grandeza moral que va unida a la pobreza.

A. Orrego Luco (pág. 175).

Un joven debe tomar amor al estudio por la noble ambición de desarrollar sus facultades intelectuales, de elevar su carácter moral. Si desde temprano se infunden en su tierno corazón y en su imaginación vivaz, miras materiales de interés y de egoísmo, se comprime muy pronto y se ahoga su talento, se apagan sus aspiraciones intelectuales, y de balde se espera el que prosiga sus estudios y se perfeccione luego que empiece a ganar plata.

IGNACIO DOMEYKO.

Pág. 177, RÉV. MÉD. año 1922.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

En esos años de estudio y de soberana abstracción intelectual nada parecía más extraño al carácter y la vida de Philippi que las apasionadas luchas de partido.

Pero, sopló sobre el viejo mundo el tempestuoso huracán de 1848. El trastorno fué violento. Todo salió de su quicio. Todo experimentó el sacudimiento abrasador de aquella situación que arrastraba hasta los caracteres más fríos. Philippi fué una hoja en medio de esa tempestad. Cerró sus libros, abandonó sus estudios, y llevó a la política toda su laboriosa actividad.

En 1848, en 1849, las reuniones políticas, la propaganda de las doctrinas liberales, los preparativos de las campañas electorales, absorbían alegremente la vida de Philippi; pero en 1850 vinieron los días sombríos de la reacción. Un viento helado disipó las ligeras y brillantes perspectivas liberales, y Philippi, que se había comprometido demasiado en aquella aventura, que el consideraba como una transformación sólida y seria, se vió obligado a hacer dimisión de su puesto de director de la escuela politécnica y alejarse de una tierra amenazadora y peligrosa.

En 1851 vino a Chile, a cultivar una hacienda de su hermano don Bernardo, en las pintorescas praderas de Valdivia.

En la tranquila soledad de su vida campesina reanudó sus estudios de ciencias naturales. Escribió algunas comunicaciones, que dirigió a don Ignacio Domeyko, con quien no tardó en estrechar sus relaciones. Domeyko gestionó su nombramiento de profesor de botánica y Director del Museo Nacional, que le otorgó el Gobierno en 1853.

Cuando lo conocimos no tenía Philippi sesenta años. Era un hombre alto, delgado, erguido, con esa inflexible rigidez sajona. Su fisonomía expresiva, era de una animación extraordinaria. Sus ojos eran muy luminosos y muy vivos, a pesar de ser muy claros. Su cabeza era pequeña, fina y, siguiendo la moda de sus tiempos juveniles, llevaba cabellera larga, se rapaba la cara y dejaba crecer los pelos del cuello.

Fiel a las tradiciones de su tiempo y de su tierra, vestía siempre el traje clásico de los antiguos profesores alemanes: la levita de largas faldas, pantalón negro, corbata blanca y un ceremonioso sombrero de copa alta.

Su traje solemne, la seriedad impasible de su fisonomía, su

cortesía, su amabilidad, no sé qué cosa de ingenuidad infantil, hacían que aquel hombre, todavía relativamente joven, apareciera como un viejo.

Mucho tiempo después vino a justificar «el viejo Philippi» el nombre con que tan cariñosamente lo llamábamos en la Escuela, porque llegó hasta el borde de los cien años de edad.

En uno de sus últimos aniversarios, cuando tenía ya más de noventa años, le preguntamos cuántos años tenía.

—«Le voy a contestar a Ud., me dijo sonriendo, lo que contestó un noble polaco a un amigo que le hacía esa misma pregunta: yo sé cuántos caballos tengo, cuántos perros, cuántas camisas, porque los he contado, pero no me he preocupado nunca de saber cuántos años tengo, porque nadie puede venir a quitármelos».

Y con una risa alegre el Doctor eludía amablemente su respuesta, y nos hacía sentir la crueldad de esa pregunta, cuando se dirige a un hombre que ya ve estrecharse el horizonte de su vida, y para quien cada año que pasa no es un año más, sino un año menos, para llegar al inevitable final de la existencia.

No es un movimiento de coquetería, sino un movimiento de horror, el que hace que los viejos aparten su mirada del borde cercano del abismo a que los va empujando su destino.

Hasta esa tarde serena y amable de su larga vida, llegó el Dr. Philippi rodeado del afecto y del cariño de todos sus discípulos y de las manifestaciones de una profunda gratitud. Lo queríamos. Sentíamos todo el bien que nos hacía el contacto estimulante de ese sabio, desinteresadamente consagrado al estudio de las ciencias, de una laboriosidad infatigable, cuya única satisfacción era el placer inefable de aprender.

Antes de alejarnos de esa hermosa y noble figura, de esa naturaleza sencilla y grande, quiero recoger un rasgo, que contribuirá más tarde para caracterizar los maestros y los estudiantes de esa Escuela.

El Dr. Philippi fué nombrado profesor titular de la clase de botánica, y hacía esa clase en una sala de la Universidad; pero además, sin sueldo, voluntariamente, hacía clase de zoología en el Museo, que ocupaba entonces los altos de un edificio que ha desaparecido, en la esquina de Bandera y Catedral. Eso

diseña al profesor. Para los alumnos sólo el estudio de la botánica era obligatorio, y, sin embargo, todos asistían a la clase de zoología, voluntariamente, simplemente por el deseo de aprender. Ese hecho es una ventanilla que se entreabre y que nos deja ver el espíritu con que se enseñaba y el espíritu con que se aprendía en aquella época.

Otra figura ilustre, la primera que encontrábamos en los umbrales de la vieja Escuela, era don Ignacio Domeyko.

Don Ignacio, como delegado universitario, tenía bajo su inmediata dirección todas las dependencias de la Escuela. Para incorporarse a las clases nos íbamos a inscribir en su oficina. Personalmente, él mismo nos recibía en la pequeña sala que le servía de oficina, examinaba nuestros diplomas y nos matriculaba.

Mientras él escribía lentamente, con su pluma de ave, la boleta de inscripción, nosotros, todos nosotros, hemos mirado a hurtadillas dos saquitos que tenía sobre su escritorio. ¿Qué sería el contenido misterioso de esos saquitos, que han picado la curiosidad de muchas generaciones de estudiantes? Muchos años después un incidente nos vino a descubrir ese largo misterio.

Cuando vimos por primera vez a don Ignacio ya era un hombre que había entrado en la vejez. Era un viejecito pequeño, delgado, de movimientos lentos, cuya cabeza ya temblaba con los años. Su fisonomía, a pesar de sus facciones finas y acentuadas, tenía esa suavidad de expresión, esa dulzura casi femenina, que da siempre el largo roce de la vida. Su mirada derramaba sobre toda su fisonomía una luz extraña, indefinible. Los párpados velaban pesadamente sus pupilas, ya empañadas por los años, y le daban a sus ojos una vaga expresión de ensueño y poesía; pero esas pupilas, de la mirada interior larga y lejana, tenían también la mirada luminosa, rápida y brillante de un observador, que sólo siente las emociones frías de la ciencia y sólo busca la verdad desnuda.

Esa mezcla extraña de elementos contradictorios, de vaguedad de ensueño y de precisión matemática, que veíamos en su mirada, la encontrábamos también en sus escritos, en sus discursos, en todas las manifestaciones de esa personalidad desconcertante.

Todos sabíamos que don Ignacio era un sabio ilustre, que había prestado grandes servicios a la ciencia y a las industrias nacionales, que hacía honor a la Universidad y a la enseñanza. Ante esa figura tan noble, tan desinteresada y generosa, nos inclinábamos con ese respeto tan profundo, que sólo la juventud sabe ahora sentir por la grandeza moral que va unida a la pobreza. Nosotros lo admirábamos, pero... ¿Por qué no decirlo? La juventud de aquella época estaba impregnada en la incredulidad alegre de Voltaire o en el materialismo pesado y agresivo de los discípulos de Büchner. «Fuerza y Materia» era la espresión suprema de la ciencia, el juicio final de todas las creencias. No podíamos comprender que las ciencias naturales y las creencias religiosas se pudieran conciliar, y no aceptábamos la posibilidad de ese monstruoso maridaje sino suponiendo la falsedad de una de las dos; o la ciencia era falsa o era falsa la religión. Nuestro pequeño criterio se encerraba dentro del marco de fierro de esa alternativa.

Y don Ignacio, no sólo era un creyente, sino también un creyente fervoroso; era lo que llamábamos un «beato», lo que para nosotros era sinónimo de hipócrita. Esa sombra de las creencias religiosas pesaba sobre el prestigio de Domeyko, oscureciendo su carácter tristemente. No lo podíamos comprender. Había en esa personalidad de grandeza moral incuestionable, algo velado y misterioso, que helaba nuestra admiración y hacía palidecer nuestro entusiasmo.

Había en sus ideas una nobleza y una elevación moral en armonía con el supremo desinterés del alma juvenil. Lo comprendíamos muy bien cuando lo oíamos protestar de «la estrechez de espíritu que, ciega para lo más hermoso y profundo de la ciencia, se dirige sólo a lo lucrativo y a lo más material de sus aplicaciones».

En otro de sus discursos, volviendo sobre esta misma idea, decía: «La ciencia, decía el poeta alemán Schiller, es para unos

una diosa y para otros una vaca lechera. Principiemos amándola como diosa antes de apacentarla en las praderas de nuestro egoísmo. Nos sobrará tiempo para sacar utilidades que compensarán lo penoso del estudio. Penetrémonos de lo que hay de verdaderamente grandioso y sublime en la ciencia; satisfaremos así la sed del alma y después nos acordarenos del cuerpo».

Todo esto era en el fondo, una repetición de las primeras palabras con que había iniciado sus escritos al presentarse en Chile. «Confieso—decía en su primera *Memoria*—que ningún defecto me ha parecido más chocante en la instrucción actual en los colegios, que el que proviene de ciertas preocupaciones respecto de la utilidad del estudio y del objeto que se debe proponer en esta instrucción... Un joven debe tomar amor al estudio por la noble ambición de desarrollar sus facultades intelectuales, de elevar su carácter moral. Si desde temprano se infunden en su tierno corazón y en su imaginación vivaz, miras materiales de interés y de egoísmo, se comprime muy pronto y se ahoga su talento, se apagan sus aspiraciones intelectuales, y de valde se espera el que prosiga sus estudios y se perfeccione luego que empieza a ganar plata».

En esa misma *Memoria* decía también Domeyko: «he oído y he leído repetidas quejas sobre que los catedráticos reciben muy poco honorario, en comparación de lo que pueden ganar en el país un comerciante, un abogado, un minero. Digo que en todos los países del mundo existe lo mismo, en todas partes los profesøres son mal pagados en comparación con sus servicios, con el sueldo de otros empleados y con lo que ganan los hombres dedicados a las artes y a la industria. La principal recompensa que ellos deberían reclamar sería cierto respeto de parte de sus conciudadanos y un contento interior de haber servido e ilustrado la patria. En una palabra, lo que debe prevalecer tanto entre los alumnos como entre los profesores, en toda la instrucción colegial, es amor por el estudio mismo, por el deseo de ilustrarse y de ser útil a la humanidad y no por el interés de ganar plata».

Había en ese desdén soberbio por la explotación grosera de la ciencia, en ese desprecio por los adoradores de la vaca lechera,

algo que lisonjeaba íntimamente a los desinteresados adoradores de la diosa.

En todos los escritos de don Ignacio, hasta en los que parecen más abstractos y más fríos, circula una ancha y noble corriente de emoción que, como esos ríos caudalosos que atraviesan la pradera, va dejando sus orillas cubiertas de flores. De esa emoción conmovedora brota la íntima poesía de sus páginas.

En su estudio sobre «La Araucanía y sus habitantes», después de trazar los primeros y magistrales lineanientos de la geografía física de Chile, hace una hermosa y poética descripción de las praderas y las selvas del sur, y después, una pintura viva y fina de las costumbres araucanas que ha observado. Esos pequeños bocetos de la vida en las selvas primitivas, sobrios, sencillos, sin adornos, sin colores, tienen la serenidad conmovedora y melancólica del ocaso de una raza que ha sido hermosa y grande.

Nos recuerda que a las nuevas repúblicas de América les ha dejado España como herencia el cuidado de un pueblo primitivo. «En esa providencial herencia, agrega, cupo en suerte a la más juiciosa, a la que en toda su guerra de emancipación supo conciliar el valor del buen patriota con la moderación del campeón generoso, a la que salió victoriosa sin mancha de crueldad y de sanguinarias venganzas, de que recibiera a su cargo el más noble y valiente hijo, el que más sangre costó a los conquistadores y más sacrificios a la poderosa España... De la educación moral y religiosa, de la cultura del antiguo carácter araucano y de su porvenir glorioso se debe tratar en la reducción de estos indios y no de su conquista».

Esa noble invocación encontraba en nuestro espíritu un eco que despierta junto con la piedad por una raza desgraciada, el orgullo de nuestra patria y nuestra historia.

En ese mismo libro nos daba don Ignacio una hermosa lección de arte. «Al escribir esta Memoria—le decía a uno de sus amigos—mi ánimo fué, lo confesaré, el de inspirar a la juventud chilena un cierto deseo de viajar por el interior de Chile, con el intento de conocer su país, como también el de invitar a esta juventud a que buscase inspiraciones en la bella naturaleza de Chile, en la vida social de sus habitantes, en la hermosa realidad,

en medio de *que vive*, *en fin*, en lo pasado y el porvenir de su patria, y no en los misterios de París y Londres, que tanto la distraen. Creo que más fácil sería encontrar en la capital de la república a un aficionado a la lectura que conozca bien los suburbios de S. Denis, S. Martín, St. Germain, de París que a un chileno que haya visitado las partes más hermosas y más *lucrativas* de Chile. Yo quisiera más bien encontrar en mis correrías a un entusiasta hijo del Mapocho en medio de los áridos *quiscos* de Atacama, con todo el ardor del sol de verano, o bien en las extensas playas de Arauco, en medio de una tempestad furiosa, que ver a un pálido, pensativo y melancólico joven con su *Judío Errante* en la mano tendido en un magnífico sofa en Santiago, soñando con los parajes que sólo los novelistas habrían visto. Más provecho tal vez resultaría de aquel hijo entusiasta por su país, que a la vuelta de sus viajes nos dijese en un estilo claro, sencillo, aunque todavía más incorrecto que el mío, lo que haya visto en sus excursiones, que lo que resulta de muchos escritos correctos, pero secos y desabridos, amoldados en aquellas formas exóticas que nos vienen de afuera.»

Todas esas ideas, formuladas con tanta autoridad y tanta elocuencia, eran la expresión de nuestras aspiraciones más íntimas, del hondo sentimiento de amor a nuestra tierra, del culto desinteresado de la ciencia, de la generosidad que no calcula, de esa hermosa edad en que hay ilusiones, en que se puede ser feliz, en que llamábamos al oro «el vil metal».

Y, sin embargo, nos sentíamos penosamente, tristemente, alejados de ese viejo, que expresaba con tanta emoción los sentimientos de los jóvenes. Más todavía. Mientras más aumentaba nuestra admiración por el sabio y el artista, más se oscurecía su personalidad moral, porque nos era más difícil comprender la sinceridad de sus creencias religiosas.

Y ese criterio estrecho no era exclusivamente el criterio de la Escuela. Cuando en Septiembre de 1867 el Claustro Pleno de la Universidad lo designó para Rector esa designación levantó una tempestad de indignación. El mismo don Miguel Luis Amunátegui reconoce ese hecho en un hermoso estudio, publicado a raíz de esa elección en defensa de Domeyko. «No puedo desconocer a nadie—decía—el derecho de considerar al

señor Domeyko inferior a otros de nuestros profesores, literatos o estadistas; pero me parece soberanamente injusto el que se califique su elección para el rectorado, de indigna, de deshonrosa, porque es todo lo contrario».

Y esa estrechez de criterio no imperaba solamente entre nosotros, era un mal de la época, que hacía sentir en todas partes su acción perturbadora. Luego veremos la base irrecusable de esta afirmación que hasta cierto punto nos excusa.

Pero entre tanto, esa ingrata y absurda apreciación del carácter moral de don Ignacio lo alejaba de la Escuela y no nos permitía comprenderlo... hasta que llegó un día en que encontramos el secreto de sus creencias religiosas y cambió por completo nuestra manera de apreciarlas.

Yo mismo tuve cierta intervención en ese cambio. Un 30 de Agosto, día de San Ignacio, tuve que ir a saludar a Domeyko cumpliendo un deber de respetuosa cortesía de que ningún profesor universitario podía entonces prescindir.

Me recibió don Ignacio en su salón. Ya era tarde, y la luz del crepúsculo alumbraba con tristeza aquella gran sala, casi desnuda, amueblada con una sencillez austera. En una estantería baja, que rodeaba la pieza, guardaba don Ignacio, su valiosa colección de minerales. En el centro una gran mesa de madera tallada. Tres sillones al lado de la ventana. Eso era todo lo que había en aquella pieza sin ningún adorno.

Frente a la ventana un hermoso maitén extendía su follaje delicado y ligero. El maitén atrajo mis miradas.

—«Es un árbol hermoso, me dijo don Ignacio. Es mi lujo, y me sirve de cortina en los días de verano cuando leo en esta ventana».

—En realidad es un hermoso ejemplar. El maitén es tal vez el más gracioso de los árboles de nuestra tierra. No es tan representativo de la raza como el espino o la araucaria, pero tiene un follaje hermoso, tiene esas hojas firmes, que resisten a todo el calor del sol en el verano y a los vientos tempestuosos y helados del invierno. El follaje del maitén atraviesa alegremente todo el año.

Y siguiendo por esa pendiente la conversación fué a rodar sobre la flora de Polonia.

Recuerdo la emoción con que me hablaba de los grandes pinos de su tierra, de esos árboles obscuros, suntuosos, qué viven, como él me decía, en una renovación perpetua. Apenas cae una hoja seca otra hoja nueva brota en su lugar. «Es una perpetua resurrección, me decía, es un milagro vivo».

Y así, en ese día que debía estar para él cargado de recuerdos; a esa hora de la tarde en que siempre sopla el viento que viene del pasado; después de haber estado todo el día en esa involuntaria y perenne evocación de su juventud y de su tierra, debió sentirse, don Ignacio, dominado por la imperiosa necesidad de la expansión.

Y me habló de su patria, de su romántica Polonia, cuyo nombre de sonoridades de gloria, evocaba el recuerdo de leyendas heroicas y de sombríos dolores. Y recordando esa patria, tan lejana y tan hermosa, me decía don Ignacio: «pero para nosotros ya todo eso ha concluído. Ya no tenemos patria. Vivimos desparramados por toda la Tierra. Lo único que nos queda de Polonia, lo que no nos podrán nunca arrebatar son, sus creencias religiosas. La religión es el único lazo que liga a ese pueblo de proscriptos. El seno de la religión es para nosotros el seno de la patria. Ahí se nace, ahí se vive, ahí se muere».

Yo escuchaba a don Ignacio con una honda simpatía. Sus palabras derramaban una claridad inesperada en el obscuro problema de sus creencias religiosas.

Poco después de aquella visita que me había producido una impresión muy viva, le repetía a Guillermo Matta lo que me había dicho don Ignacio.

Matta guardó un momento de silencio y emoción. Se levantó, tomó un libro de su estante y después de hojearlo, me lo pasó abierto.

El libro eran las poesías de Adán Mickiewicz; estaba abierto en las páginas que le sirven de prefacio, y ahí leí:

«No tenían razón los que reprochaban a Mickiewicz sus creencias católicas. ¿Se han dado cuenta de que atacando la idea fundamental se condenaba *a priori* todos sus desarrollos? ¿Se han dado cuenta de lo que sería la Polonia, el poema de los *Abuelos* y el poeta mismo si se les quitara el catolicismo? Mickiewicz es católico porque es polaco, porque no puede

señor Domeyko inferior a otros de nuestros profesores, literatos o estadistas; pero me parece soberanamente injusto el que se califique su elección para el rectorado, de indigna, de deshonrosa, porque es todo lo contrario».

Y esa estrechez de criterio no imperaba solamente entre nosotros, era un mal de la época, que hacía sentir en todas partes su acción perturbadora. Luego veremos la base irrecusable de esta afirmación que hasta cierto punto nos excusa.

Pero entre tanto, esa ingrata y absurda apreciación del carácter moral de don Ignacio lo alejaba de la Escuela y no nos permitía comprenderlo... hasta que llegó un día en que encontramos el secreto de sus creencias religiosas y cambió por completo nuestra manera de apreciarlas.

Yo mismo tuve cierta intervención en ese cambio. Un 30 de Agosto, día de San Ignacio, tuve que ir a saludar a Domeyko cumpliendo un deber de respetuosa cortesía de que ningún profesor universitario podía entonces prescindir.

Me recibió don Ignacio en su salón. Ya era tarde, y la luz del crepúsculo alumbraba con tristeza aquella gran sala, casi desnuda, amueblada con una sencillez austera. En una estantería baja, que rodeaba la pieza, guardaba don Ignacio, su valiosa colección de minerales. En el centro una gran mesa de madera tallada. Tres sillones al lado de la ventana. Eso era todo lo que había en aquella pieza sin ningún adorno.

Frente a la ventana un hermoso maitén extendía su follaje delicado y ligero. El maitén atrajo mis miradas.

—«Es un árbol hermoso, me dijo don Ignacio. Es mi lujo, y me sirve de cortina en los días de verano cuando leo en esta ventana».

—En realidad es un hermoso ejemplar. El maitén es tal vez el más gracioso de los árboles de nuestra tierra. No es tan representativo de la raza como el espino o la araucaria, pero tiene un follaje hermoso, tiene esas hojas firmes, que resisten a todo el calor del sol en el verano y a los vientos tempestuosos y helados del invierno. El follaje del maitén atraviesa alegremente todo el año.

Y siguiendo por esa pendiente la conversación fué a rodar sobre la flora de Polonia.

Recuerdo la emoción con que me hablaba de los grandes pinos de su tierra, de esos árboles obscuros, suntuosos, qué viven, como él me decía, en una renovación perpetua. Apenas cae una hoja seca otra hoja nueva brota en su lugar. «Es una perpetua resurrección, me decía, es un milagro vivo».

Y así, en ese día que debía estar para él cargado de recuerdos; a esa hora de la tarde en que siempre sopla el viento que viene del pasado; después de haber estado todo el día en esa involuntaria y perenne evocación de su juventud y de su tierra, debió sentirse, don Ignacio, dominado por la imperiosa necesidad de la expansión.

Y me habló de su patria, de su romántica Polonia, cuyo nombre de sonoridades de gloria, evocaba el recuerdo de leyendas heroicas y de sombríos dolores. Y recordando esa patria, tan lejana y tan hermosa, me decía don Ignacio: «pero para nosotros ya todo eso ha concluído. Ya no tenemos patria. Vivimos desparramados por toda la Tierra. Lo único que nos queda de Polonia, lo que no nos podrán nunca arrebatar son, sus creencias religiosas. La religión es el único lazo que liga a ese pueblo de proscriptos. El seno de la religión es para nosotros el seno de la patria. Ahí se nace, ahí se vive, ahí se muere».

Yo escuchaba a don Ignacio con una honda simpatía. Sus palabras derramaban una claridad inesperada en el obscuro problema de sus creencias religiosas.

Poco después de aquella visita que me había producido una impresión muy viva, le repetía a Guillermo Matta lo que me había dicho don Ignacio.

Matta guardó un momento de silencio y emoción. Se levantó, tomó un libro de su estante y después de hojearlo, me lo pasó abierto.

El libro eran las poesías de Adán Mickiewicz; estaba abierto en las páginas que le sirven de prefacio, y ahí leí:

«No tenían razón los que reprochaban a Mickiewicz sus creencias católicas. ¿Se han dado cuenta de que atacando la idea fundamental se condenaba *a priori* todos sus desarrollos? ¿Se han dado cuenta de lo que sería la Polonia, el poema de los *Abuelos* y el poeta mismo si se les quitara el catolicismo? Mickiewicz es católico porque es polaco, porque no puede

dejar de serlo sin renegar todo el pasado de su patria, y sin privarse a sí mismo de una de las fuentes más fecundas de su inspiración. ¿Podrían las teorías vagas y flotantes de una filosofía panteísta, reemplazar para el pueblo que sufre, para el poeta que canta, para el desterrado que espera, esas creencias hereditarias, que nacen con nosotros, tan necesarias en la desgracia?... El pueblo polaco es radicalmente católico en la significación más pura de esta palabra; su pasado entero fué una lucha a muerte contra el islamismo; una lucha de que ha salido victorioso, pero dejando una buena parte de sí misma, y su porvenir es otra lucha con el cisma monstruoso que hace del Czar de Rusia un papa, que, como Mahomet II propaga sus doctrinas con el sable. Siendo el cisma, la religión del Czar, el catolicismo, naturalmente, se convierte en la religión de la libertad.»

Y así veía una cosa para mí asombrosa, veía brotar las creencias religiosas de Domeyko de las profundidades del amor a la patria.

Después de leer esa página tan reveladora y tan humana, leí en la primera página del libro: «Obras poéticas de Adán Mickiewicz».

—Es el más grande de los poetas de Polonia. ¿No lo conoce? me preguntó Matta.

—No lo he leído.

—Léalo, me dijo, pasándome el volumen.

Lo leí, y en ese poema extraño y grandioso, que él ha titulado los *Abuelos*, hay un canto consagrado al recuerdo de los mártires de esa tierra de poesía y de desgracia. En ese canto recuerda la melancólica historia de *Jegota*. ¿Quién es Jegota? En una nota, que desgraciadamente no está al pie de la página sino al final del volumen, escondida entre otras notas, se lee: «*Jegota* es el nombre patronímico de Ignacio Domeyko, camarada y compañero de destierro de nuestro poeta. Desde 1822 fué maestro de derecho en la Universidad de Vilna; se estableció al año siguiente en el campo y llegó a ser como él mismo decía: «el mejor agricultor de la Lituania». En medio de sus preocupaciones agrícolas cayó sobre él la sentencia de la proscripción. Trasladado a Vilna, participó luego la suerte de nues-

tro poeta, en cuya compañía fué desterrado a Crimea. Emigrado, después de la guerra de Polonia, frecuentó la escuela de Minas de París. Ahora en Coquimbo, en Chile, acaba de establecer un laboratorio de productos químicos».

Y más adelante, en otra nota, contándonos la noble historia del poeta Zan, dice: «Los alumnos de la escuela superior de Vilna, debían descubrirse delante de todos los oficiales rusos, los funcionarios públicos, los espías conocidos, y hasta delante de las casas de sus profesores. En cambio de ese saludo sólo recibían con frecuencia una mirada de desprecio y hasta un codazo. Semejante insolencia de parte de un príncipe ruso, Obolenski, capitán de las guardias imperiales, fué castigada con una bofetada. El estudiante dió su dirección y declaró que se llamaba Dawidowski. La policía persiguió al culpable; pero en la dirección indicada sólo se encontró un viejo zapatero remendón. Corrió el rumor de que el príncipe ruso había recibido un chancletazo en la mejilla, pero el autor de la bofetada anónima quiso reclamar la paternidad de la ofensa y proponer un duelo al oficial de la guardia. Fué Zan quien lo disuadió; sabía que en lugar de un duelo, sólo conseguiría la prisión; veinticinco años de cadena en las casamatas o de servicio en los regimientos rusos. Se hicieron pesquisas. El oficial de las guardias tuvo el descaro de buscar entre los académicos reunidos al que lo había marcado de infamia; pero aunque todos conocían el nombre del culpable, ese nombre no fué revelado. Ahora lo podemos decir porque es el de un bravo y de un insurgente: es el de nuestro amigo Jegota».

«Fué la primera ruptura entre los estudiantes de Vilna y las autoridades rusas. Luego las persecuciones principiaron. Las prisiones, los conventos, se llenaron depobres muchachos, cuyo único crimen era haber cantado himnos patrióticos. Zan, a la vuelta de uno de sus viajes, se presentó a declarar «que él solo era el promotor y el jefe de las asociaciones; que los estudiantes habían cedido a sus consejos y a su influencia, que la mayor parte habían firmado de mala gana el acta de asociación redactada por él; que él reclamaba para él solo el castigo que él solo había merecido». Le pidieron que hiciera esa declaración por escrito y él no vaciló en poner su firma. Ese heroísmo asombró hasta a sus verdugos.»

Después de leer esas páginas ya sabíamos que también en Europa y en los círculos de mayor ilustración, las creencias religiosas habían obscurecido el mérito genial de Mickiewicz; y ya sabíamos de dónde venían las creencias religiosas de don Ignacio y de dónde venía él mismo. Sabíamos que en 1831 un joven polaco se había enrolado en el cuerpo de voluntarios de Claposki, y había hecho esa campaña desgraciada en que para salvar la vida salvaron la frontera. Fué entonces internado en la fortaleza prusiana de Pilau. Al año siguiente pudo ir a Dresden, de donde las persecuciones rusas lo obligaron a salir. De Dresden fué a Francia, donde durante cinco años vivió exclusiva y ardientemente consagrado al cultivo de la ciencia.

Don Carlos Lambert recibió del Gobierno de Chile el encargo de contratar un profesor de química y mineralogía para el liceo de La Serena. Dufrenoy, profesor en la Escuela de Minas de París, le hizo la más calurosa recomendación de don Ignacio, que en esos momentos dirigía una explotación de minas de fierro en Alsacia.

El estudio de ese inmenso campo virgen de la mineralogía en la América del Sur y la grandiosa majestad de nuestros Andes, hicieron que don Ignacio renunciase a la situación llena de porvenir en que se hallaba y entrara a discutir las condiciones del contrato.

Esa discusión fué característica.

La dificultad no estaba en el sueldo. El Gobierno de Chile ofrecía 600 pesos anuales por cada una de las dos clases. Don Ignacio aceptaba sin discutir ese honorario. Pero el gobierno de Chile le fijaba una duración de seis años al contrato, y don Ignacio no podía contraer un compromiso que le impidiera acudir al primer llamado de la patria. En ese punto no podía transigir, y se convino en que expiraba de hecho ese contrato desde el momento en que se produjera una nueva sublevación de la Polonia.

En esas condiciones, el 2 de Febrero de 1838 se embarcaba en Boulogne con dirección a Buenos Aires, atravesaba la Pampa, escalaba los Andes y a principios de Junio llegaba a La Serena.

Desde el primer momento se hizo sentir toda la importancia del profesor y su enseñanza. Vió don Ignacio que era necesario

abrir nuevos cursos que completaran los estudios, y sin insinuar siquiera un aumento de sueldo por ese aumento de trabajo los abrió por su sola iniciativa.

Don Ignacio no se preocupaba solamente de estudiar las reformas que podrían servir ventajosamente a sus alumnos, sus observaciones abrazaban todo el campo de la enseñanza del Estado.

En 1842 publicó en el *Semanario de Santiago* una Memoria sobre «El modo más conveniente de reformar la instrucción pública», en que desarrolla un plan y un método para la organización de la enseñanza realmente trascendental y filosófico.

En plena colonia organizó don Manuel Salas la Academia de San Luis, que era en el fondo la reforma más audaz de la enseñanza. En esa Academia los estudios de las viejas universidades españolas eran reemplazados por las ciencias y las artes de una aplicación práctica inmediata. Las matemáticas, la química, la física, el dibujo reemplazaban al latín y la escolástica. La utilidad inmediata era la base fundamental de ese sistema de enseñanza, cuyas peligrosas consecuencias despertaron los inquietos temores del Consejo de Indias, que se apresuró a sofocar en silencio esa Academia.

Desde esa reforma de don Manuel Salas, inspirada en la filosofía práctica y utilitaria de Bacon, hasta la Memoria de Domeyko no se ha producido ningún otro movimiento original y filosófico en la organización de los estudios. Y es curioso observar que en el fondo esos dos movimientos son contradictorios: el movimiento de Salas fué profundamente utilitario y el de Domeyko tenía como base el amor desinteresado de la ciencia y como objeto el desarrollo intelectual del individuo.

Después de esa Memoria, sólo hemos tenido en la enseñanza una incompleta y desgraciada aplicación del sistema concéntrico alemán.

La enseñanza de don Ignacio fué generosa y fecunda. Pidió luego al gobierno que mandara a Europa tres de sus alumnos más aventajados, no sólo para perfeccionarse en sus estudios sino para venir a reemplazarlo, y pidió también al gobierno que comprara en Europa los útiles y los instrumentos necesarios para los alumnos que concluyeran sus cursos.

Las dos indicaciones se aceptaron y cuando llegaron los instrumentos encargados, dispuso el gobierno que se dieran a los alumnos con una fianza «de que pagarían su precio tan pronto como pudieran». Don Ignacio salió de fiador por todos ellos.

En 1847, después de instalar a sus discípulos como profesores de las clases que había desempeñado en La Serena, vino a servir en la Universidad las clases de química, mineralogía, geología y explotación de minas; más tarde fué nombrado secretario de la Facultad de Matemáticas y después delegado universitario.

Eran de una miseria inverosímil las remuneraciones que recibía don Ignacio por las clases y las funciones universitarias que servía, pero él profesaba la doctrina de que «la principal recompensa que los profesores deberían reclamar sería un cierto respeto de parte de sus conciudadanos y un contento interior de haber servido e ilustrado la patria».

Esa consideración la tuvo ampliamente entre nosotros. Chile le otorgó el más alto de los honores que puede conceder. Por ley de la República, a iniciativa del gobierno, las Cámaras concedieron en Octubre de 1848 «la gracia especial de naturalización en favor de don Ignacio Domeyko».

Don Ignacio aceptó ese honor y fué ciudadano chileno desde entonces.

La Facultad de Humanidades en 1866 le abrió sus puertas, y pronunció al incorporarse en esa facultad uno de los discursos con que nuestra Universidad se enorgullece. Ese discurso es un modelo de elegancia sobria y sencilla, un hermoso ejemplo de buen gusto literario.

Todo ese pasado iba envolviendo la figura de don Ignacio en una atmósfera de respetuosa simpatía. Lo que le había oído el día de su santo, lo que había escrito Mickiewicz, sus discursos, sus memorias, la elevación de su enseñanza, la generosidad de su carácter principiaron a ser el tema de las conversaciones de la Escuela, y en medio de esos comentarios fuimos viendo aparecer detrás de ese viejecito trémulo, encorvado, de una voz velada y suave, la poética y altiva sombra de *Jegota;* la veíamos empuñar la mano y azotar la cara del que creía poder ultrajar impunemente a la juventud polaca. Esa dignidad

brava, esa impetuosidad que sigue sin vacilación al patriotismo herido, hablaban un lenguaje a que la juventud nunca fué sorda. Principiamos a comprender a don Ignacio: se rasgó el velo que nos obscurecía su figura. Y desde entonces nuestra admiración fué completa, sin reservas, calurosa, fué esa admiración que sólo despiertan los grandes sentimientos.

Don Ignacio debió darse cuenta de ese cambio que sólo tuvo, sin embargo, mucho tiempo después la primera oportunidad en que manifestarse.

Vino la guerra de 1879, el tratado secreto en contra nuestra, el llamado angustioso de la patria agredida, la calurosa exaltación del patriotismo en esas horas de sacrificio y de peligros; después vino la llamarada heroica de Iquique, y en el primer aniversario de ese combate glorioso tuvimos en la Escuela una solemne ceremonia, que presidió don Ignacio como rector de la Universidad.

Esa atmósfera de ensueño y patriotismo, de recuerdos y heroísmo, era la más apropiada para dar todo su relieve a la hermosa y noble figura que había inmortalizado Mickiewicz.

Concluída la ceremonia, toda la concurrencia lo fué a acompañar hasta su casa. En ese largo trayecto recibió don Ignacio el supremo homenaje de la Escuela.

Esa afectuosa simpatía lo acompañó ostensiblemente desde entonces durante todo el curso de su vida. Y muchos años después, en 1889, volvió la Escuela a acompañarlo. Formó entonces tristemente en su fúnebre cortejo.

Don Ignacio murió el 23 de Enero de 1889. A mediados de Noviembre del año anterior había vuelto de su largo viaje por Europa. Antes de morir había querido volver a su Polonia; recorrer de nuevo su duro camino de proscripto; visitar los lugares de sus días de desgracia y de esperanza; abrazar una vez más a los pocos compañeros retardados de su ya lejana juventud. El destino generosamente le acordó la satisfacción de esos anhelos, pero a la vuelta de su viaje don Ignacio llegó enfermo.

En el mes de Diciembre se sintió tan bien que ya creía todo felizmente terminado. La primavera de Santiago le sonreía con sus días tan largos y tan suaves, y con sus noches tan serenas. El 22 de Enero no se sintió muy bien. Lo impresionó ese día

vivamente la noticia de la muerte de Pissis, que había sido, desde hacía muchos años, su ilustre compañero en la Universidad y en la enseñanza. Al día siguiente amaneció muy mal; sentía que su fin se aproximaba. Al medio día desapareció del escenario de la vida la noble y hermosa figura de ese ilustre profesor de nuestra Escuela.

El Gobierno le decretó honores fúnebres a que asistió el Presidente de la República, concurrieron los altos cuerpos del Estado y se asoció el más hondo y sincero sentimiento público.

En otra sala de ese antiguo patio de Domeyko tenía su laboratorio «el sabio Vásquez», profesor de química orgánica y farmacia.

Don Angel Vásquez no tenía el brillo prestigioso de Philippi y de Domeyko, no venía de esas luminosas universidades europeas que nos deslumbraban con el esplendor de su enseñanza, venía de nuestra pobre y vieja escuela colonial.

Era discípulo de Bustillos, de uno de esos hombres eminentes, que se forman a sí mismos a fuerza de trabajo y de constancia. Bustillos era un hombre inteligente, de un espíritu abierto, inquieto y curioso. Había aprendido todo lo que era posible aprender en aquella época y con una perseverancia—que es la más rara virtud de nuestra raza—continuó estudiando durante todo el curso de su vida.

Sus conocimientos en química y farmacia eran muy considerables, y para su época, y sobre todo para los recursos de que podía disponer, fueron realmente admirables.

Bustillos principió su vida detrás del mostrador de una botica. Ahí encontró los libros y la práctica en que se formaron sus primeras ideas. Ahí reunió, a fuerza de economía y sacrificio, los recursos necesarios para establecer una botica por su cuenta.

Es admirable que siendo aún muchacho consiguiera realizar

Dr. Lorenzo Zazie

† 1865



. . .el ilustre iniciador de la cirugía en Chile. . .

Vicente Bustillos

(Constituyente del 1833)



. . .uno de esos hombres eminentes, que se forman a sí mismo a fuerza de trabajo y de constancia... inteligente, serio, discreto y estudioso... Había apren-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

esa ambiciosa aspiración, y que en 1827 abriera una botica con su nombre, en una de las calles centrales de Santiago.

Ahí, alrededor de ese hombre serio, discreto y estudioso, de un profundo y tranquilo buen sentido, se fué agrupando un círculo curioso de hombres que tuvieron más tarde una interesante situación en la política. Don Valentín Valdivieso, don Manuel Montt, don Ventura Marín, don José Zapiola, fueron asiduos concurrentes de «la botica de Bustillos».

En esa atmósfera se vió suavemente arrastrado a la política, a que lo empujaba también su temperamento apasionado y hasta su excepcional cultura literaria.

Bustillos tuvo un asiento de diputado en el Congreso de 1831 y aparece su nombre entre los que firmaron la Constitución Política de 1833.

La austeridad de su carácter, su espíritu metódico, sus hábitos de orden, esa sumisión al imperio de las leyes, que domina todo el estudio de las ciencias naturales, le hicieron inclinarse hacia un quietismo político que se podía confundir con la reacción.

Bustillos había nacido en Valparaíso al principiar el siglo, y ya había dejado la enseñanza cuando entré a la Escuela.

Era entonces un hombre alto, de una fisonomía expresiva y de un tipo español muy acentuado. No tenía todavía setenta años, pero ya había caído sobre él pesadamente el manto de una vejez muy prematura. Acentuaba esa impresión de cosa vieja, el abandono con que Bustillos se vestía; tal vez en ese abandono tuvo parte una extraña preocupación de la colonia, que hacía mirar el cuidado personal como algo incompatible con la ciencia.

Para apreciar a Bustillos con justicia no podemos desprenderlo de su tiempo, no debemos olvidar que nació en los comienzos del siglo XIX, que pasó su primera juventud en medio de las agitaciones de la guerra de nuestra independencia, y que se consagró al estudio de las ciencias cuando las tempestuosas revueltas europeas no habían todavía arrojado a nuestras playas lo profesores eminentes que nos ilustraron después; no había llegado todavía ni Moesta, ni Philippi, ni Domeyko, ni don Claudio Gay, ni Van del Heyl, ni Lobeck, ni Mora, ni Franc-

oeur, ni ninguno de los grandes maestros encabezados por Bello, ni siquiera habíamos recibido todavía ese fermento poderoso y fecundo que nos trajeron de las orillas del Plata, Sarmiento, Mitre, López, Alberdi, y toda esa pléyade brillante y juvenil que vino a buscar un refugio entre nosotros. Todo eso vino a crear una atmósfera intelectual que no existía en los tiempos obscuros y revueltos en que surgió penosamente la figura de Bustillos.

Para ser justos, y apreciar en todo su mérito su considerable valor intelectual, necesitamos colocar la figura de Bustillos sobre el pedestal desfavorable de su tiempo.

Con un alto sentimiento de justicia, decía el Dr. Torres, que fué su sucesor en la Facultad de Ciencias Físicas, que «indudablemente era un gran mérito de Bustillos el haber adquirido sus conocimientos en la época en que lo hizo. La ignorancia en materia de ciencias naturales era casi completa; no existían cursos públicos ni privados, pues faltaban los profesores, y aún los libros eran raros y difíciles de conseguir, si a esto se agrega que, hombre sin fortuna, debía consagrar al trabajo la mejor parte de su tiempo, se comprenderá fácilmente que ha debido pasar por bastantes sacrificios para llegar a poseer la ciencia a que se sentía inclinado, y que si llegó a ponerse a bastante altura entre los hombres ilustrados, todo fué debido a su constancia y decisión por el estudio».

En todo el curso de esa larga vida de esfuerzo intelectual sólo hemos podido anotar dos circunstancias favorables que le ofreciera generosamente su destino. Una de esas circunstancias fué el matrimonio de su hermana con el Dr. Nataniel Cox, y la otra fué la de haber podido acompañar a don Claudio Gay en toda su excursión por nuestro territorio. Esas dos circunstancias lo pusieron en contacto con un médico distinguido y un naturalista ilustre, a quienes pudo acompañar en la íntima elaboración de sus trabajos (1).

---

(1) Queremos consignar un incidente que acentúa esa generosidad que era un rasgo común en el carácter de todos los profesores de aquel tiempo.

Ese incidente aparece en una nota, publicado por Amunátegui en su *Historia del Instituto Nacional*, nota dirigida por Bustillos al Ministro en 1833,

Fueron muy diversas las condiciones en que se desarrolló don Angel Vásquez, que había nacido en 1823, y comenzó, por consiguiente, sus estudios hacia 1840, es decir, en uno de los momentos más brillantes del desarrollo intelectual de Chile

Ya había terminado la afortunada y rápida campaña del Ejército Chileno, habíamos derrotado a Santa Cruz y por segunda vez asegurado la independencia y la soberanía del Perú. Y, como sucede siempre después de estas exaltaciones violentas de la guerra, se produjo una sed imperiosa de reposo, un anhelo de tranquila consagración al cultivo apacible de la ciencia y de las letras. Toda exaltación del patriotismo despierta una elevación en los sentimientos del alma nacional.

En esa atmósfera blanda y favorable se desarrolló sin grandes esfuerzos don Angel Vásquez. Supo aprovechar lo que había de propicio en esas circunstancias con una consagración al estudio paciente y laborioso. Llegó así a adquirir en química y farmacia una considerable ilustración.

No tenía Vásquez la personalidad acentuada de Bustillos, esa aspereza austera, ese algo fuerte y sólido con que impresionaba a sus discípulos. El sabio Vásquez era de una naturaleza más blanda, más suave y más amable. Sabía borrar las distancias que lo separaban de nosotros y acercarse con una afectuosa familiaridad.

---

cuando recibió su nombramiento de profesor de farmacia. «Al recibir mis títulos—dice Bustillos—he visto que se me asigna en ellos la renta de 500 pesos anuales, y si el gobierno ha tenido razones para no admitir mi ofrecimiento (de hacer la clase gratuitamente), suplico a V. E. se sirva decir a S. E. lo admita en la cantidad de 200 pesos que cedo en beneficio de la clase que desempeño, al menos durante el primer año, que es consagrado al estudio de la química, en el que se necesita mayores recursos».

Creo también de algún interés consignar en esta nota que en *La Unión* de Valparaíso ha publicado el distinguido escritor don R. Hernández un artículo que contiene detalles interesantes sobre la familia de Bustillos, y en que aparece su retrato. Ese retrato es la fotografía del cuadro original en poder de la familia, y es el único que recordamos haber visto.

La Unión a que nos referimos es la del 1.º de Mayo de 1921.

Las circunstancias lo ayudaban a conseguir ese propósito: era chileno y era joven. Cuando lo conocimos tenía poco más de cuarenta años y no había perdido todavía el aire de la frescura juvenil.

Sabía mucho y estudiaba siempre. En sus textos ha dejado un testimonio irrecusable de la enorme extensión de sus lecturas.

Sus explicaciones siempre claras en el fondo, eran a veces confusas en la forma; su expresión se extraviaba, se perdía, distraída con un incesante quitarse y ponerse los anteojos. Ese hábito desgraciado cortaba la ilación de sus ideas, enredaba sus palabras, y a veces hacía fatigoso seguirlo en su discurso; pero hablaba con una voz muy agradable, y luego adquirimos la costumbre de no mirarlo mientras él hablaba.

Han pasado muchos años. La figura de ese distinguido y joven profesor se ve ya muy borrosa en mi memoria, pero lo oigo hablar muy claramente de sus ingenuas y alentadoras ambiciones, lo oigo hablar de los secretos que encerraba todavía la inmensa y misteriosa flora de nuestros valles y montañas, cuántas de esas plantas encerrarán sustancias medicinales que serán la curación o el alivio de males ahora sin remedio! El trabajo, la investigación, nos ofrecían esa brillante recompensa de la ciencia benefactora y gloriosa.

Cuando nos mostraba así sus secretos anhelos de descubrimientos y de gloria, dejaba caer en el fondo de nuestro espíritu la semilla más vivificante y fecunda de una escuela médica, la semilla de las nobles ambiciones.

Y la Escuela que no tiene el anhelo del engrandecimiento intelectual, que no siente palpitar en su seno la ambición, es una Escuela muertà!

Hace poco nos paseábamos por los viejos corredores del patio de Domeyko. Ahí todo ha cambiado, pero todavía quedan rincones, quedan detalles a que pueden asirse los recuerdos. En las salas que rodean ese patio, Philippi nos enseñó a amar la naturaleza, Domeyko nos enseñó a amar la ciencia, y Vásquez nos reveló el orgulloso amor de las grandes ambiciones.

II

D. J. J. Aguirre.—D. Juan Brunner.—D. Pedro Morán.—D. Vicente Padín.—D. Javier Tocornal—D. Ramón Elguero.

En una hermosa mañana de otoño de 1865, llegábamos a incorporarnos en los cursos de la Escuela. Encontramos en el patio un pequeño grupo de estudiantes. Todos parecían de provincia. No conocíamos a nadie y nadie nos conocía.

En esa época eran todavía muy poco numerosos los cursos de la Escuela, pero tocabámos ya el borde de su brusco desarrollo.

En 1853 alcanzaron solamente a 17 todos los alumnos de la Escuela; pero al año siguiente, en 54, bajaron a 14; el 55, esa cifra no varió; pero el 56 subió a 22; el 61 alcanzó a 36, y en 1865 casi alcanzaban todos los cursos a 40.

Desde entonces esa cifra va subiendo con una extraordinaria rapidez, a medida que los cursos se organizan y completan. Diez años más tarde habían alcanzado a una cifra que parecía inverosímil, 187 alumnos se inscribieron en el curso del primer año de Anatomía, y en el año siguiente, 1876, alcanzó esa cifra a 314.

La Escuela llegó entonces a la plenitud de un desarrollo que por fortuna hasta ahora ha conservado.

Pero estábamos todavía muy lejos de esos días del enorme crecimiento. Ese año sólo nos inscribimos 7 alumnos.

Tuvimos poco tiempo para cambiar entre nosotros algunas miradas frías y curiosas, porque cuando sonaba la hora en el reloj del campanario de San Francisco, delante de la puerta de la Escuela se detuvo uno de esos *coupé*, que fueron durante muchos años una peculiaridad de nuestros médicos, y se presentó el Dr. Aguirre.

Era un hombre de regular estatura, vigoroso, sólido, de formas macizas, de movimientos pausados y tranquilos. Sobre esos hombros robustos se erguía una cabeza dantoniana, de

facciones fuertes, acentuadas con violencia. Ojos grandes, verdaderamente hermosos, vivaces, con una expresión de inteligencia y de bondad, y una sonrisa alentadora y amable, derramaban sobre su fisonomía el noble encanto de una viva simpatía.

Esa expresión de bondad lo dominaba todo en su figura, en su actitud, en su lenguaje, y se dejaba sentir hasta en el suave sonido de su voz, siempre baja y modulada con una tranquila lentitud.

En la atrayente fisonomía de aquel hombre se dejaba traslucir una modestia honrada, alentadora y sincera. Había tanta naturalidad y sencillez en su lenguaje, en su actitud, en toda su persona, que de una manera instintiva, irresistible, despertaba la confianza.

Muchos años más tarde, en la Sesión solemne que la Sociedad Médica consagró a su memoria, tratando de evocar la impresión que guardaba en mis recuerdos de aquellos días hermosos y lejanos, decía que al través de la bruma de los años veía asomar la figura de nuestro viejo maestro, cuando él mismo casi iniciaba su enseñanza. Era entonces todavía joven. Venía de provincia. Sólo lo rodeaba el prestigio de un estudiante laborioso y serio, que se había conquistado en nuestra Escuela, y de médico prudente y sagaz, que se había conquistado en la práctica.

No tenía ninguna de las cualidades que deslumbran la imaginación impresionable de un joven auditorio. Ni siquiera lo rodeaba esa atmósfera, indefinible y llena de promesas, en que envolvemos instintivamente a los que han estado en contacto con los grandes centros y los grandes maestros de la ciencia.

Por el contrario, todo era en él de una noble sencillez, todo era sin brillo, y, sin embargo, desde sus primeras palabras se apoderó por completo del espíritu de los que entonces lo escuchaban. «Vamos a estudiar la Anatomía, nos dijo. El cadáver será nuestro maestro; los libros, nuestros guía, y yo los ayudaré en el estudio». Nada más sencillo, nada más modesto, que esas pocas palabras, detrás de las cuales se ve todo un carácter y toda una enseñanza, casi digo un carácter antiguo y una enseñanza antigua, un carácter austero y grave, y una

José Joaquín Aguirre



Era entonces todavía joven. Venía de provincia. Sólo lo rodeaba el prestigio de un estudiante laborioso y serio, y de médico prudente y sagaz...



Rodeado de honores y de profundas y cariñosas afecciones llegó Aguirre al sereno y suave ocaso de su larga vida.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

enseñanza, que huyendo de las quimeras peligrosas, se encierra en la realidad de los hechos y busca la verdad en el contacto íntimo y directo con la naturaleza.

A estas palabras las iluminaba una sonrisa llena de bondad; esa sonrisa benévola que descubría el fondo de su alma, que reflejaba el rasgo más saliente y más vivo de su carácter moral.

Su bondad, una bondad imperturbable, una bondad llena de indulgencia era el fondo de ese hermoso y noble carácter.

Más tarde sólo podrá comprender el piadoso cariño con que hemos guardado su recuerdo, y toda la ternura que se mezclaba a nuestra gratitud al evocar esa figura venerable, el que comprenda todo lo que había de grande y de hermoso en esa benevolencia sin reservas.

La bondad del Dr. Aguirre no era la bondad ingenua del candor; no era la bondad desdeñosa de la indiferencia; no era la bondad amarga del escepticismo que todo lo confunde y que todo lo desprecia. Nó, era la bondad grande y santa del que todo lo comprende y todo lo perdona, del que conoce la excusa secreta de las debilidades, del que sabe descubrir lo que hay de humano, y casi de fatal, en todas las caídas, y las sabe cubrir con el manto de la piedad suprema.

Pocos hombres han conocido más el fondo oscuro y triste de la vida humana que ese viejo médico, a pocos les ha repetido con más crueldad la experiencia que la ingratitud es la moneda con que de ordinario se pagan los servicios, y, sin embargo, el que golpeaba a su puerta estaba seguro de recibir su apoyo.

Esa misma bondad que lo hacía mirar con indulgencia nuestras faltas lo hacía aplaudir con entusiasmo nuestros pequeños méritos. Cuando alguno de nosotros había hecho cualquier cosa que pudiera contribuir al progreso de la ciencia o a la dignificación de nuestra vida médica, estaba seguro de recibir sus elogios y sentir sus aplausos.

Todos hemos conocido esos comienzos duros de la vida profesional, todos sabemos que basta la sonrisa desdeñosa de un médico que goza de prestigio, que basta la indiferencia de los que han ganado el favor público, para oscurecer el mérito y hacer más desesperante y duro ese penoso noviciado.

En otro tiempo la necesidad de ese apoyo moral era más

sensible todavía. Eran médicos extranjeros los que gozaban entonces de mayor prestigio y dominaba en nuestra sociedad, con la fuerza de las preocupaciones arraigadas, la idea aplastadora de que sólo se podían formar entre nosotros médicos mediocres.

«*¡Los médicos indígenas!*»... Ustedes no pueden comprender todo lo que encierran esas palabras. Ustedes no podrán comprender jamás todo lo que deben a los que dignificaron el título que van a recibir. Conserven esa herencia de dignidad que ha costado tanto esfuerzo!

Los que principiamos nuestra vida en esa atmósfera deprimida y vergonzante sabemos apreciar el valor del apoyo moral que nos ha prestado ese maestro noble y bondadoso. Sabía defendernos, sabía darnos la razón, sabía dar relieve al servicio que habíamos prestado, sabía envolvernos en su propio prestigio que nos ha cubierto a todos.

El podía hacerlo, porque hablaba desde la altura de una autoridad incuestionable. Era difícil discutir la sagacidad del clínico, pero era imposible discutir la habilidad del cirujano: se imponía.

Operar en esos tiempos no era como operar ahora. Los progresos de la cirugía han sido asombrosos, y no sólo permiten operar con un instrumental admirable y con recursos que aseguran el éxito y autorizan las mayores audacias, sino también en condiciones en que el dolor del paciente es un factor que ha desaparecido.

El Dr. Aguirre ha sido cirujano cuando sólo se conocía un instrumental rudimentario; cuando la ciencia no sospechaba los recursos poderosos de la asepsia; cuando el cloroformo no había entrado todavía en la práctica habitual y se presentaba rodeado de todos sus peligros; cuando el éxito afortunado dependía casi por completo del mérito personal del cirujano, de sus conocimientos anatómicos, de la seguridad y rapidez con que operaba.

El Dr. Aguirre fué un gran cirujano en esas condiciones deplorables. Fué un operador siempre asombroso y casi siempre feliz. Sólo Sazie, el ilustre iniciador de la Cirugía en Chile podía rivalizar con ese joven cirujano formado en nuestra Escuela.

Sus títulos, sus méritos, sus triunfos, se reflejaban y se extendían a todo el cuerpo médico chileno y, haciendo pedazos viejas preocupaciones, nos han allanado a todos el camino de la consideración y del prestigio.

Naturalmente que cuando por primera vez nos presentamos a su clase no podía ninguno de nosotros presumir la influencia enorme que aquel hombre iba a ejercer en nuestra vida, y sólo esas penetrantes intuiciones del instinto nos hacían mirarlo con una seguridad confiada que los años irían acentuando.

No podíamos tampoco darnos cuenta de la revolución que el Dr. Aguirre iniciaba con nosotros en los estudios anatómicos.

Hasta entonces había servido como texto de Anatomía a los alumnos el Manual de Disección de Lauth, introducido en la Escuela por Lafargue. Aguirre lo cambió por el texto de Jamain, que se usaba en las escuelas médicas de Francia y se acababa de introducir en las de España.

Ese cambio de texto significaba por si solo un cambio en la dirección de los estudios. Hasta entonces el disector hacía las preparaciones, que servían para las explicaciones de la clase que el profesor desarrollaba extensamente. El Dr. Aguirre exigió que los alumnos prepararan, y presentasen sus preparaciones en la clase. Ese cambio hizo que fuera más práctico el estudio.

Años más tarde yo traté de completar ese sistema. En la clase presentaba la preparación del disector, que servía de base a mi lección. Fuera de la clase los alumnos tenían que practicar la serie completa de las principales preparaciones anatómicas. Se exigían a lo menos 30 preparaciones aprobadas para poderse presentar a examen.

Ese procedimiento sólo era, como se ve, una aplicación más rigurosa del sistema introducido por Aguirre, un esfuerzo para dar a la enseñanza la base más práctica y más sólida posible.

El mismo doctor Aguirre ha dicho que «no hay nada, a su juicio, más fatal para la enseñanza seria de la ciencia que basar los estudios sobre ideas superficiales o incompletas. De esa manera se pierde el hábito de raciocinar con solidez, y se prepara para el porvenir el triunfo de escuelas paradójicas o de sistemas revolucionarios, que perturban y dañan el progreso de la

ciencia. Sin habituarse a conocer muy bien o a poseer muy seriamente los puntos que sirven de base a las cuestiones médicas que se estudian, no se pueden tener sino médicos peligrosos y prácticos detestables.» (Comunicación al Consejo, Marzo 24 de 1876).

Dar a la enseñanza su base más práctica y más sólida era el anhelo de todos sus esfuerzos.

Cuando entramos a su clase en 1865, Aguirre tenía poco más de 40 años. Se había graduado de médico muy joven, el 25 de Julio de 1850; un mes después, en Agosto fué nombrado miembro de la Facultad de Medicina, y ese mismo año, antes de recibir su título de médico, cuando era un estudiante todavía, fué nombrado «profesor auxiliar de Anatomía» en reemplazo del Dr. Lafargue, por decreto del 8 de Junio de 1850.

Su carrera universitaria fué de una rapidez excepcional. En 1855 fué elegido para ocupar el decanato de la Facultad y el protomedicato, es decir, la más elevada situación profesional.

Durante algunos años vivió el Dr. Aguirre exclusivamente consagrado al desempeño de los múltiples deberes que le imponían la profesión y la enseñanza.

En esa atmósfera amable y tranquila, rodeado de agradecimientos y de afectos, se habría deslizado la apacible corriente de su vida, si otros deberes no hubieran venido a reclamarlo.

Su prestigio profesional, sus condiciones de inteligencia y de carácter, no le permitían excusarse en aquella época de tomar una participación en la política.

Un país que se organiza, en que son escasos los hombres de valer y en que los caracteres enérgicos no abundan, está necesariamente condenado a tomar sus hombres donde quiera que los halle y arrastrarlos a las situaciones de gobierno.

Aguirre fué un forzado de esas exigencias imperiosas. Compromisos de familias y vinculaciones de partido lo obligaron a aceptar, primero la gobernación de Los Andes, y después la Intendencia de Aconcagua. En esos puestos prestó Aguirre servicios importantes al país y a su provincia en una difícil situación.

El recuerdo de esos servicios y la popularidad honrada que con ellos se supo conquistar lo obligaron también mucho más

tarde a aceptar la representación parlamentaria de Los Andes. Desde 1876 ocupó durante tres legislaturas ese puesto en el Congreso. La acción política de Aguirre fué durante todo ese tiempo silenciosa y tranquila, pero no lo apartó ahora, como veinte años antes, de la profesión y de la Escuela.

Esa intervención forzada en los negocios de gobierno cesó tan pronto como pudo desprenderse de sus compromisos de partido. Volvió a Santiago; volvió alegremente a la vida profesional y a la enseñanza.

Ahí ya estaba definitivamente establecido, cuando lo encontramos nosotros en la Escuela, como profesor de Anatomía.

Volvimos luego a verlo reaparecer como decano y a ocupar sin disputa, el primer puesto entre nuestros cirujanos, después de la muerte de Sazie, que acaeció desgraciadamente ese mismo año (1865).

Coincidió su vuelta con el rápido desarrollo de la Escuela. Los estudios de medicina habían tenido su primera organización en 1833. Sólo cuatro alumnos: Don Javier Tocornal, don Luis Ballesteros, don Francisco Rodríguez y don Juan Mac–kenna siguieron esos cursos, que arrastraron una vida irregular y accidentada y sólo pudieron terminar diez años más tarde, en 1843.

La prolongación extraordinaria de ese curso trajo, como era natural, un enorme desaliento. Pocos alumnos quisieron exponerse a correr esas pesadas y largas aventuras, y esos pocos no tardaron en encontrar nuevos tropiezos.

Ya en Agosto de 1844 el curso de Fisiología quedó suspendido por falta de profesor. Para completar el año el Gobierno interinamente nombró a Elguero, que era todavía estudiante en aquella época. Ese nombramiento levantó una aturdida tempestad entre los alumnos. El Consejo, el Decano y el Rector del Instituto hicieron sentir todo lo que había de injusto en esa protesta inconveniente, hicieron ver los méritos del joven profesor que sería más tarde, honra y orgullo de nuestra Escuela.

El plan de estudios que decretó el Gobierno en 1845 y que había sido sugerido por Lafargue, no consiguió modificar la difícil situación de nuestra Escuela. Los cursos, según ese plan, se debían abrir cada tres años, lo que alejaba a muchos aspi-

rantes, y el reducido número de profesores era un obstáculo para dar más desarrollo a los estudios.

En 1860 la Escuela de Medicina experimentó una modificación muy sustancial, directamente encaminada a remover uno de los más serios tropiezos.

Se decretó que los cursos de Medicina durarían seis años y que se debían abrir cada dos años y que seis profesores servirían esos cursos.

Entonces por primera vez aparece como un ramo completamente aislado el estudio de la Anatomía descriptiva y se establece que «habrá un disector que se ocupe exclusivamente en dirigir y ejercitar a los alumnos de los primeros años en las disecciones anatómicas y el gabinete anatómico.»

Según ese plan se debía estudiar:

El primer año.—Anatomía y Química inorgánica.

El segundo año.—Añatomía, Química orgánica y Botánica.

El tercer año.—Fisiología, Anatomía de regiones, Farmacia.

Cuarto año.—Patología interna y externa.

Quinto año.—Clínica Interna y Externa, Higiene y Terapéutica.

Sexto año.—Clínica Interna y Externa, Obstetricia, Medicina Legal.

Con ligeras variantes, introducidas por la ley de Julio de 1863, fué ese plan de estudios el que nosotros seguimos en la Escuela.

Como ya hemos dicho, introdujo Aguirre graves modificaciones en el estudio y el desarrollo de su ramo, sacándolo de los límites estrechos en que antes se encerraba para darle más amplios horizontes y una nueva orientación.

Hizo más práctico el estudio, obligando a los alumnos a hacer preparaciones y trabajar en el cadáver. De esa manera se grababa mejor la forma y las relaciones de los órganos, y nos preparábamos mejor para el examen del enfermo.

Hasta entonces—y este es uno de los méritos de Aguirre que no ha sido acentuado todavía—el punto de vista de los estudios anatómicos era el que va a utilizar el cirujano, pero él no fué exclusivo en su enseñanza como lo habían sido anteriormente.

Lejos de eso; hay un hecho casi desconocido, un hecho olvi-

Dr. Javier Tocornal



Su figura contribuía a esa impresión de buen tono señoril. Era alto, delgado, con un aire de distinción y una corrección irreprochable en sus modales y en su traje... Una patilla negra, cortada a la española, servía de marco a su fisonomía fina, de facciones delicadas...

Dr. Brunner



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

dado, que nos deja ver la amplitud de su criterio. El doctor Aguirre introdujo en el estudio de la Anatomía descriptiva el estudio de la Histología. En Octubre de 1870 publicó sus «*Elementos de Histología*». Hace pocos días tenía entre mis manos, en la Biblioteca Nacional, el único ejemplar que ahora conozco de ese texto, que sirvió a generaciones de estudiantes.

Un deber de gratitud me obliga a hacer un recuerdo. El Dr. Aguirre fué el iniciador de la enseñanza oficial de esos estudios, el que hizo obligatorio el conocimiento elemental de la Anatomía Microscópica, el autor del primer libro publicado en Chile sobre Histología, pero no fué el primero que enseñó ese ramo.

Vivía en aquella época en Santiago, en una quinta de la calle de Lira, un médico alemán, el Dr. Brunner. Era un hombre de extrañas y poderosas facultades, de una vasta ilustración, espiritual, inquieto, ávido de innovaciones y reformas.

Había seguido en Alemania los cursos de medicina con cierta distinción y se había graduado de doctor. La homeopatía lo fascinó con sus fórmulas de una misteriosa sencillez, pero después de haber sido algún tiempo discípulo de Hannemann abandonó su escuela y fundó procedimientos terapéuticos más innovadores todavía. El llamó «la pantobiótica» su sistema curativo. Nunca pude darme cuenta en qué consistía esa audaz innovación, cuyas ideas fundamentales se presentaban siempre envueltas en los velos del misterio.

Ese espíritu inquieto, reformador y de aventura, hacía que Brunner despertara entre nosotros cierta curiosa simpatía; pero lo que lo hizo verdaderamente popular fué la espiritualidad epigramática de sus polémicas de prensa, y sobre todo un pequeño libro titulado *Carmen Marín, la endemoniada de Santiago, o sea, el demonio de la Naturaleza y la naturaleza del demonio*. Nos encantaban los extraordinarios juegos malabares que hacían las palabras en sus frases, y si no comprendíamos muy bien la recóndita metafísica de Brunner veíamos claramente que su libro era una réplica mordaz a un elevado dignatario de la Iglesia.

Brunner vivía en su gabinete, en medio de sus libros, en su gran laboratorio, haciendo estudios químicos, inclinado sobre un hermoso microscopio. Era una vida misteriosa de trabajo intelectual, solitario y silencioso.

Tenía esa amabilidad complaciente de los sabios, que siempre gozan cuando pueden prodigar su ciencia. No recuerdo cómo se iniciaron nuestras relaciones, pero no podré olvidar que durante mucho tiempo fuí con algunos compañeros a un curso de Histología, que nos hacía generosamente el Dr. Brunner.

Tal vez el interés que manifestábamos en adquirir esos conocimientos contribuyó para que el Dr. Aguirre se empeñara en difundirlos en la Escuela.

Entre sus libros debe estar un *Tratado de Microscopía* de Robin, entre sus instrumentos un microscopio de fábrica francesa y una colección de preparaciones microscópicas encargadas a París, en que se podía estudiar los tejidos y la estructura de los órganos. Esos fueron los elementos con que estudió el Dr. Aguirre Histología y que le sirvieron para enseñarla después a sus alumnos.

Lo que hay para mí de más interesante en esa primera incorporación de los estudios histológicos en la enseñanza de la Escuela, es que ella significa una nueva orientación de los estudios anatómicos.

En el estudio de la Anatomía hay una primitiva orientación quirúrgica, que casi exclusivamente se preocupa de acumular los conocimientos que van a utilizar los cirujanos en su práctica, y hay otra orientación médica que especialmente insiste en la estructura, la configuración y las relaciones de los órganos para darnos la clave de sus funciones y perturbaciones patológicas.

Esa orientación médica que sacó a nuestra Escuela, hasta entonces un poco rutinaria, del camino estéril y trillado que seguía, y dió un vuelo inesperado a sus ideas, fué iniciada por Aguirre con su texto elemental de histología, y desarrollada más tarde por nosotros en un estudio sobre las *Circunvoluciones cerebrales*, en que la Anatomía y la Fisiología se confunden y se enlazan, de una manera indisoluble, con las concepciones patológicas.

Esa nueva orientación de los estudios anatómicos tiene una trascendencia filosófica, que dará en el porvenir alto relieve a la figura del maestro, que tuvo el honor de iniciarla en nuestra Escuela.

Los éxitos del cirujano y el prestigio del profesor, abrieron al Dr. Aguirre un camino ancho y fácil que lo llevó muchas veces al decanato de la Facultad y en 1889 al rectorado de la Universidad.

Hasta aquí he pasado más de una vez en silencio delante de una idea que derrama su luz y su calor sobre la vida moral del Dr. Aguirre. No me atrevo a expresar esa idea porque temo no hacerme comprender. Casi todos los que me oyen se han formado en la atmósfera de un positivismo frío y calculador, en que sólo se estima lo que brilla y se considera que amontonar una fortuna es el objeto primordial de la existencia. Aguirre se había formado en otra atmósfera moral, en la atmósfera romántica del siglo pasado, y tenía todas las supersticiones de esa atmósfera, creía en las ilusiones, creía que hay algo que brilla más que el oro y que vale más que la fortuna, creía que el médico tiene la misión de combatir los sufrimientos y el dolor humano, y que la medicina es un sacerdocio, hecho de generosidad y de compasión.

Todo eso ha pasado, es cierto; pero todo eso no ha muerto. Los espíritus fuertes, los espíritus prácticos hablan con la sonrisa de una experiencia desdeñosa del sacerdocio y la misión del médico. Pero, todo eso no ha muerto. Hace apenas 15 años Valparaíso se agitaba en medio del horror de una epidemia. Su población estaba consternada. Ya el terror dominaba los espíritus y principiaba a desatar los más sagrados vínculos sociales. Los hijos abandonaban a sus padres, los vivos abandonaban a los muertos. En esa hora de angustia las autoridades de Valparaíso vinieron a golpear las puertas de la Escuela. La Escuela fué, generosa y noblemente, a cumplir con su deber. Después de un trabajo, que fué un sacrificio; después de una actividad, que fué un milagro de energía, en un corto espacio de tiempo la epidemia quedó vencida.

En uno de esos días inquietos y azarosos de la lucha, recorríamos las afueras de la población revisando las vacunaciones practicadas por los estudiantes.

En una callejuela de los cerros de Valparaíso encontramos dos estudiantes que bajaban llevando un cadáver en una parihuela improvisada. Nos inclinamos delante de la majestad de

la abnegación y de la muerte. Pasaba a mi lado el alma generosa y noble de la vieja Escuela. Es la última vez que la he encontrado en el camino de mi vida, pero esa alma no ha muerto, y estoy cierto, estoy seguro, que si mañana en una hora de angustia vinieran a golpear a las puertas de la Escuela, ella sabría hacer honor a sus hermosas tradiciones y renovar el ejemplo y los sacrificios del pasado, y volvería a hacernos ver que hay para ella algo que brilla más que el oro y vale más que la fortuna.

La sombra venerada del viejo maestro le señalaría de nuevo el camino del deber y del pasado.

Rodeado de honores y de profundas y cariñosas afecciones llegó Aguirre al sereno y suave ocaso de su larga vida.

El miércoles 23 de Enero de 1901 apareció *El Ferrocarril* con sus columnas enlutadas. Comentaba en su artículo de honor la muerte del Dr. Aguirre, que había ocurrido el día anterior en Cartagena. Por una singular coincidencia en esos mismos momentos moría en Londres la reina Victoria; resonaban los dobles plañideros en todas las iglesias de Inglaterra y en todos los puertos del mundo la escuadra inglesa disparaba la salva de los últimos honores, y tributaba a su reina ese homenaje tan lúgubre y solemne.

Por otra coincidencia casual, el año del Centenario del nacimiento del Dr. Aguirre, fué también el año en que se inauguró el Instituto de Anatomía de nuestra Escuela Médica. Esa ceremonia de inauguración fué naturalmente un homenaje a su memoria y una conmemoración del Centenario. Un destino cuidadoso parece velar por su memoria y hacernos evitar las ingratitudes del olvido.

Nuestro profesor de Fisiología fué don Vicente Padín, discípulo de Morán. Se había formado entre nosotros y conservaba con un afecto cariñoso las nacientes tradiciones de los primeros tiempos de la Escuela. Ese pasado vivía fresco en el recuerdo de su juventud, y así como Aguirre se complacía en hablarnos de Lafargue, Padín se deleitaba con el recuerdo de Morán.

Ya hemos dicho que cuando organizó el Ministro Tocornal los estudios de medicina en 1833, nombró a Morán profesor de

Anatomía, de Fisiología y de Higiene. Esas tres clases debían ser desempeñadas por un solo profesor y así sucedió durante el primer año.

El Dr. Blest, que era la primera autoridad médica de su época, decía en el discurso de apertura de la Escuela hablando de Morán: «mi respetado colega Dr. Pedro Morán, quien, aunque educado en la oscura época de la esclavitud de Chile, aprendió por su ingenio y talento a volar por sobre las absurdas doctrinas de la antigüedad y ponerse al nivel de las luces del siglo, fabricándose una reputación que debe adornar las páginas de la historia médica de Chile».

Y no había exageración en este elogio. Morán se había efectivamente levantado desde el fondo oscuro de la colonia a una elevada cima intelectual. No dejan duda a este respecto ni los libros de que se servía en la enseñanza, ni la organización que dió a los trabajos anatómicos.

En el discurso con que inauguraba su clase en 1834 decía Morán que había tomado como base para su enseñanza a Chaussier, Bichat y Maigrier y que siguiendo a esos maestros había enseñado a sus discípulos la osteología y la astrología, «haciéndolos practicar la disección de los cadáveres para conocer estos órganos y ejercitándose, primero como discípulos y demostrando después como maestros. De este modo continuaron por medio de indecibles sufrimientos, consiguientes a toda reciente creación, hasta rendir los próximos exámenes de osteología que, con plena aceptación pública y profesional, acaban de verificar».

Pero ese animoso esfuerzo de Morán no pudo sostenerse mucho tiempo. En 1834 manifestó al Gobierno que su salud y ocupaciones no le permitían continuar, y que «se veía en la imposibilidad de presidir las disecciones anatómicas y solicitaba se nombrara un profesor auxiliar de Anatomía práctica».

El Gobierno accedió al pedido de Morán y nombró a don Martín Avello, el 29 de Abril de 1834, en el carácter de auxiliar que «bajo la dirección del profesor y según sus órdenes ejecute en los cadáveres las preparaciones necesarias para dar a los alumnos las demostraciones prácticas».

Durante un tiempo muy corto pudo Avello prestar sus ser-

vicios a la Escuela, porque murió el 2 de Noviembre de 1834. Fué la primera víctima de las condiciones deplorables en que se hacían entonces los estudios. Una infección anatómica le causó la muerte.

Tenemos un curioso y significativo documento sobre la enseñanza de la Anatomía en aquella época. Es una solicitud firmada por Morán y por Avello el 1.º de Octubre de 1834. En esa solicitud le piden al Gobierno entre otras cosas, que «se compre cloruro de cal, sebo, pez de Borgoña, azafrán, añil, para las inyecciones» y que se traslade a la biblioteca de la Escuela la obra de Tiedemann, titulada *Tabulae Arteriarum*, que se encontraba en la Biblioteca Nacional. El Gobierno se apresuró a acceder a ese pedido, que colocaba al disector en condiciones que permitieran inyectar las arterias y las venas, que algunos han creído—desconociendo por completo nuestra historia—que más de veinte años más tarde se practicaron por primera vez entre nosotros.

Recojo estos detalles porque un espíritu de injusto y absurdo menosprecio envuelve todavía los penosos y difíciles comienzos de la Escuela. Ese espíritu depresivo ha llegado hasta hablarnos de Morán como de «un médico muy desnudo de méritos». Habrían estado tal vez más cerca de la verdad y de una justa apreciación si nos hubieran dicho que ese pobre médico, era uno de los hombres más extraordinarios que ha producido este país.

Morán había nacido en 1770, en plena colonia, cincuenta años antes de la declaración de nuestra Independencia. Para estudiar Medicina era entonces difícil procurarse libros y encontrar maestros. Su pobreza venía a oscurecer aún más su situación. Necesitaba trabajar para poder vivir y poder estudiar, y necesitaba todavía mendigar la enseñanza.

En esas duras condiciones Morán principia sirviendo en el hospital como flebótomo. Eso lo pone en un contacto diario con los enfermos y los médicos, y así va lentamente acumulando los conocimientos y la experiencia necesaria para prestar sus servicios al ejército de nuestra gran revolución. Fué nombrado cirujano mayor del ejército de Talca. Tenía entonces más de cuarenta años. En Cancha Rayada cayó entre los

patriotas prisioneros. Después de ese desastre pudo huir, pero se resistió a abandonar a sus enfermos. Los pactos de Gainza le abrieron más tarde su prisión.

Volvió entonces a ocupar su puesto en el ejército, y a prestar en las ambulancias patriotas sus servicios. Cayó envuelto en la catástrofe gloriosa de Rancagua. Ahí fué herido y fué hecho prisionero. Durante la reconquista, Osorio que estimaba en mucho sus talentos y conocía el prestigio de que gozaba en el ejército, lo destinó al servicio de los hospitales militares, dejándole cierta libertad, de que él aprovechó no sólo para continuar completando sus estudios, sino también para servir en todo a los patriotas prisioneros. Muchos le debieron al cirujano Morán su libertad, y entre ellos el general Calderón. La importante evasión de Calderón no podía pasar sin ser apercibida. Se instruyó un proceso y se pudo comprobar que era Morán el que había facilitado aquella fuga. El Consejo de Guerra lo condenó a muerte, pero no pudo darse cumplimiento a la sentencia porque el Gobernador de Los Andes, el coronel Romero, le facilitó la escapada a la Argentina. Morán había salvado la vida a la mujer de Romero.

Con la entrada victoriosa del ejército de Los Andes volvió Morán a Chile; volvió a su patria, a su hospital y a sus estudios.

Durante todos los años que habían trascurrido desde Rancagua hasta Maipú, Morán había continuado con empeño no sólo su instrucción profesional, sino también su extraordinaria cultura intelectual. Es para nosotros un problema averiguar dónde pudo aprender lo que sabía. Morán conocía el francés, leía el inglés. ¿Cómo y dónde los pudo aprender ese pobre practicante de hospital? Estos prodigios del esfuerzo nos hacen recordar que Camilo Henríquez aprendió solo, en unas pocas semanas, a traducir los periódicos ingleses. La avidez de instruírse debió ser también la maestra de Morán.

Ya en 1821 se encontraba Morán en condiciones de presentarse al protomedicato solicitando el título de Médico. Las pruebas que dió fueron brillantes. El protomedicato le extendió sus títulos. Pero el destino de Morán se empeñaba en levantar mortificantes dificultades a su paso.

Los realistas vencidos no podían olvidar los servicios de Morán en la campaña revolucionaria ni podían perdonarle que hubiera enrolado a uno de sus hijos en el ejército patriota, Grajales, fiscal del protomedicato, haciéndose un eco de esas odiosidades políticas, pidió que se declarara la nulidad del título de Morán por ser dudosa la legitimidad de su origen. Rencores malignos habían hecho circular el rumor de que Morán era un expósito. En realidad era un huérfano. Su padre había muerto cuando él estaba todavía en la cuna. El proceso lo dejó todo en evidencia y el 11 de Noviembre de 1823 el protomedicato reconoció la validez del examen y del título.

Ese hombre, que conocía por una larga experiencia personal las dificultades con que entonces tropezaba el que quería adquirir instrucción médica, se apresura a hacer clases privadas para facilitar el camino del estudio. Hay una discreta y dolorosa confesión en ese apresuramiento para abrir sus clases. Su hijo Bartolomé, Mesías y Avello fueron entonces sus discípulos.

En 1833 fué nombrado profesor en el primer curso organizado de la Escuela. Ya entonces Morán había entrado en la vejez, y aunque conservaba todo su entusiasmo por el estudio y la enseñanza, ya su vigorosa organización había cedido bajo el peso de los años y el trabajo.

En 1834 se vió, como hemos dicho, obligado a pedir un auxiliar para el pesado ramo que enseñaba. Cinco años más tarde las fuerzas de Morán visiblemente declinaban, y para no alejarse definitivamente de su clase, hacía que su hijo Bartolomé le reemplazara. Volver a su clase fué su última ilusión. Murió el 19 de Diciembre de 1839.

El Araucano del 1.° de Enero de 1840, dando cuenta de los funerales de Morán decía que «Cox, Blest y Sazie cargaron el cuerpo de su benemérito colega hasta la Iglesia, y al tiempo de depositarlo en el sepulcro, el alumno de medicina don Javier Tocornal pronunció un sentido discurso».

En *El Valdiviano Federal* consagró Infante un artículo conmovido al «viejo maestro, quien se iba de este mundo después de haber servido a su patria con toda la energía de que era capaz y a costa de grandes sacrificios personales».

Esos sentidos y respetuosos homenajes se tributaban a un hombre que había nacido en la oscuridad de la pobreza y la colonia, que había hecho el largo camino de la vida solo y sin apoyo, y que desaparecía envuelto en el prestigio de una elevada situación intelectual.

Padín, que había sido su discípulo, fué después el heredero de su clase.

Cuando conocimos a Padín era un hombre al parecer de cincuenta años—esa era su edad, porque había nacido en Valparaíso en 1815,—de pequeña estatura, con un aire enfermizo, muy cuidadoso de su traje, de modales discretos, reservados y obsequiosos. Su fisonomía era de líneas correctas, de una expresión amable y seria. Era de un tipo andaluz muy acentuado, de ese tipo moreno, de ojos verdes. Hablaba muy bien; con una gran facilidad y con cierto brillo; con una emoción en su voz y en su palabra, que a veces llegaba a la elocuencia.

Tal vez abusaba un poco de esa brillante facilidad de su palabra y se inclinaba a tratar siempre las cuestiones en sus aspectos generales, que son los que dan más campo a las expansiones oratorias. Pero de todos modos, sabía darle un gran interés a su enseñanza y mantener la atención de sus alumnos.

Esas aptitudes oratorias parecían predestinarlo para ejercer la abogacía y tuvo que vencer serias y largas resistencias para seguir la vocación que lo arrastraba al estudio de las ciencias. Al principio Padín se vió obligado a seguir al mismo tiempo los cursos de Medicina y de Derecho.

En 1846—cuando acababa de pasar de los treinta años, recibía su título de Médico y era nombrado cirujano militar. Al año siguiente—en 1847—entró interinamente a reemplazar a Lafargue, que recorría entonces el Perú, y después obtuvo en concurso la cátedra de Anatomía y Fisiología que había quedado vacante después de la muerte de Morán.

Había un curioso contraste entre «el viejo maestro» y su joven reemplazante. Morán era de una viveza alegre, que se complacía en acentuar el lado cómico y travieso de las cosas; Padín lo veía todo con una imperturbable seriedad, con cierta magnificencia ampulosa y solemne. Hablando de su maestro

decía Padín: «el inmortal Morán». Esa frase pinta a un hombre (1).

Pero debajo de la exuberancia tropical de su lenguaje había una profundidad excepcional en las ideas.

Al incorporarse en la Facultad de Medicina en 1848, leyó un discurso sobre «el hábito y sus influencias en el organismo humano».

Nos sorprende encontrar entre nosotros, casi al salir de la colonia, un médico formado en nuestra pobre Escuela y que profesa en ese estudio las doctrinas más avanzadas y abstrusas de la ciencia y, que defiende las ideas sobre la evolución de las especies, que iniciaba entonces Geoffroy Saint-Hilaire, y a que Darwin daría más tarde su trascendental y brillante desarrollo.

Menos afortunado fué Padín en la redacción de su texto de *Fisiología Elemental*. Lo presentó al Consejo en 1853. Sazie y Aguirre fueron nombrados para informar sobre su mérito. Después de examinar ese trabajo, Sazie trató primero de excusarse y después de demorar su informe. Padín se quejó al Consejo de esas extrañas dilaciones; esas quejas arrancaron a Aguirre y a Sazie un informe desfavorable sobre el texto, porque en él «se omitían las funciones del cerebro y sus anexos, no se daba cuenta de experimentos fundamentales, y porque es demasiado sucinto». En vista de ese informe pidió el Consejo al decano Tocornal que examinara la obra. En Septiembre de 1854 el Decano se adhiere al informe de Aguirre y de Sazie, y el Consejo devuelve el libro de Padín para que lo ajuste a las observaciones presentadas.

Más tarde—en 1863—después de sufrir grandes reformas, ese libro fué adoptado como texto universitario. Padín era Decano en ese tiempo y la aprobación fué, más que todo, una cortés satisfacción a su amor propio, porque poco después,

---

(1) Don Benjamín Vicuña Mackenna en sus *Médicos de Antaño*, atribuye a Morán una grandilocuencia que habría sido más verosímil en Padín—pero, de todos modos, la anécdota que recuerda ha circulado en las conversaciones de estudiantes, con nombres muy diversos. En mi tiempo esa misma anécdota se atribuía a don Santiago Prado, que era entonces Rector del Instituto Nacional.

cuando estudiamos Fisiología, nos servía de texto el libro de Beclard.

Otro será el título que haga figurar a Padín en la historia de la literatura médica de Chile. En 1867 fundó *El Médico Práctico*, que fué la primera Revista de medicina publicada en Chile. El primer número apareció el 2 de Diciembre y el último el 10 de Septiembre del año siguiente (1).

En el prospecto declaraba esa Revista que venía «a satisfacer una necesidad sentida mucho tiempo ha», y que la publicación sería «vivificada por el espíritu del siglo y por la enseñanza que fundara en tiempos no lejanos la modesta figura de un hijo del pueblo».

En esa frase hay algo más que un piadoso recuerdo de la enseñanza de Morán. Asoma ahí ya la aspiración de dar a nuestra Escuela un carácter propio, una personalidad independiente. Esa aspiración incierta y vaga todavía se irá más tarde afirmando y será un día la base de su brillante desarrollo.

Un hombre con las condiciones personales de Padín, su vasta ilustración y su prestigio, debía—como ya hemos observado y tendremos que volver a comprobar—ser arrastrado al Congreso por una imperiosa necesidad de los partidos. Padín figuró en la Cámara, como Diputado por Rancagua, durante dos períodos.

No tuvo una intervención activa en los debates, pero como huella de su vida parlamentaria dejó un proyecto para la creación de un internado en los hospitales de Santiago, que sólo muchos años más tarde sería posible realizar.

Padín murió el 28 de Abril de 1868, después de una rápida y violenta enfermedad. Habría desaparecido en medio de un silencio extraño e inexplicable si él no hubiera fundado una publicación en que encontraran eco los sentimientos y los intereses de la Escuela. *El Ferrocarril* dió cuenta de su muerte en un frío artículo de crónica. Pero en el *Médico Práctico*

---

(1) Tenemos derecho para prescindir del *Criticón Médico*, Revista publicada por Passaman en 1840, y de que aparecieron 4 números. Es un panfleto en contra de Blest, y prescindir también del *Filántropo*, de que publicó dos números, en 1837, el doctor Indelicato. Son hojas sueltas arrojadas al viento del escándalo.

las páginas aparecieron enlutadas y el Dr. Zorrilla consagró al recuerdo de Padín un artículo afectuoso.

En la clase de Patología interna encontramos una interesante figura de otro tiempo. Don Javier Tocornal dirigía esa clase. Su padre, siendo Ministro, había organizado la Escuela de Medicina, en 1833. Era ese un gran servicio prestado a los estudios médicos en Chile. Pero hizo algo más. Hizo que su hijo siguiera los cursos de la Escuela, y que dignificara, como médico, la deprimida situación profesional.

Hasta entonces sólo personas de una dudosa situación social se habían ocupado de ejercer la medicina, Blest, Armstrong, Cox y otros médicos extranjeros habían conseguido colocarse en una posición brillante en sociedad, haciendo conciliables los servicios del médico y la situación social de un caballero. Pero, a pesar de esto, hasta 1833, una preocupación de la colonia hacía que los chilenos miraran la medicina con cierto alejamiento desdeñoso.

Hay un hecho que más de una vez se ha recordado para dar un picante relieve a esas preocupaciones coloniales. El Dr. Nevin, médico francés, que fué el primer catedrático de medicina en la Universidad de San Felipe y protomédico del Estado en 1764, ganaba 50 pesos mensuales, y Antón Jevez, el primer verdugo, ganaba 60. En ese chocante contraste se refleja la apreciación que se hacía entonces de la ciencia.

La incorporación de Tocornal, de Mackenna y Ballester hizo caer esa preocupación hecha pedazos.

Esa entrada de Tocornal en nuestra Escuela fué la de un gran señor, que hace favor y que da tono.

Durante diez años se prolongaron los largos estudios de ese curso, que sólo terminó en 1843. Ese año recibió Tocornal su título de médico, después de una prueba lisonjera y alegremente comentada en la prensa de aquel tiempo. Después fué a completar sus estudios en las Universidades europeas. Siguió en Francia los cursos de la Escuela de París, que atravesaba entonces uno de sus períodos brillantes.

Cuando lo conocimos se nos presentaba envuelto en el pres-

tigio que le daban sus antecedentes, sus estudios, sus viajes y hasta su persona.

Pertenecía a una familia que ocupaba una elevada situación política y social; familia numerosa, desparramada en puestos de una influencia muy considerable, y que le aseguraba de antemano una clientela distinguida.

Su inteligencia fácil, su consagración al estudio, los recursos de que podía disponer en sus trabajos, hacían que sus maestros y sus compañeros lo consideraran como una fundada esperanza de la Escuela.

Su figura misma, como he dicho, contribuía a esa impresión de buen tono señoril. Era alto, delgado, con un aire de distinción y una corrección irreprochable en sus modales y en su traje. Tenía esas maneras ceremoniosas de los caballeros españoles de otro tiempo, esa etiqueta de un inalterable y vacío formulismo. Una patilla negra, cortada a la española, servía de marco a su fisonomía fina, de facciones delicadas, en que se dejó ver desde temprano esa palidez demacrada que era un interesante defecto en aquel tiempo.

Sin embargo, el porvenir no realizó por completo esas espléndidas promesas.

Es verdad que casi al salir de la Escuela fué nombrado Secretario de la Facultad de Medicina, y que en 1851 fué elegido Decano de la misma Facultad. Pero esa elección era una compensación muy débil para el mortificante fracaso que acababa de sufrir. Se había presentado disputando a Padín la clase de Anatomía y Fisiología en un concurso en que no fué favorecido.

Más tarde cuando la clase de Blest quedó vacante, dió algunos pasos para presentarse en el concurso, pero juzgó después más prudente retirarse. No era ese áspero camino del concurso el que le abriría las puertas de una clase, sino el camino más fácil y apropiado de las designaciones oficiales.

El Gobierno lo nombró profesor de Patología interna cuando se reorganizaron los estudios en 1863.

Ahí lo encontramos en una situación que es difícil definir. Su seriedad imperturbable, su aire de gran mundo, su corrección elegante lo colocaban siempre a cierta distancia y cierta

altura. Parecía hacer sentir, no diré que descendía, pero sí que condescendía en ser médico y en ser nuestro maestro.

A esto se agregaba que esa figura desprendida de un cuadro aristocrático llevaba a la medicina, junto con el perfume del pasado, el espíritu conservador tradicional en su familia, espíritu refractario al movimiento de la ciencia que tiene como base una perpetua innovación. Ese espíritu conservador es antipático para la juventud, que lleva siempre en su seno un fermento de agitación y turbulencia.

Para Tocornal todo el horizonte científico parecía encerrarse en una fórmula sencilla: «conocer bien todo lo que se sabía, y nada más». Todo lo que se sabía estaba para él en el texto de Grissolle.

Esa nomenclatura seca, que va haciendo desfilar los síntomas, uno en pos de otro, sin nada que los explique y nada que los ligue, lleva derecho al empirismo.

Tal vez por eso lo mirábamos con una respetuosa y fría indiferencia, como una figura decorativa de la Escuela. El término no es rigurosamente exacto. Quiero decir que veíamos en él un hombre que había prestado a nuestra profesión un gran servicio y a quien le debíamos por eso respeto y gratitud. Esa consideración por Tocornal era una tradición de nuestra Escuela que nadie se habría atrevido a interrumpir.

Cuando Tocornal, Mackenna y Ballester recibieron el título de médico, publicó el *Semanario de Santiago* un artículo en que declaraba textualmente que desde ese momento quedaba «dignificada la profesión de la medicina en el noble puesto que le corresponde, y que eso hará desaparecer en los pergaminos nobiliarios el temor de manchar una página de su libro de oro con la inscripción de un nombre médico».

Ahora es difícil apreciar ese servicio en todo su valer, pero en mi tiempo se sentía su importancia con mucha fuerza todavía. Por eso oíamos con un silencio respetuoso a ese profesor sin autoridad y sin interés para nosotros, cuando nos exponía sus doctrinas patológicas. Pero en esas clases largas, silenciosas, monótonas, en que a veces se luchaba penosamente con el sueño, había sin embargo, momentos de animación y de interés. Tocornal era un hombre inteligente, un hombre ins-

BIBLIOTECA NACIONAL

Don Ramón Elguero



Elguero era entonces un hombre ya de cierta edad, grueso, encorvado...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

truído y tenía en su charla la amenidad de los que han viajado mucho. De cuando en cuando salpicaba sus lecciones con recuerdos de sus viajes, con anécdotas de los profesores de París, de los hospitales, del «barrio latino», de aventuras de estudiantes. Entonces una sonrisa de alegre animación circulaba por los bancos de la clase.

Pero, como en la vida todas las afecciones son recíprocas, Tocornal no podía sentirse satisfecho en la atmósfera helada de esa clase. El hecho es que en 1871 se hizo en la Escuela un cambio de asignaturas. El Dr. Elguero, que era entonces profesor de enfermedades mentales, pasó a hacerse cargo de la clase de Patología interna, y como el Dr. Tocornal no podía hacerse cargo de la clase de enfermedades mentales, se reemplazó esa asignatura por la de enfermedades de los niños.

En esa clase, relativamente secundaria, llegó Tocornal hasta los últimos años de su vida, envuelto en una atmósfera de consideración y de respeto. Por un contraste, que se explica por sí solo, salió casi en silencio de la Escuela ese hombre que había hecho una entrada tan ruidosa.

Y luego ha desaparecido su memoria envuelta en un silencio oscuro y frío... Cuando todo ha sido fácil en la vida, después también suele ser fácil el olvido.

III

Don RAMÓN ELGUERO

Siguiendo la corriente de mis recuerdos voy ahora a pasar delante de una de las figuras más interesantes que he encontrado en el curso de mi vida.

En mis recuerdos la figura de Elguero se presenta aparte. Era una cima y, como todas las cimas, aislada, silenciosa y solitaria, envuelta en el respeto como en una nube que la vela y la hace parecer más elevada y más lejana.

Contrasta el camino ancho y fácil que había seguido Tocornal con el áspero camino seguido por Elguero. Elguero tuvo que subir desde el fondo de una situación triste, casi obscura.

Su padre había sido víctima de Rosas, y su familia, huyendo de la tiranía argentina, había venido a refugiarse en Chile.

La pobreza en tierra extraña había sido la atmósfera moral en que se desarrolló su inteligencia y se formó su carácter. En esas condiciones la vida deja un sedimento de amarguras al pasar por nuestra juventud. Todo se tiñe con los colores sombríos de una seriedad precoz. La juventud es entonces una aurora sin sol.

Desde muy temprano principió a sentir Elguero la necesidad del trabajo y la responsabilidad del porvenir. Esa convicción de que en nuestra vida todo depende de nuestra energía y nuestra consagración al estudio, y que el tiempo es nuestro único tesoro y que no podemos disiparlo, es una convicción que obscurece la juventud, pero que ilumina el porvenir. A esa juventud sin alegrías, sigue una vida sin arrepentimientos. Ahí se formó la seriedad de su espíritu y la austeridad de su carácter; ahí se desarrolló ese amor, esa pasión por el estudio, que ha derramado su encanto durante todo el curso de su noble vida.

Mientras estudia humanidades asoma un rasgo de su carácter reflexivo, en la consagración con que se dedica al estudio del latín, que todos los estudiantes miraban con tanto alejamiento. Precisamente ese abandono general es el secreto de su empeño. Más tarde será menor la competencia para obtener una clase de latín que le permita seguir más fácilmente los estudios de Medicina, en que busca el camino de su vida y su fortuna.

Y en efecto, al concluir sus estudios de humanidades, Elguero se había conquistado una gran reputación de latinista y no tardó en ser nombrado profesor de ese ramo en el Instituto Nacional. En 1842 lo encontramos enseñando el sexto año de latín. Esa enseñanza lo obligaba a vivir en un contacto diario y prolongado con los clásicos latinos y a beber en esa fuente de la grandeza moral.

A esa enseñanza le debió más tarde una de las satisfacciones que saboreó en su vida con mayor deleite: la satisfacción de leer a Celso, a Galeno, a los grandes maestros de la antigüedad, en su texto original, de sentir el eco de sus palabras en su propia lengua. Elguero, anotaremos de paso, ha sido el último médico chileno que ha leído en latín a los médicos antiguos.

Elguero fué profesor de latín hasta 1843. Vino ese año la reorganización de los estudios del Instituto Nacional que lo dejó sin su clase.

Entre tanto había continuado estudiando medicina. Encontramos su nombre en la lista de los que en 1841 habían ya terminado sus estudios de química, botánica y fisiología, y se preparaban para dar el examen de anatomía.

Entre los siete alumnos de ese curso figuraban Elguero, Isidoro Cox y Vicente Padín.

En 1844, parece de nuevo abrirse el horizonte de su vida. Elguero fué nombrado profesor interino de fisiología. Ese nombramiento despertó rivalidades envidiosas, que explotaron la fácil susceptibilidad de los alumnos, que ese nombramiento sometía a la dirección y la autoridad de un estudiante, que seguía todavía los cursos de la Escuela.

Con la crueldad ciega con que los jóvenes sirven de instrumento a las pasiones ajenas, sin tomar en cuenta ni los antecedentes, ni las circunstancias del nuevo profesor, protestaron tumultuosamente de ese nombramiento y elevaron su protesta al Consejo y al Gobierno.

Hubo informes, hubo examen de los méritos y los títulos de Elguero, y el resultado de esas investigaciones fué poner de manifiesto la justicia con que se había designado al nuevo profesor. La envidia, que había pretendido hundirlo en el ultraje, le sirvió de pedestal.

En ese curso de fisiología en que su orgullo había sido tan cruelmente aguijoneado, puso Elguero de relieve sus grandes cualidades de maestro: su extraordinaria y luminosa claridad de exposición y ese criterio tranquilo, equilibrado, que sabe amar igualmente la experiencia del pasado y la aspiración del porvenir. Ese curso de comienzos tan hirientes y penosos concluyó como un espléndido triunfo para Elguero.

Después de esa clase que tuvo el brillo y el ruido de un combate, la vida de Elguero de nuevo se obscurece y se pierde en los claustros universitarios.

En 1846, sale de ahí para ir a desempeñar el puesto de rector del Liceo de Valdivia. En ese puesto van a transcurrir siete largos años en que se mezclan sus tareas de maestro y sus estudios de medicina, que prosigue con una tenaz perseverancia.

Ese estudio lento, pausado, en que se examina todo sin las precipitaciones juveniles, tiene un carácter especial de solidez y claridad. Ya Elguero había entrado en la plenitud y la madurez de la vida cuando hacía esos estudios en Valdivia.

El puesto de cirujano de la guarnición le permitía continuar la práctica profesional en un pequeño servicio de hospital.

Pero aquella vida tranquila no tenía horizontes, Elguero cortó esa suave cadena de los hábitos seguros y se vino a Santiago en busca de una situación de inciertas y lejanas perspectivas.

En 1853 se presentó a dar las pruebas reglamentarias para obtener el título de médico.

En los «Anales de la Universidad» encontramos anotado que el 24 de Febrero de 1853 leyó una memoria sobre enfermedades del corazón «Don Ramón Elguero, miembro corresponsal de dicha Facultad y cirujano de ejército, en su examen de licenciado».

Esa anotación nos deja ver un hecho que a primera vista nos sorprende. Elguero fué profesor de la Facultad de Medicina, fué miembro de esa misma Facultad, y como cirujano militar ejerció la profesión antes de haber obtenido su título de médico.

En 1853 se regularizó esa situación que la escasez de profesionales excusaba. Elguero abandonó la rectoría de Valdivia y se vino a establecer en Santiago como médico.

Luego tuvo a su cargo un servicio en la Casa de Orates y otro en San Juan de Dios.

Ahí fué donde yo lo conocí, mucho antes de seguir sus clases.

En mi tiempo, desde el segundo año, era obligatoria la asistencia al hospital. Desde el segundo año principiaba el contacto entre el estudiante y el enfermo, ese contacto que sin interrupción se iba a prolongar durante toda nuestra vida de estudiantes.

Junto con Juan Serapio Lois, asistía en el Hospital de San Borja al servicio de Miquel; pero la distancia del hospital y otros incidentes nos hicieron buscar otros servicios en San Juan de Dios.

Dando pruebas de una audacia o de una inconsciencia extraordinaria me presenté entonces a la sala del Dr. Elguero, que tenía la reputación de un viejo regañón, pero también era

considerado como un médico notable por su ciencia y la amplitud de sus estudios.

Pasaba su visita muy temprano: era exigente, seco y severo, no aceptaba excusas, ni permitía que se discutieran las órdenes que daba para el servicio de la sala. Pero no tardé en comprender que debajo de esas exterioridades tan ásperas, había un espíritu muy suave, y que en Elguero sólo la cáscara era amarga.

Elguero era entonces un hombre ya de cierta edad, grueso, encorvado; con muchas canas en la cabeza y en la barba, disimuladas por el color castaño claro de sus cabellos; ojos grandes, verdosos; boca grande, de labios delgados, nariz pequeña, cara oval y barba redondeada. El color de su tez era de un blanco suave.

El hábito del profesorado que había ejercido tantos años, había cubierto su semblante con una máscara impasible, fría, que no dejaba traslucir sus impresiones. Pero la más ligera intimidad hacía que esa máscara cayera y todas sus impresiones aparecían en su semblante con una singular animación.

Su traje habitual dejaba traslucir sus inclinaciones británicas. Usaba un paletó claro, amplio, suelto; chaleco blanco, corbata negra, pantalones claros, botas, sombrero plomo, de copa alta, de alas anchas.

Formaban un marco a su fisonomía grandes cuellos, altos, de un corte antiguo.

Pero la impresión que producía ese hombre de estatura mediana, vigoroso, de cabeza muy fuerte sobre un cuello grueso, envuelto en ese traje , no era la que nos produciría un personaje escapado de las novelas de Dickens.

Había en la actitud de Elguero, en su manera abstraída de mirar, en un ligero movimiento de inclinación de la cabeza, algo que imprimía un sello de profunda reflexión a su figura.

La primera impresión de Elguero no era alentadora, pero luego esa impresión cambiaba por completo. Lo que pasó conmigo fué característico.

Las primeras visitas pasaron en silencio: yo lo seguía; él examinaba los enfermos; prescribía, y sin dirigirme la palabra, sin mirarme, como si yo no estuviera a su lado, pasaba al otro enfermo.

En esas visitas silenciosas yo estaba notando el trato respetuoso que daba a los enfermos; los saludaba al acercarse, les decía *usted*. Me llamaba la atención ese abandono de las familiaridades habituales en las salas de hospital. No era eso lo que entonces se veía en otras partes, en todas partes.

En esa silenciosa y mutua observación iba pasando el tiempo. Un día se acerca a un enfermo nuevo. «Esa es la facies de un febricitante, me dice lentamente, como si pensara en voz alta. Esa es la respiración de un pneumónico. Observe el movimiento de las alas de la nariz. Fíjese en el enrojecimiento del pómulo derecho. Eso indica que debe ser el pulmón derecho el afectado». En seguida hizo unas cuantas preguntas al enfermo, y supimos que la enfermedad había empezado el día anterior con un intenso escalofrío, una fiebre violenta, y que el enfermo sufría un dolor de puntada en el costado. Percutió los dos pulmones en la espalda haciéndome notar la diferencia de sonidos. Después auscultó cuidadosamente . «El ruido que usted siente en el pulmón derecho es el crépito fino de la pneumonía. El pulmón izquierdo funciona con esfuerzo; es el pulmón más chico y tiene que hacer el trabajo de los dos. Ahora voy a auscultar el corazón. Eso no se debe olvidar nunca cuando se examina un pneumónico. Un corazón que no funciona bien es de mal augurio. Los pneumónicos mueren por el corazón». Después me hizo notar que había tos, pero no había desgarro todavía. Siga este caso y lea algo sobre la pneumonía».

Al día siguiente volvimos al examen de los síntomas, tratando de darme una explicación de los fenómenos, por qué se producía la matidez al percutir, por qué se producía ese crépito en la auscultación. Me hizo ver que las lesiones eran más extensas, y en qué consistía el desgarro característico de la pneumonía, que ya había aparecido.

Así seguimos estudiando atentamente la evolución de ese proceso mórbido. Cada día se iban ensanchando con nuevos datos mis ideas y precisando mis nociones. Y al mismo tiempo se iba despertando en mí un sentimiento nuevo: la pasión de la observación. Seguía el desarrollo de la enfermedad con el interés apasionado con que se sigue un drama.

Un día me dice, después de percutir la espalda del enfermo:

«fíjese, la zona de la matidez, no es tan extensa, el área afectada se reduce, mañana tendremos un cambio».

Y al día siguiente, me hizo auscultar. «¿Nota usted algo?— El ruido es distinto.—«Sí, me dijo con una ligera sonrisa de satisfacción, eso que usted oye es el crépito de vuelta. Ya la enfermedad va a terminar».

Hay en ese cuadro ordinario y vulgar de una pneumonía una interesante lección de pedagogía. Vemos cómo desde el primer momento mezclaba con los rasgos más salientes del cuadro patológico, detalles secundarios que no llaman la atención del estudiante, y que, con ese pequeño artificio se conservan fácilmente en la memoria. Por otra parte, el anuncio de nuevos síntomas, su aparición, sus transformaciones, su desaparición le dan a esas escenas patológicas, la animación y el interés de un drama. El último rasgo de esa pedagogía genial era la proscripción del reloj y del termómetro en las enfermedades en que había auscultación.

«En la calle eso les puede servir cuando sean médicos, decía, pero en el hospital sólo les sirve para no aprender auscultación. Sólo se preocupan de seguir la curva de la fiebre y no siguen la marcha de la lesión. El termómetro es el lazarillo de los ciegos. Lo mismo pasa con el reloj.»

«Desde que entran en una clínica los estudiantes sólo se preocupan de contar las pulsaciones, nadie se preocupa de adquirir con el ejercicio esa delicadeza y esa finura del tacto que se necesita para estudiar los caracteres del pulso. El pulso ya va siendo la tierra inexplorada, la *terra ignota*. Ya no sospechamos todo lo que encierra, pero sabemos que los médicos chinos determinan por los caracteres del pulso, cuál es el órgano afectado en un paciente.»

Esa resistencia a admitir en la clínica el empleo de instrumentos que después íbamos a usar en nuestra práctica, nos parecía un capricho senil. No lo comprendíamos entonces, pero después lo hemos comprendido viendo los resultados del sistema opuesto; ahora es excepcional que los médicos sepan auscultar.

Y ya que toco este punto, recordaré otra de esas fantasías de Elguero, que chocaban con nuestro criterio de estudiantes. Nos

imponía el estudio completo de toda la patología, sin exceptuar enfermedades exóticas, enfermedades de otros climas, de otras regiones, enfermedades que no íbamos a encontrar nunca en nuestra práctica.

«Es necesario conocer toda la patología, nos decía, conocer todas las enfermedades para apreciar las grandes generalizaciones de la ciencia. Sin ideas generales no hay ciencia posible. Y luego ¿cómo saben ustedes qué enfermedades van a encontrar en su camino, como saben siquiera por dónde va a rodar su vida?

En ese capítulo Elguero era intratable, y para obligar a sus alumnos a estudiar esas enfermedades que no se encontraban en las salas de hospital, las elegía, precisamente, para preguntar en los exámenes.

Llegaba entonces hasta parecernos irritante ese empeño en imponernos un estudio que considerábamos inútil. Y después, el recuerdo de esa juiciosa obstinación nos ha hecho inclinarnos ante la previsora superioridad de su criterio. La demostración ha sido irrecusable.

Basta recordar cuáles eran las enfermedades que nos parecía más absurdo hacernos estudiar: desde luego, todas las enfermedades de los países tropicales, que no podían producirse entre nosotros; en seguida el cólera asiático que no podía atravesar las elevadas cumbres de los Andes; la escarlatina y la difteria, que habían desaparecido por completo y de que sólo se conservaban recuerdos muy lejanos; para qué estudiar esas enfermedades históricas o esas enfermedades imposibles, como la lepra, el tracoma o las pestes del oriente.

El tiempo nos vino a contestar. Hemos tenido precisamente grandes epidemias de esas enfermedades imposibles: epidemias de cólera, de escarlatina, de difteria. En las ambulancias del ejército chileno hemos tenido que tratar las enfermedades de los países tropicales. Guardo un recuerdo curioso: es una carta de San Cristóbal, cirujano mayor de nuestro ejército en la campaña del Perú.

«Cuánto me he acordado del viejo Elguero,—me decía en esa carta—El otro día estaban perturbados en el hospital con un caso en que se presentaban síncopes muy largos. No sabían qué pensar. No pude dejar de reirme cuando les dije: esa fiebre la

conozco mucho; no sale en los libros; esa es la que se llama de *los cinco palos*. ¿Te acuerdas de la gracia que nos hizo cuando dijo Elguero que así llamaban en el pueblo peruano la forma sincopal?»

Le debemos a la imperiosa obstinación de Elguero no haber vacilado en el diagnóstico del cólera cuando hizo su inesperada y tremenda aparición; a él le debemos haber podido aislar en las familias a los primeros atacados de difteria, y conseguido con eso atenuar un poco aquella epidemia aterradora cuando no teníamos el *serum* todavía. Los que han tenido que ocuparse en las estaciones sanitarias o en la defensa de la higiene de nuestras poblaciones, saben ahora que es indispensable conocer la lepra, el tracoma, el beri-beri del Japón, las pestes del oriente, todo lo que nosotros creíamos absurdo que se estudiara en nuestra escuela y considerábamos como un resto de viejas tradiciones rutinarias.

Pero, aun cuando nos parecieran irritantes, nos inclinábamos respetuosos ante esas exigencias del doctor Elguero, porque reconocíamos que sólo en nuestro propio interés podía inspirarse al imponerlas, y sobre todo porque reconocíamos la superioridad de su poderosa inteligencia.

En esa clase de patología y, sobre todo, en su clase de enfermedades mentales, era donde se podía apreciar mejor la asombrosa extensión de sus lecturas.

Lo más interesante que había en esas clases era oirle hacer la historia de cada enfermedad, la manera cómo había aparecido, las primeras descripciones, cómo se habían ido agregando nuevos síntomas y nuevos detalles hasta constituir el cuadro actual. Dándole esa amplitud al cuadro patológico, tenía oportunidad para hacer constantes excursiones en los dominios de nuestra larga historia literaria. A veces lo veíamos abrir un viejo texto latino en que se complacía en señalarnos inexperadas coincidencias con las ideas más avanzadas de nuestra época, era lo que él llamaba «la ilusión de la novedad», otras veces eran las lecciones clínicas de Graves escritas en inglés; en otros casos eran las elocuentes lecciones de Trousseau.

Leía siempre de la misma manera, lentamente, acentuando marcadamente las palabras; con la cabeza apoyada en las ma-

nos y los codos sobre la mesa, sin gesticulación, sin movimiento, dándole toda la expresión a su lectura con las simples inflexiones de su voz.

Monneret, Jaccoud, Niemeyer, eran los libros de patología que nos aconsejaba consultar, para seguir las lecciones de su clase.

En el curso de enfermedades mentales fué donde dió Elguero sus lecciones más brillantes; fueron lecciones que habrían llamado la atención en cualquiera de las grandes clínicas de Europa, por la enorme ciencia acumulada y la originalidad de sus concepciones patológicas.

En ese campo, que él había cultivado con un empeño y un interés excepcionales, era donde él creía encontrar el camino más favorable para el porvenir de nuestra escuela.

Las escuelas europeas tienen sobre nosotros la superioridad de muchos siglos de cultura. Hay en ellas tendencias intelectuales heredadas, hábitos de una larga observación, hay una fuerza que viene de atrás y que las viene empujando.

Entre nosotros, todo es nuevo, todo se improvisa, no tenemos pasado intelectual. Esa es nuestra inmensa desventaja. Pero, en cambio, no tenemos tampoco tradiciones que seguir, doctrinas que sostener; no tenemos que defender a todo trance el prestigio de un maestro; no tenemos que mirar las cuestiones al través de una opinión preconcebida. Esa pequeña independencia de criterio es nuestra única y nuestra gran compensación.

Ahí era posible ponernos al nivel de las escuelas más adelantadas y después... ¿por qué no podríamos ir más adelante? El veía en el horizonte de nuestra Escuela perspectivas tan brillantes y nos incitaba a perseguirlas, repitiéndonos palabras de Cicerón «Romanos, amo la gloria. El que no se atreve a amarla no se atreve a merecerla».

Pero el curso de enfermedades mentales sólo funcionó en nuestra Facultad los años 1869 y 70. En 1871 se produjo un movimiento en el profesorado de la Escuela. Se creyó conveniente entregar a Elguero la clase de patología interna que desempeñaba Tocornal, y como éste no tenía los conocimientos necesarios para hacerse cargo de la clase de enfermedades mentales, se acordó suprimirla reemplazándola por un curso de enfermedades de niños.

Elguero continuó, sin embargo, en la Casa de Orates la enseñanza suprimida en el programa. Pero la Casa de Orates, estaba muy lejos, una extraña corriente alejaba a los alumnos de ese estudio, muy pocos seguimos acompañando a Elguero en sus visitas.

Con la muerte de Elguero desaparecieron los últimos vestigios de esa enseñanza en nuestra Facultad. Durante su decanato, el doctor Díaz trató de levantarla. Yo había entrado a reemplazar a Elguero en su servicio de la Casa de Orates. Díaz me pidió, a nombre de los profesores, que volviera a abrir la clase lamentando que las dificultades del erario no permitieran asignarle ningún sueldo. Me apresuré a aceptar esta invitación en esas condiciones, pero pedía que ese ramo se incluyera en el programa, porque de otro modo no esperaba tener alumnos en mi clase.

En la sesión del 16 de Junio de 1879 se dió cuenta en el Consejo de la Universidad, del oficio del decano y la respuesta mía. «Se trabó una discusión—dice al acta—sobre si a los profesores titulados de una Facultad debía exigirse o no pruebas de idoneidad para abrir un curso extraordinario de ramos pertenecientes a la misma facultad. Algunos de los señores presentes sostuvieron la afirmativa y otros la negaban. Al fin se convino en resolver el punto cuando se discutiera el reglamento de profesores extraordinarios, cuya redacción se ha encomendado al decano de medicina».

No pudo el doctor Díaz hacer comprender a sus colegas que yo no pedía ni necesitaba el nombramiento de profesor extraordinario, que podía abrir un curso libre en mi clase de anatomía o en mi servicio de la Casa de Orates, que se trataba simplemente de restablecer la clase de enfermedades mentales en el programa de la escuela, única condición que yo ponía para prestar gratuitamente ese servicio, sin ningún nombramiento del Gobierno.

No se volvió a hablar más del asunto y muchas generaciones de médicos, gracias a esa resolución poco acertada del Consejo, han pasado por la Escuela sin recibir la más ligera noción de las enfermedades mentales. Por fortuna ya hemos visto desaparecer ese vacío.

Así se fueron desvaneciendo con los años las ambiciosas ilusiones en que envolvía Elguero el porvenir de nuestra Escuela.

Elguero estuvo lejos de ser un hombre afortunado. El señor Concha Vergara, en su discurso de incorporación en la Facultad de Medicina, decía con justicia que «a pesar de estar dotado Elguero de las más brillantes cualidades, no le fué permitido difundir sus vastos conocimientos en favor de nuestra Escuela, sino en sus últimos años, yo no sabría explicaros la causa de esta demora tan funesta para la enseñanza y que privó de las luces del doctor Elguero por tantos años a esa juventud estudiosa, que ha necesitado siempre de verdaderos maestros.

«El doctor Elguero, como profesor de Patología y enfermedades mentales estaba a la altura de los grandes maestros; algunos de sus discípulos que actualmente perfeccionan sus estudios en Europa, han tenido la franqueza de decir que sus lecciones no desmerecían ni en interés ni en mérito al lado de las que se oyen en París, y que por su condición y claridad en la exposición de sus ideas era digno de ocupar un primer puesto».

El señor Concha presentaba bajo la forma velada de un problema extraño el más grave de los cargos que se pueden hacer a los que habían dirigido nuestra Escuela. La razón por qué se había mantenido a Elguero tantos años alejado de la enseñanza y se había privado a los alumnos de un concurso poderoso, era el secreto a voces, dentro de esa sala.

Se puede fácilmente eliminar a un hombre superior; se puede fácilmente hacer en torno suyo la conspiración abrumadora del silencio y del vacío. Pero los que siguen alegremente por ese camino tentador llegarán a encontrarse fatalmente con una hora de justicia, con esa hora triste de los arrepentimientos tardíos, esa hora en que tenemos que responder de nuestros actos y quisiéramos borrar algo del pasado: esa hora de expiación en que se levantan, hasta las complicidades vergonzantes del silencio a preguntarnos: ¿Por qué hemos hecho eso? ¿Por qué hemos dejado hacer eso?

Pero fuera de nosotros mismos hay un espectáculo profundamente descorazonador: es el espectáculo de ese hombre que siente en su alma las palpitaciones de una gran fuerza intelectual y el calor de la más noble de las ambiciones, que se consa-

gra apasionadamente al estudio, que sacrifica su juventud a la esperanza de adquirir una ciencia para servir al progreso y servir a la humanidad; y cuando llega el momento en que tenía el derecho de esperar el fruto de sus penosos sacrificios, se encuentra aislado, solo, en la soledad inmensa de un desierto; no puede utilizar los conocimientos tan penosamente acumulados; se ve condenado a arrastrar durante el curso de su vida el peso de una ciencia estéril.

Y después, todos los sacrificios de esa vida, toda esa ciencia tan cuidadosamente cultivada, todas esas ideas que habrían podido ser fecundas y no se han podido transmitir, todo eso se pierde sin huellas, sin recuerdos, para siempre, en el abismo silencioso de la obscura eternidad.

Pero ¿cómo evitar que las mediocridades aplasten con su masa al hombre superior, cuya superioridad misma es el origen de una secreta y sorda hostilidad?

Necesitamos despertar en el alma de la Escuela el sentimiento de la justicia, el hábito de la justicia. Hacer que reconozca sin esfuerzo todos los méritos, y noblemente los proclame; que se habitúe a mirar con orgullosa satisfacción, el contacto siempre estimulante de un hombre superior.

Pero eso no basta. Es necesario que a ese imperioso sentimiento de justicia se una todavía la convicción de que sobre todos los intereses deben imperar, sin contrapeso, los grandes intereses de la ciencia. El desinterés ennoblece entonces la justicia.

Necesitamos también esforzarnos por hacer desaparecer hasta la tentación de atropellar esos intereses supremos de la ciencia y ese espíritu inviolable de justicia; necesitamos arrancar las raíces de toda influencia perturbadora y deplorable en la dirección de nuestra Escuela, para que la masa de las mediocridades no se encuentre nunca en condiciones de poder cerrar e camino de un hombre superior.

No debemos olvidar que la República de las letras es esencialmente aristocrática. La igualdad es una quimera absurda en el mundo intelectual. La naturaleza ha establecido entre los hombres enormes diferencias, una inmensa escala intelectual, que va desde el genio hasta el idiota. Por desgracia, la natura-

leza ha sido avara de sus dones. Ha dotado generosamente a un grupo reducido de hombres superiores, y dejado a la inmensa mayoría en las gradas mediocres de su escala.

Mientras esa república viva gobernada por su aristocracia intelectual, los hombres superiores que se levanten en su seno encontrarán abierto su camino. Pero si en esa república se entrega la dirección al mayor número, la masa de las mediocridades, arrastrada por una tendencia irresistible, preferirá siempre las mediocridades con que se siente en harmonía, y dejará a un lado superioridades que se empeña en desconocer y que la irritan.

El espíritu democrático, que puede ser tan fecundo para organizar la vida política de los pueblos, es desastroso para organizar la vida intelectual de la nación, porque el gobierno de las mayorías es lógicamente el gobierno de las mediocridades. Un hombre superior se pierde siempre en medio de esas masas turbulentas, de ambiciones groseras.

Elguero fué víctima de las mediocridades, que le hicieron el vacío y lo dejaron solo, en medio de un «espléndido aislamiento».

Solo, no es exacto, sino en lo que se puede referir a la actividad profesional, porque en otro campo Elguero se veía solicitado con empeño.

Mientras desempeñaba la Rectoría de Valdivia, había tenido oportunidad de prestar servicios de todo género a la administración de la provincia. Su criterio tranquilo, la amplitud de sus ideas, la versación en todo género de asuntos, lo hicieron un útil consejero en todos los negocios. Todo eso le formó cierto prestigio político, que le abrió las puertas del Congreso. Durante varios períodos consecutivos, Elguero representó en la Cámara al departamento de Valdivia.

Pasó como una sombra indiferente en medio de las agitaciones y las luchas de partido, que en esos años fueron singularmente apasionadas y violentas.

Es curioso y extraño ese alejamiento del debate en un hombre de acentuadas ideas liberales y de una vasta cultura intelectual, y sobre todo, en un apasionado admirador de los clásicos látinos, tan impregnados de oratoria. Pero Elguero se hundía en el silencio cuando no podía hablar de medicina. Sentía todo el exclusivismo de las pasiones imperiosas.

De esa vida parlamentaria sólo sacó Elguero interesantes y afectuosas relaciones, que dieron un discreto brillo a su modesta situación social.

Después de dar vivo relieve al papel de Elguero en nuestra Escuela, agregaba el señor Concha, en su discurso: «Se va a creer, sin duda, que este hombre que llegó a adquirir el más alto prestigio profesional, vivió en medio de las comodidades y legó a su familia una fortuna; no, señores, vivió pobremente y sólo dejó a su familia, el grandioso ejemplo de su honradez».

Todo eso es tristemente exacto; ese era el marco obscuro y pobre que encerraba aquella gran figura intelectual; pero para ser completamente justos, debemos agregar algo más.

El doctor Elguero vivía en la calle de Lira, en la casa que hace esquina con la Alameda. A la izquierda de la entrada tenía su espaciosa sala de trabajo, alumbrada por grandes ventanas que daban a la calle de Lira y la Alameda. El sol bañaba esa sala todo el día.

Una estantería baja, atestada de libros, rodeaba el contorno de la sala. No había cuadros, no había adornos, en aquel salón austero.

Llegaban con frecuencia a ese salón las personalidades más distinguidas de nuestro mundo político y social, llevando los homenajes de una respetuosa simpatía, a ese hombre, que tenía como único patrimonio, su hermoso valer intelectual.

A esa consideración social hay que agregar todavía la consideración poderosa y tranquila de que gozaba en la Escuela. Sus discípulos se hacían un honor en manifestarle las cariñosas atenciones de su afecto y rodearlo de una atmósfera de prestigio y simpatía.

Durante muchos años he frecuentado ese salón. He ido cuando era estudiante, después cuando era médico, más tarde cuando era su colega en el profesorado de la Escuela.

¿De qué hablábamos en nuestras largas conversaciones de la tarde? Muy pocas veces le oí ligeras y vagas reminiscencias de su propia vida; nunca le oí un reproche amargo; tal vez sólo en el fondo de su soberbio desdén había la amargura de una queja velada. Elguero tenía ese orgullo que da la conciencia del valer moral y sentía, naturalmente, un desprecio compasivo por los que lo desconocen o lo niegan.

Esa reserva en que envolvía su propia vida, la extendía también a la vida ajena. Nunca lo oí comentar intimidades, a no ser que estuvieran relacionadas con la historia de alguna enferma, cuyos trastornos se trataba de explicar. El campo favorito de las observaciones de Elguero eran las enfermedades mentales, en que a cada paso se descubren delante de los médicos las secretas intimidades de la vida de familia.

Los médicos y los confesores son los que mejor conocen las interioridades de las sociedades latinas, y por lo menos, en lo que se refiere a los médicos, son ellos también los que más discretamente las reservan. El doctor Elguero no era a este respecto una excepción, era la regla, es decir, era uno de los profesores que ponía más empeño en inculcarnos el secreto profesional como un deber de honor para los médicos.

Hubo un momento en que ese deber se presentó para nosotros con caracteres muy graves. Fué cuando se promulgó el Código Penal. Ese Código castiga al médico que se niega a declarar cuando lo interroguen los tribunales de justicia; más aún, castiga al médico que no delate las transgresiones de ese Código. ¿Aceptarían los médicos ese triste papel de delatores a que el Código Penal los relegaba?

Los médicos se agitaron, se reunieron, y en el salón del Protomedicato declararon que no se sometían a exigencias que consideraban contrarias al interés social, y sobre todo contrarias al secreto y a la dignidad profesional.

Esa resolución fué puesta en conocimiento del Gobierno, para que en caso que los tribunales pretendieran arrancar una declaración, supieran desde luego que sólo encontrarían un silencio acordado de antemano y que, por consiguiente no se prestaba a interpretación de ningún género.

Me cupo el honor de redactar esa declaración y esa protesta, que una comisión puso en manos del Presidente Errázuriz.

Elguero fué el alma de ese movimiento de la dignidad profesional. Con una voz en que vibraba la emoción nos contó entonces una historia que ponía de manifiesto la necesidad de hacer una declaración previa, que se anticipara a los sucesos y que le quitara al silencio mismo su tremendo equívoco.

Me contaba que durante una larga ausencia del marido una

señora había solicitado de un médico sus servicios más discretos para evitar un lastimoso escándalo social. El médico cumpliendo su deber salvó la situación de la señora que se confiaba a su honor. Algún tiempo después el marido volvió a Chile. Una venganza innoble echó mano de aquella triste historia. El médico fué llamado a declarar si era o no cierto que había intervenido en aquel parto. ¿Qué hacer? ¿Encerrarse en la reserva del secreto profesional? Pero la reserva misma era una confesión en este caso, porque si no había intervenido en realidad no había secreto que guardar, y en todo caso la más rotunda negativa era un deber elemental en esas condiciones.

Esa situación es la que debemos prevenir y sólo la podemos afrontar con una declaración previa, que nos imponga el silencio en todo caso. «Yo he visto a ese médico, nos decía Elguero, lo he visto tranquilo, impasible, encerrado en el silencio de una tumba. Lo he visto salir pálido del tribunal y ser conducido a la cárcel como reo. No quiero que Uds. vean lo mismo; no quiero que puedan encontrarse sometidos a la misma prueba. Todos no tienen la elevación moral del doctor Sazie, y sobre todo, todos no tienen su enorme influencia social».

La historia de todo ese hermoso movimiento refleja muy bien el alma apasionada de Elguero, y el sentimiento de la dignidad profesional que ilumina su espíritu.

Así me contó anécdotas de la vida profesional entre nosotros, que naturalmente nos llevaban a las cuestiones de medicina. Hablábamos de todo. Pero uno de los temas que volvían a aparecer con más frecuencia era el estudio de una nueva clasificación de las enfermedades mentales que tuviera la etiología como base. Esa clasificación abría nuevos caminos a la ciencia y levantaría el prestigio de la escuela.

En medio de esos proyectos ambiciosos y esas deslumbradoras perspectivas lo encuentro un día pensativo, visiblemente preocupado. Lo saludé como si no hubiera notado su actitud. «Tengo cierta preocupación, me dijo, No he sentido nada de particular en estos días. ¿Me ha notado usted algo? Pero ayer estaba jugando al ajedrez después de comer. La pieza que tenía en la mano se cayó, la quise tomar y se me cayó la mano. Por un momento no la podía mover, me la toqué y no la sentía.

De todo esto me he dado cuenta perfectamente, claramente. Ahora estoy bien, ha pasado todo».

Esas palabras fueron para mi un rayo de luz, que alumbró con claridad una serie de hechos que había estado presenciando y a que no había sabido dar la triste importancia que tenían.

A partir de esa tarde fuí asistiendo al desarrollo de su penosa enfermedad; fuí viendo hundirse ese espíritu poderoso entre los escombros de sus propias ruinas. De él puede decirse, como se ha dicho del deán Swift, que conoció todo el esplendor y toda la miseria intelectual.

Murió Elguero una hermosa mañana de la primavera de 1876. Esa gran sombra ya se ha desvanecido, y el nombre de Elguero sólo queda flotando en nuestros recuerdos, sólo ha quedado escrito sobre la puerta de un patio de la Casa de Orates.

Ya todo ese hermoso pasado está muy lejos. Toda esa vida abnegada y silenciosa, toda esa vida sin brillo y sin ruido, todo ese mundo en que la monotonía del trabajo extendía su pesado manto de plomo, todo ese mundo sin elegancias, pero noble y fecundo, ya ha pasado. Una generación más elegante y más ruidosa lo va a venir a reemplazar.

Las perspectivas de la historia suelen tener extrañas y reveladoras claridades. A medida que nos vamos alejando se obscurecen y se borran los detalles, y por el contrario, parecen acentuarse los contornos y las grandes líneas.

De cerca no había mucha analogía en las figuras cuya sombra se ha ido bosquejando en la pantalla de mis recuerdos; pero a la distancia forman un grupo homogéneo, que se destaca con relieves propios y muy fuertes.

Tocornal, Aguirre, Padín y Elguero, son hombres de la misma generación y se han formado en la misma Escuela y con los mismos maestros.

Todos ellos se han desarrollado en esa atmósfera emocionante y dramática de los primeros años de nuestra vida independiente. La cuna de todos ellos había sido mecida por el oleaje de nuestra gran revolución. Todos ellos tenían una fe profunda y una confianza ilimitada en el porvenir de nuestra raza. Para todos ellos las mismas palabras tenían igual significado, un significado, que por desgracia, ha cambiado mucho con los años.



El Desayuno después de pasar visita a la Sala en el Hospital de San Juan de Dios.
De izquierda a derecha: Drs. R. Wormand, Ríos, Elguero, J. Tocornal, E. Fontecilla y Samit.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

Lo que ahora tiene la vaguedad de un ideal o la vaguedad de un sueño tenía para ellos la precisión de realidades cuyas durezas habían sentido en su vida. Era una realidad ese amor a la patria, por la que habían visto consumar tan nobles y dolorosos sacrificios, y era una realidad ese amor a la gloria, que cubría todas las tristezas del pasado con el manto espléndido de nuestra independencia.

Delante de ellos se había realizado el milagro de nuestra emancipación política. Nos habían visto subir de la obscura y triste condición de una colonia española al rango augusto de las naciones soberanas.

Ese espectáculo, que habían presenciado en los años más impresionables de la vida, encendió en ellos una fe profunda en la posibilidad de realizar todos los sueños.

Y con esa convicción alentadora y llena de promesas se entregaron al estudio, y consiguieron con un esfuerzo tenaz y apasionado, acumular un caudal de conocimientos que derramaron generosamente en nuestra Escuela.

No lograron realizar sus sueños. No tuvieron elementos. Las circunstancias los traicionaron, pero tuvieron la ambición, tuvieron la audacia de mostrarlos y de hacerlos aparecer como una legítima y sana aspiración.

Ellos nos dejaron una Escuela en que era posible trabajar, libros, elementos y maestros. Todo eso era muy pobre, es cierto, pero aquellos tiempos eran de pobreza, y, sobre todo, aquello quedaba espléndidamente iluminado con el sentimiento de que debíamos seguir su ejemplo y engrandecer su herencia, y si no llegábamos nosotros a la tierra prometida, a la tierra de los sueños y la gloria, debíamos por lo menos irnos acercando a sus fronteras.

En el espíritu de esa generación había una mezcla curiosa del sentimiento de la realidad y el sentimiento de la gloria. Sabían adaptarse a las condiciones más estrechas de las realidades de la vida, y perseguir al mismo tiempo obstinadamente los sueños más lejanos y quiméricos.

Lo utilizaban todo, y todo lo creían suficiente para la realización de sus propósitos. Se contentaban con los escasos recursos que tenían a la mano para acometer empresas enormes. Un

hornillo, unos cuantos matraces y morteros, una cubeta de mercurio y una balanza, eso era el laboratorio en que Domeyko estudió toda la mineralogía de Chile, ensayó todos nuestros metales, y buscó los medios de hacer su explotación; una mesa, unas tijeras, algunos pliegos de papel de estraza, eso era el laboratorio en que Phillippi, dió a conocer nuestra botánica; Bustillos, analizaba nuestras plantas medicinales en la trastienda de una botica; muy poco más que un estuche de bolsillo era todo el arsenal con que Sazie y Aguirre hacían toda la cirugía de esos tiempos.

La desproporción entre los medios y los proyectos era enorme, y a pesar de esa desproporción los resultados fueron asombrosos. Después, con recursos inmensamente superiores, tenemos que hacer la dolorosa confesión de que no hemos conseguido superarlos.

Ya hemos dicho que esa generación levantó el nivel social de nuestra profesión. Los médicos extranjeros habían conseguido abrirse camino en sociedad. Blest, Armstrong, Cox y más tarde Hertzel, Veillon, Hübner, se habían relacionado con algunas de nuestras familias más orgullosas de su alcurnia, pero los médicos chilenos quedaban relegados a una situación secundaria y subalterna. Ningún médico chileno había entrado jamás en un salón. Los médicos de esa generación fueron los primeros y nos dejaron ancha y honrosamente abiertas las puertas de la sociedad más severa y recatada.

A eso no solamente contribuía su propia situación social sino también la elevación moral de su carácter, el generoso desinterés de su conducta y el sentimiento de la dignidad profesiona que despertó en ellos el espíritu de cuerpo.

Esa tendencia a formar una corporación independiente, que tuviera vida propia y una solidaridad estrecha entre sus miembros, se refleja en la publicación de una revista, exclusivamente consagrada a servir intereses relacionados con la medicina y con los médicos.

El *Médico Práctico* publicado en 1867 por Padín, tiene todos los caracteres de una revista científica, que persigue solamente propósitos sanos y elevados. Queremos dejar constancia que esa publicación es la primera que hace un cuerpo colegiado en-

tre nosotros. Los abogados, los ingenieros, todos los demás profesionales, han seguido después a larga distancia, nuestros pasos. Y es también digno de notar que esa publicación sea debida exclusivamente a la iniciativa individual y que sólo médicos colaboraron en sus páginas.

Muchos médicos de esa generación tenían condiciones de escritor, muchos tenían una pluma airosa y ligera, pero todos escribían sobre medicina solamente, y sólo derramaban su causticidad sobre el prestigio profesional de sus colegas.

Aguirre, Padín, Elguero, ocuparon un puesto en el Congreso. Todos ellos fueron diputados; todos ellos hicieron un papel en la política de que habíamos estado excluídos hasta entonces. Su situación en el Congreso fué opaca y secundaria. Sólo Aguirre, como intendente de Aconcagua, tuvo intervención directa en los negocios de Gobierno.

Todos ellos tenían condiciones oratorias. Todos tenían una elocución fácil, Padín era a veces brillante, Elguero era pintoresco y muy gráfico en su manera de expresarse. Pero esos hombres que sólo escribían sobre medicina, sólo hablaban también sobre medicina. Tenían, como ya hemos dicho, todo el exclusivismo de las grandes pasiones.

Fué, pues, hermosa y fecunda la obra que realizaron esos hombres en favor de las generaciones que los iban a seguir y a que dejaran honrosamente abiertos todos los caminos.

A esa generación en que habían figurado Aguirre, Padín, Elguero y Tocornal, generación formada en la escuela primitiva del hospital de San Juan de Dios, sucedió, otra, formada en la escuela de la calle de San Francisco, en que vamos a encontrar a Valderrama, a Murillo, a Zorrilla, y a otros más.

IV

La Escuela de San Francisco.—Los disectores de Anatomía. — Domingo Gutiérrez. — Coste. — Raimundo Charlin.—Adolfo Acevedo.—El nuevo Profesor de Patología externa don Adolfo Valderrama.

Ya hemos dicho que el anfiteatro del Hospital de San Juan de Dios fué trasladado en 1857 a una casa vieja de la calle de San Francisco, que desde entonces pasó a ser, en el lenguaje oficial, la Escuela de Medicina.

Conseguir ese edificio fué obra larga, dada la estrecha situación de nuestro erario. Pero en fin, tuvieron esos antiguos maestros la satisfacción de ver salir a nuestra Escuela de las penosas condiciones en que estaba, incrustada en una casa de hospital, para ir a hacer vida independiente en casa propia.

Hasta entonces la dirección de la Escuela estaba en manos del Administrador del Hospital, desde esa época quedó entregada al Rector del Instituto y a la Facultad de Medicina. Este solo paso, que ahora nos parece poca cosa, fué en su tiempo una revolución trascendental, fué la independencia de la Escuela.

Pocos años después ya la nueva generación de profesores había conseguido que el viejo caserón principiara a transformarse y tuviera las condiciones necesarias para hacer los estudios de medicina sin peligro. En 1861, don Manuel Aldunate había hecho los planos y presupuestos de la nueva escuela y principiado la construcción del edificio, que desgraciadamente no pudo avanzar mucho.

Aguardando tiempos mejores en 1863 se suspendieron los trabajos, quedando desde entonces a medio construir como yo la conocí y ya la he descrito.

Hay en la historia de esta nueva escuela de la calle de San Francisco un rasgo interesante y curioso; es el papel que en ella desempeñan los disectores de Anatomía.

Estos disectores habían aparecido en una forma accidental;



Dr. Raimundo Charlin

La Cirugía fué su culto, fué su religión imperiosa y exclusiva, fué su vida...



Marcial Guzmán Z.

...de un carácter benévolo y tranquilo, con ese frío buen sentido...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

en tiempo de Morán. Vino a regularizar su situación el decreto de Junio 8 de 1850, en que se estableció que «en cada curso de anatomía habrá un auxiliar, que bajo la dirección del profesor y, según sus órdenes, ejecute en los cadáveres las preparaciones necesarias para dar a los alumnos la demostración práctica. Se *renovará en cada curso*, y será *elegido entre los alumnos más adelantados*, a propuesta del rector».

Después se creyó más ventajoso prolongar indefinidamente las funciones de esos disectores. Les dió ese carácter el decreto de Abril de 1860, que no limitaba la duración de sus funciones, y que desde entonces principiaron a tener cierta importancia en la jerarquía de la Escuela, y a ser en cierto modo la antesala del profesorado.

Valderrama, Zorrilla, Murillo, cuyos cursos seguimos en la Escuela, habían principiado siendo disectores; después recordamos a Domingo Gutiérrez, que llegó a ser en un tiempo profesor de clínica quirúrgica y jefe del servicio médico del ejército en campaña.

Gutiérrez era una figura original. Había hecho penosa y lentamente su camino en una situación de fortuna muy modesta. Había sido uno de esos apasionados del estudio para quienes no hay distracciones ni reposo. Serio, trabajador, con el libro siempre abierto sobre la mesa de trabajo, con una sonrisa triste, fatigada, así lo recordamos en la Escuela. Más tarde, cuando ya era médico, siguió con la misma consagración infatigable atendiendo a sus enfermos. Era médico de la *Hermandad de Dolores*, que tenía una clientela inmensa en los barrios pobres de Santiago. Desde el alba principiaba a recorrer Gutiérrez esos arrabales, en que estaba desparramada a grandes intervalos su clientela. Volvía al medio día. A esa hora lo veíamos llegar todos los días, durante algunos años, a un viejo caserón de la Alameda frente a San Martín, donde vivía la presidenta de la Hermandad de Dolores. Ahí él almorzaba, le daba pasto a su caballo, despachaba sus consultas, y salía después, a recorrer los barrios que no había visitado en la mañana. En esa vida de médico de aldea, activa y tranquila, honrada y modesta, iba viendo pasar los años, crecer la fortuna y formarse una familia cuyo porvenir quedaría previsoramente asegurado.

Así pasó Gutiérrez, con su sonrisa triste y fatigada, al margen de la vida.

Después yo fuí nombrado disector. La nueva organización de los estudios, que permitía abrir todos los años nuevos cursos, hizo luego necesario nombrar dos profesores, yo seguí como disector de Aguirre, y Coste se hizo cargo de las disecciones de la clase de Saldías.

Coste es una figura curiosa, que ha dejado una alegre tradición en nuestra Escuela. Es un personaje de aventura, que vino a buscar en América fortuna trayendo como único bagaje un estuche para disecciones anatómicas. Cuando llegó a Chile no tenía idea de lo que pasaba entre nosotros, pero llegó oportunamente. Saldías necesitaba un disector cuando se apareció a ofrecernos alegremente sus servicios.

Desde entonces vivió en la Escuela, en una estrecha camarade ría con los estudiantes, contando anécdotas traviesas de las universidades italianas y haciendo parodias bufonas de los profesores chilenos, bromas que él se celebraba con interminables carcajadas. Lo que daba un sabor más cómico a esas bufonadas era su lenguaje, mezcla estrafalaria de español, de italiano y de francés. Tenía ese batiburrillo dos peculiaridades curiosas, ninguna palabra era correcta en ningún idioma, y todas acababan necesariamente en *s*.

Ese lenguaje de comedia, que hacía recordar el latín de los médicos de Molière, tenía a veces tergiversaciones capaces de escandalizar a un cuerpo de guardia. Pero ni esas deshonestidades de la frase, ni los cuentos droláticos de Coste hicieron escándalo en la escuela, sino la más inocente de sus manías.

Coste era veneciano, había nacido en esa tierra alegre del carnaval y de Pasquino, tierra de epigramas y canciones, de viveza y de entusiasmo. Tenía desde niño la costumbre de distraer con el canto la monotonía del trabajo. Sin darse cuenta principiaba a tararear canciones entre dientes desde que principiaba a trabajar, y a medida que se iba absorbiendo en el trabajo iba subiendo el tono de su voz.

Coste le trajo con sus canciones una nota de vida ardiente y nueva a nuestra Escuela, que hasta entonces había sido tan sombría, tan triste y silenciosa. Fué una sorpresa alegre cuando

sentimos entrar el aire, fresco y juvenil de esas canciones que le daban a la sala de trabajos anatómicos no se qué airecillo picaresco de *café-concert*, en que todos coreaban las canciones del maestro.

Nuestra raza es triste; tiene una tendencia natural a buscar el lado penoso de las cosas, a acentuarlo y cultivarlo. Esa tendencia se sentía estimulada en la lúgubre pobreza de esa Escuela, en que la muerte se mostraba en todas partes en su más repulsiva desnudez. Pero las canciones napolitanas alegraron los rincones obscuros de esa escuela con el sol ardiente y luminoso de la Italia.

Cantando sus canciones y haciendo preparaciones anatómicas, vió llegar Coste el prematuro ocaso de su vida.

Murió joven todavía, dejándonos un número muy considerable de preparaciones magistrales. Coste fué un gran disector, fué un artista en su género. No he visto en ninguna parte, no he visto en Europa, preparaciones más acabadas que las suyas. El doctor Aguirre me aseguraba, sin embargo, que las de Lafargue eran más nítidas. Eso es posible.

Cuando Saldías se hizo cargo de la clase de fisiología en 1873, yo entré a desempeñar la clase de anatomía que él servía.

Coste pasó como disector a la clase de Aguirre, a quien acompañó durante todo el curso de su vida. A mi me acompañaron en mis trabajos anatómicos algunos jóvenes cuya vida profesional dejará una huella interesante.

Entre mis jóvenes disectores recordaré a Marcial Guzmán Z. Era una hermosa figura de estudiante; de un carácter benévolo y tranquilo, de una inteligencia sin entusiasmos, con ese frío buen sentido, que no se deja arrastrar por la corriente peligrosa de las ilusiones, en cuyo camino no se encuentran ni los éxitos ruidosos ni los tremendos fracasos. Su indulgencia complaciente le dió una cariñosa popularidad entre los alumnos, a quienes Guzmán les excusaba todo.

Guzmán me acompañó muy poco tiempo; pasó luego como ayudante a la clínica de Isaac Ugarte.

El mismo Ugarte me presentó con recomendaciones muy encarecidas a un joven estudiante, a quien yo no conocía, a Charlin, que había seguido los cursos de anatomía con Aguirre.

Me interesó la naturaleza espontánea y entusiasta de ese joven, de una vocación apasionada por la cirugía.

En medio de la perpetua instabilidad de su carácter, lo único fijo y que nunca vi variar, fué esa vocación apasionada. La cirugía fué su culto, fué su religión imperiosa y exclusiva, fué su vida

Sus impresiones eran muy vivas y su imaginación se apresuraba a darles enormes proporciones; de ahí venía la extraña oscilación de su carácter, que tenía, como he dicho, las variaciones incesantes de un kaleidoscopio, y que al mismo tiempo lo viera todo en grande, todo amplificado.

Esa sensibilidad tan delicada y esa imaginación tan viva, hacía que Charlin viviera siempre en un mundo de fantasías y proyectos, de grandes fantasías y de magníficos proyectos. A veces esos proyectos eran suntuosos y exigían gruesas sumas para poderlos realizar, entonces soñaba con grandes operaciones, y hablaba de honorarios espléndidos. A ese proyecto seguía después otro, en que resucitaba la vida de aquellas antiguas abadías, en que todos los enclaustrados eran médicos o cirujanos, que consagraban su vida a los enfermos. Ese ideal de su vida, en que se renunciaba a todo por seguir una abnegada y santa vocación, derramaba entonces sobre todos sus sueños el espíritu místico de San Francisco. Y así iban oscilando sus proyectos entre la prodigalidad fastuosa de un afortunado Dupuytren, y la pobreza oscura y abnegada de un fraile mendicante.

Es curioso: casi todos esos grandes proyectos de que hablaba con cierta timidez como de ideas traviesas que pasan sonriendo por nuestra fantasía, como de cosas que se dicen simplemente por decir algo, tenían, sin embargo, raíces en su espíritu; después he visto casi todos esos proyectos realizados en su vida. Lo he visto recorriendo las más célebres clínicas de Europa; lo he visto levantar un palacio suntuoso en la Alameda; lo he visto construir en el Parque Cousiño una gran clínica, y sobre todo, lo he visto atravesar la ciudad en su elegante carruaje con el aire triunfal de un célebre y afortunado cirujano.

Mientras él me dejaba entrever esos sueños lejanos, yo lo alentaba con la perentoria afirmación que sólo pueden ser hombres

de acción, capaces de realizar algo en su vida, los que han sido grandes soñadores. César y Napoleón soñaron con el Imperio, Colón soñó con un mundo nuevo, todos los grandes acontecimientos de la historia han sido sueños realizados. El mundo pertenece a los soñadores.

Y mientras él soñaba, trabajaba, con una consagración escrupulosa y paciente sus piezas anatómicas, persiguiendo una perfección ilusoria.

En ese estudio logró luego adquirir considerables conocimientos anatómicos y esa delicadeza y precisión de movimientos que encierran la fortuna de un brillante operador.

Algunos años pasamos los dos alrededor de la misma mesa de anfiteatro, trabajando juntos, y en los largos silencios de esas horas de trabajo dejando que la imaginación saltara alegremente sobre la espalda alada de una hermosa quimera.

Después Charlin se alejó de esa pobre mesa de trabajo, se consagró a estudiar la cirugía, llegó a ser profesor en ese ramo, a tener una gran clientela en la ciudad y una brillante situación social.

Murió muy joven todavía, dejando el recuerdo de haber sido el más elegante de los cirujanos chilenos.

Otro de los disectores de mi clase fué Adolfo Acevedo, figura interesante, despedazada por un soplo tempestuoso.

Físicamente tenía cierto parecido con Charlin. Era de estatura mediana, de complexión vigorosa, de formas sólidas. Los dos tenían una fisonomía abierta y de ojos pardos y cabellos castaños; los dos tenían una barba escasa.

También los dos usaban el mismo traje de estudiantes: un terno de vestón de un color gris, con sombrero de fieltro negro en el invierno o de paja clara en el verano.

Pero esa vaga semejanza de sus dos figuras, desaparecía en sus condiciones de inteligencia y de carácter.

En Acevedo dominaba un tranquilo y frío buen sentido, una serenidad de criterio extraordinaria. Era un espíritu positivo, sin ilusiones y sin hermosas quimeras. De un carácter serio, de una rectitud austera, hacía un culto del más escrupuloso cumplimiento del deber. Era severo y exigente en su trato con los alumnos, y, sin embargo, los estudiantes lo respetaban y que-

rían por la inflexible equidad de sus procedimientos y por la amabilidad complaciente con que los ayudaba en sus trabajos. Y sobre todo, respetaban en él la consagración al estudio y el valer intelectual. Acevedo ha sido tal vez el cerebro más poderoso y bien organizado que he encontrado en la Escuela. Su inteligencia rápida, era clara y luminosa, lo comprendía todo sin esfuerzo y lo sometía todo a un criterio tranquilo en que se estimaba todo en su valor.

Acevedo extendía sus lecturas más allá de los dominios exclusivos de la ciencia; leía de todo, pero sus autores favoritos, fuera de la medicina, eran Shakespeare, Voltaire y Víctor Hugo. Ese rasgo descubre por sí solo una fisonomía intelectual, sus tendencias radicales en política, y el escepticismo risueño y desdeñoso con que miraba las creencias religiosas.

La lógica de su criterio radical daba a todas sus ideas un carácter absoluto e intransigente.

Un pequeño incidente, que puso esta observación de manifiesto, acentuaba la fisonomía que he querido bosquejar.

He dicho que las canciones alegres de Coste provocaron la sorpresa de un escándalo en la Escuela. Parecía inconveniente esa alegría ruidosa al lado del cadáver; y además en esas canciones, que coreaban los estudiantes, se hablaba mucho de la *Madona*, del cielo y de los santos; había una sobre todo en que el coro se reducía a una exaltada invocación a Santa Lucía. Cuando Coste cantaba esa canción no se oía en la Escuela más que esa invocación a Santa Lucía, que volvía en todos los tonos y se repetía como el *ritornelo* de una apasionada letanía.

Esas canciones napolitanas, llenas de santos, tenían no sé qué olor de sacristía, que chocaba con el criterio religioso de Acevedo, pero comprendía muy bien que no era razonable descubrir las miserias de esa intransigencia, y sólo aparentaba manifestarse disgustado por la inconveniencia de esos cantos en la Escuela.

—«Le parece a Ud. propio, doctor, que se cante en medio de los muertos?» me preguntó bruscamente un día, en que precisamente estaban cantando la famosa *Sancta Lucía!*

—Esa es una cuestión literaria, mi querido Acevedo. Eso tal

vez le chocaría al gusto delicado y noble de Voltaire, pero para el realismo de Shakespeare. . . . ¿No recuerda Ud. la escena de los sepultureros en el Hamlet. . . ?

Esa áspera y seca intolerancia, esa rigidez inflexible de la lógica y las doctrinas radicales, era para mí una de las líneas más salientes del carácter de Acevedo.

En mi hábito de concentrar las impresiones personales, buscaba siempre un parecido que me las hiciera recordar más fácilmente, y con ese parecido solía bautizar a las personas.

Llamaba Don Bocaccio, a Coste, a ese italiano de los cuentos alegres y ligeros; a Charlin lo llamaba Don Fantasio, ese era el nombre de un personaje de Musset, de un afortunado perseguidor de quimeras; a Acevedo lo llamaba Robespierre, pero era un Robespierre con sensibilidades refinadas, con delicadezas femeninas.

Recuerdo una escena de hospital. Tenía yo entonces un servicio en San Borja. Acevedo me acompañaba junto con otros estudiantes. Encuentro un día una enferma nueva. Era una pobre tísica, en el último período de la tisis, y esa muchacha, cruelmente despedazada por la enfermedad, conservaba, sin embargo, su belleza. Mientras examinaba esa pobre enferma me llamó la atención la actitud impaciente de la monja, la trepidación de sus pies, el ruido con que volvía la hoja de su cuaderno de apuntes, todos esos pequeños detalles que parecían decir: «No pierda el tiempo; eso no vale la pena», y al otro lado de la cama veía a Acevedo con un aire de indiferencia desdeñosa en que asomaba el desprecio, «*C'est une fille*» me dijo entre dientes. Sentí el frío de esa atmósfera hostil y una profunda compasión por esa desgraciada para quien la caridad tenía espinas y la moral no tenía piedad.

Esa manera de sentir artificial y falsa, que imponía a la monja el estrecho criterio del convento y que le imponía a Acevedo la rigidez de sus fórmulas morales, debía necesariamente ser luego reemplazada por un sentimiento más humano, más espontáneo y natural, por ese sentimiento compasivo que despierta la juventud, la belleza y la desgracia.

Pocos días después aquella muchacha, con su hermosa sonrisa de tristeza resignada, con sus ilusiones de tísica, con sus som-

bras de muerte, se había impuesto sobre todas las preocupaciones y se había ganado todas las simpatías.

Llegó un momento en que parecía que fuera la sola enferma de la sala, y en que se principiaban a sacrificar en su atención las reglas tradicionales del servicio hospitalario.

Un día la monja me esperaba en la puerta de la sala y apenas llegué se apresuró a decirme: «Ha pasado muy mala noche, ha sufrido mucho». Sin nombrarla, ya sabía de quien se trataba, y comprendí su callada insinuación. Principié la visita por la mitad de la sala, por la pobre enferma.

El desenlace inevitable y fatal se iba acercando. Una mañana cuando entraba a la sala, me dijo la monja:

—«Elle est morte».

—«Pauvre fille! le dije.

—«Pauvre femme!» me rectificó ella, quitándole a mis palabras hasta la sombra de un equívoco odioso.

Después, cuando fuimos a practicar la autopsia, encontré el cadáver cubierto con una sábana hasta la mitad del pecho. Los brazos desnudos se extendían sobre la sábana a lo largo del cuerpo. Vi en un dedo de la mano un anillo dorado. Todos esos detalles me llamaron la atención. En las mesas de autopsia no se cubren los cadáveres, en las manos de los muertos no se dejan los anillos.

Acevedo debió notar mi sorpresa por que me dijo en voz baja, como si quisiera excusar una nota de debilidad: «He sido yo, doctor». Concluída la autopsia la envolvieron en la sábana y la depositaron en un cajón fúnebre costeado por los estudiantes. Se llevó a la tumba su anillo, que debía ser el recuerdo y tal vez el secreto de su vida.

Cuando pienso en Acevedo me acuerdo de esa enferma. Los dos tuvieron el mismo desenlace, que nada hacía preveer en aquel joven fuerte y sano.

El prestigio que Acevedo supo conquistarse en nuestra Escuela le valió el honor de ser propuesto por la unanimidad del cuerpo de profesores, el 31 de mayo de 1888 para ocupar el puesto de jefe de trabajos anatómicos que se acababa de crear.

Después pasó a ocuparse de cirugía y a abrirse un camino excepcionalmente brillante por sus conocimientos y aptitudes.

Pero en ese suave camino encontró el más inesperado de todos los tropiezos. Acevedo, a pesar de la acentuación de sus ideas radicales, se había mantenido siempre lejos de los partidos y sus luchas. Pero vino la agitación política de 1890, vino la dictadura, una reorganización del profesorado universitario, y Acevedo aceptó el nombramiento de profesor de clínica quirúrgica. Después, vino la caída de la dictadura y Acevedo se vió arrastrado y envuelto en el desastre. Aquella hora de fascinación fué para él irreparable. No pudo resignarse a la situación odiosa que le creaba, y se dejó caer abatido, sin alientos, humillado, en la corriente que lo llevaba a una catástrofe.

Después de Acevedo, Ernesto Soza, fué disector de mi clase.

Había sido un alumno distinguido, estudioso, tranquilo, de un buen humor alegre, de una escrupulosa consagración a sus deberes.

Su carácter serio, casi grave, imponía cierto respeto a los alumnos, pero atenuaba un poco esa impresión de alejamiento su amabilidad insinuante y su fácil complacencia.

Hasta los tiempos de Soza las preparaciones que presentaban los alumnos se habían clasificado simplemente como *buenas* o *malas*, él introdujo las preparaciones *regulares*, amable categoría en que las malas pasaban a confundirse con las buenas. Ese rasgo pinta la bondad de su carácter complaciente.

Su organización intelectual era sana y vigorosa, y ejercía en torno suyo una influencia favorable, apartando la impresionable imaginación de los alumnos de esas teorías brillantes y ligeras que los deslumbran y fascinan. Una simple observación de frialdad y de buen sentido desvanece esos castillos en el aire, y Soza tenía el buen sentido necesario para esas observaciones oportunas.

Hay en los jóvenes una tendencia irresistible a confundir lo nuevo con lo bueno, a creer que las últimas afirmaciones de la ciencia son las que se acercan más a la verdad, una tendencia a considerar como preocupaciones deplorables todo lo que choca con el criterio dominante.

La historia de la medicina—que por desgracia no se estudia entre nosotros—viene a modificar esas naturales y peligrosas apreciaciones juveniles, mostrándonos a cada paso los errores y fracasos de innovaciones aturdidas, las consecuencias desastrosas de doctrinas que parecían sólidamente establecidas y la vuelta de la ciencia a proclamar como verdades viejas afirmaciones desdeñosamente condenadas.

La historia es una gran maestra de modestia, de respeto y buen sentido. En mi tiempo dominaba el criterio anátomo-patológico que consideraba ridículo suponer que la tuberculosis pudiera ser una enfermedad contagiosa y transmisible, y sólo los enemigos del progreso podían todavía defender esa preocupación absurda. Ahora miramos esa preocupación como una de las verdades demostradas y evidentes; tratamos de contener los tremendos estragos del contagio y consideramos criminal el abandono de medidas de higiene que ayer estimábamos inútiles.

El viaje a Canosa no lo han hecho solamente los emperadores de Alemania.

El año 1863 fué para la Escuela de Medicina un año de excepcional animación: cumplía 30 años, se inauguraba el edificio reconstruído en la calle de San Francisco, tenía lugar un concurso de caracteres especialmente emocionantes, y además desde entonces los cursos se iban a abrir cada dos años.

Aunque sólo la parte del frente del edificio había sido reconstruída, el interior había sido restaurado, todo se había pintado de nuevo y tenía ese aire alegre y fresco de las reparaciones recientes, esa animación indefinible de las cosas nuevas.

En el concurso que iba a tener lugar ese año se presentaban como opositores para la clase de anatomía quirúrgica y patología externa los doctores Valderrama, Díaz, Murillo y Zorrilla, que recién habían terminado sus estudios.

Ya entonces la Escuela había principiado a tener vida propia y a mezclarse en todo. Los estudiantes habían seguido con un interés apasionado los preparativos y el desarrollo del concurso, dejándose arrastrar naturalmente por las simpatías y relaciones personales, que decididamente se inclinaban en favor de Díaz y Zorrilla.



Dr. Vicente A. Padín,

era de un tipo andaluz muy acentuado...



Dr. Adolfo Valderrama,

La figura de Vaderrama en sus retratos pierde casi todo su interés, la fotografía no ha podido conservarnos la animación alegre...

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA NACIONAL · CHILE · SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL · CHILE · SECCION CHILENA

En su informe de 4 de Julio declaraba la comisión examinadora que en la prueba oral había sobresalido Valderrama, que en la prueba escrita habían estado a la misma altura Valderrama, Díaz y Zorrilla, y que en la prueba práctica Zorrilla había sido el más sobresaliente.

Valderrama y Zorrilla parecían quedar en condiciones análogas, y esa incertidumbre de las apreciaciones y del fallo aumentaba la agitación de sus amigos y parciales.

Pero, resumiendo su opinión, la comisión propuso a Valderrama,—que fué nombrado el 6 de Julio de 1863,—envolviendo en una atmósfera encapotada y fría al nuevo profesor.

Valderrama tuvo que vencer la acogida glacial de sus alumnos. No le fué muy difícil conseguirlo a ese hombre fino, espiritual, vivo, con ese espíritu epigramático y travieso que despierta en todas partes una alegre y fácil simpatía.

Esa atmósfera ya se había modificado mucho en su favor cuando nosotros entramos a su curso. Valderrama era entonces muy joven, tenía poco más de 30 años, porque había nacido en La Serena en 1834.

Su padre era un médico español nacido en Burgos, que había emigrado a América en busca de fortuna. En La Serena la encontró: tuvo clientela, una familia y pasó su vida alegremente en medio del trabajo, la música y los versos.

Repartió entre sus hijos sus aptitudes de artista: a uno le dejó su poesía y al otro su guitarra. El que heredó las facultades de poeta fué nuestro joven profesor.

Su traje y su figura traían una nota nueva en el profesorado circunspecto y grave de la Escuela.

Su traje era el que la juventud de entonces llevaba habitualmente en los salones, variando caprichosamente el corte y el color. Muchos años después en el curso de su vida, coincidiendo tal vez con cierto cambio en su manera de pensar, seguía en sus trajes las modas españolas, llegando hasta a usar la antigua capa. Pero en medio de esos cambios conservó siempre el cuello escotado y la corbata Lavallière.

La figura de Valderrama en sus retratos pierde casi todo su interés. La fotografía sólo nos conserva sus ojos ligeramente oblicuos, de párpados caídos; su boca de labios gruesos, som-

breada por bigotes de pelos lacios y pendientes; el contorno oval y rapado de su cara; su frente ancha, despejada, a que servía de marco una cabellera castaña, abundante, lisa, cuidadosamente peinada. Pero la fotografía no ha podido conservarnos la animación alegre que daba tanto interés a esa figura.

Un pequeño defecto contribuía todavía a acentuar esa animación y ese interés. Valderrama tenía un ligero temblor de los labios, de la cabeza y de las manos. Ese temblor de los labios y su voz ronca y trémula daban a su palabra la impresión de las emociones reprimidas y profundas.

La vida universitaria de ese joven profesor había sido muy brillante. En 1853 fué nombrado disector, en 1860 había terminado sus estudios, en 1862 fué nombrado miembro de la Facultad de Medicina, y a esos títulos universitarios agregaba la modesta aureola de un poeta.

Desde 1853 principiaron a publicarse composiciones suyas en el *Museo de Santiago*, composiciones juveniles, impregnadas en el lúgubre sentimentalismo de esos años, en que no había poesía posible sin desencanto, sin una cruz y un ataúd. La juventud seguía naturalmente la fascinación de esa moda literaria y leía con cierta respetuosa aprobación las efusiones sentimentales que publicaba Valderrama. Por una curiosa, pero común contradicción, ese muchacho de un espíritu travieso y ligero, que iba por el camino de la vida con una sonrisa alegre entre sus labios, sólo podía cantar con los ojos llenos de lágrimas. Ese sentimentalismo artificial y falso de la moda literaria de aquel tiempo, les parecía a los estudiantes de medicina la última expresión del arte.

Si estas digresiones literarias vienen a mezclarse desde el primer momento con mis reminiscencias de Valderrama, es por que la literatura se mezcla a la medicina en toda su vida y a veces la domina por completo. Pero en la época en que yo lo conocí la literatura sólo era un adorno para el médico y un recurso para dar más interés a sus lecciones.

La Patología externa de Jamain era el texto que Valderrama seguía en su clase y su método de enseñanza era el de la pedagogía medioeval.

Leía la lección en el libro abierto, que tenía sobre la mesa; la leía lentamente, comentando los puntos a que llamaba especialmente la atención, y luego recordando ejemplos prácticos de los detalles interesantes que había recogido en su clientela o sus lecturas.

Esos ejemplos era lo que daba a sus clases interés y novedad, pero ¡cuánta distancia entre esa exposición fría y metódica, que hacía desfilar los síntomas y los signos de las lesiones patológicas en su orden acompasado y sistemático, y la exposición animada en que Elguero nos hablaba de esos mismos síntomas, discutía su significado y su valor, recordaba las ardientes controversias a que habían dado origen, y su camino accidentado hasta llegar a colocarse entre los hechos reconocidos y consagrados por la ciencia.

La línea incierta y convencional, que separa las dos patologías, hace que el estudio de la misma enfermedad pueda caer bajo el dominio de las dos. La sífilis se encuentra en ese caso. Es imposible hacerla exclusivamente figurar en una sola de las dos patologías. Y qué diferencia entre la sífilis de Valderrama y la sífilis de Elguero! entre esa serie de accidentes que se van sucediendo, con caracteres propios, en períodos casi fijos, y van formando un cuadro uniforme, en que tienen cabida todos los conocimientos más esenciales de la ciencia, y el recuerdo de aquella acumulación confusa de accidentes venéreos, en que Ricord introduce la claridad y el orden, separando los que pertenecen a la sífilis de los que traducen simplemente una afección local, y después va siguiendo el desarrollo de los síntomas, la agrupación de los fenómenos, la constitución de los períodos, en que la enfermedad va presentando modalidades y peligros tan diversos. Y todo eso en medio de discusiones, tan ardientes en la Academia, y polémicas tan apasionadas en la prensa, y todo eso en medio de las famosas Cartas de Ricord, sobre la sífilis, tan espirituales, tan finas, de una ironía tan alegre y elocuente.

Si me he detenido en estos detalles es para acentuar más el contraste entre la enseñanza de los dos períodos que va recorriendo nuestra escuela, y que casi me atrevo a resumir diciendo, que antes, sobre todo se empeñaban los profesores en desper-

tar la pasión por el estudio y el culto por la ciencia, y ahora, exclusivamente se preocupan de transmitir los conocimientos adquiridos; por eso la ciencia ahora es fría y casi maquinal, y antes era apasionada y viva. También es cierto que antes se disponía de más tiempo. Como ya hemos recordado el primer curso de medicina duró diez años, nosotros estudiamos esos mismos ramos en casi la mitad del tiempo, y ahora, conservando los cursos la misma duración, casi han duplicado los ramos que se estudian. Pero ahora se hacen en ferrocarril, se hacen de prisa las excursiones científicas que hacíamos al paso lento de la marcha; pero en cambio ahora sólo se tiene una frágil y rápida visión de lo que nosotros veíamos despacio y tocábamos de cerca. Se ha ganado tal vez en superficie lo que seguramente hemos perdido en profundidad.

Entre tanto se había ido levantando la situación del afortunado y joven profesor. Su clientela se extendía; le abrían sus puertas los salones y se hablaba de él como de un distinguido hombre de mundo, que aspiraba también a ser hombre de letras.

Leía en los salones pequeños poemas, el *Asno*, el *Refectorio*, que eran cuadros picantes de un alegre escepticismo, y leía en la Sociedad Filarmónica algunos estudios sobre el *Fastidio*, el *Dolor*, el *Dolor y el Alma* y otros temas, en que siguiendo el camino de Mosso y Michelet, se podían conquistar delicados triunfos de salón.

Pero Valderrama tenía derecho para aspirar a algo más que a ser un intérprete elegante de la ciencia.

En 1866 presentó a la Universidad su *Bosquejo histórico de la Poesía Chilena* que es la obra capital de Valderrama.

Basta el tema que ha servido de base a ese trabajo para hacernos sentir cómo nos vamos alejando del espíritu de las generaciones anteriores. Hemos insistido en que los viejos maestros se ocupaban exclusivamente de medicina en sus escritos. Les habría parecido una extravagancia inaceptable elegir el tema que había tratado Valderrama; les habría parecido que el asunto naturalmente indicado para un médico era escribir el bosquejo histórico de la Medicina Chilena, pero ¿qué atractivo podía tener para la escritores de la generación de Valderrama

un asunto que no despertaba interés en sociedad y de que no se hablaría fuera de un grupo reducido?

Hay en el fondo de esta pequeña observación un rasgo que señala la distancia que radicalmente separa esas dos generaciones. Una habría escrito para los que vienen después, para los que traen aplausos que no podemos oir, y la otra sólo escribía para los que la rodeaban y le podían hacer sentir el ruido halagador de los aplausos.

Por lo demás ese bosquejo es una crítica amable y ligera en que no se siente el peso de una erudición fatigosa. Hay algunas páginas que salvarán del olvido, son las páginas en que recuerda al Cura Morán y el padre López, que durante algún tiempo trajeron tan revuelto al vecindario de Coquimbo.

Y sin embargo, en esas mismas páginas hay algo profundamente falso y es precisamente la impresión que nos dejan sobre la personalidad de López y Morán.

Nadie, leyendo esas páginas en que aparece el viejo cura como un grotesco y risible personaje, podría sospechar, que el manteo desastrado de ese cura envolvía una interesante personalidad de nuestra gran revolución. El Presidente O'Higgins hizo procesar a ese cura, que en sus conversaciones hablaba de la revolución francesa como de un ejemplo que debíamos seguir. La indignación del Presidente de Chile cuando recibió ese denuncio, desborda en la nota que pasó al Obispo y en las reclamaciones que entabló en la Audiencia. El crímen del cura Morán era para él lo más monstruoso que se podía concebir.

Ese proceso levanta la figura de Morán a una altura respetable.

En cuanto al padre López, sólo vemos su lado travieso y picaresco en esas páginas en que sólo se lee muy entre líneas lo que había de serio en su erudición y en su carácter.

Es verdad que reconoce que entre los frailes de la colonia el que más fama tuvo fué el padre López, «*teólogo muy distinguido*», según dice en la pág. 136, y en la página siguiente agrega: «El padre López era enemigo de los jesuítas, no sé si por ligereza de carácter, o porque se diera cuenta de su mala voluntad. Me inclino a creer que el padre no sabía por qué».

Esa enemistad de un dominicano por los jesuítas no tenía nada de extraño ni necesitaba explicación. Esas dos órdenes vivieron en todo el mundo en guerra abierta. Pero la odiosidad del padre López por los jesuítas, que ha dado origen a tantas anécdotas picantes, no se armoniza muy bien con la fecha en que los jesuítas fueron expulsados de Chile. Esa fecha es muy anterior a la entrada de López al convento.

Los elogios de Sazie y de Petit, escritos por encargo de la Facultad de Medicina y leídos en grandes solemnidades académicas, lejos de atenuar acentúan la observación que hemos hecho anteriormente.

En esa época estaban de moda los elogios en las grandes universidades europeas. Siguiendo esa moda, de un equívoco buen gusto cuando el recuerdo cariñoso se convierte en una apoteosis excesiva, nuestra Facultad de Medicina trató de introducir ese género literario siempre peligroso cuando no se maneja con una delicadeza consumada.

Valderrama tomó como modelo a Parisset, cuyo «acento inmortalizador» lamenta no poseer cuando escribía el elogio de Sazie, y siguiendo a ese modelo cayó en el arte desgraciado de hacer dudosos los recuerdos que trataba de presentar como dramáticos.

Para pintarnos la filantropía generosa de Sazie, dice en su Elogio: «En una noche del mes de Julio, en que la *lluvia caía a torrentes*, el doctor Sazie salió a caballo de su casa; daban *las dos y cuarto de la mañana;* el jinete llevaba por delante un objeto que *parecía ocultar cuidadosamente*. Una *persona tuvo la rara idea de seguirlo* y la paciencia de llegar con él hasta una de las calles entonces casi despobladas del barrio de Yungay. Sazie dió algunos golpes en la puerta de una miserable vivienda y pronto acudieron a abrirle, entró y volvió a salir un instante después. «Está mejor», dijo al hombre que le había abierto: montó a caballo y regresó a su casa ¿Sabéis, lo que era ese objeto que el doctor Sazie defendía de la lluvia ocultándola bajo su capa? Era la ropa de su lecho que llevaba a una pobre parturienta... Yo vengo a denunciar ante la Facultad de Medicina a este generoso infractor de las leyes higiénicas, que dormía sin

cubrirse en el invierno cuando había una infeliz que reclamaba la ropa de su lecho».

Es cierto el hecho de que Sazie le dió ropa de su cama a una infeliz, a lo menos todos lo creían y ese asentimiento universal es la mejor prueba de la abnegación generosa de Sazie.

Pero esa noche de lluvia, esas dos y cuarto de la mañana; ese individuo que por una simple curiosidad lo sigue a un barrio despoblado, para verlo bajar de su caballo, y después ese objeto misterioso que Sazie oculta con cuidado ¿cómo se descubre lo que encierra? ¿por qué supone que era la ropa de su cama?

Esos detalles, que parecen destinados a dramatizar el cuadro, en realidad sólo consiguen hacerlo sospechoso. Y a esa impresión contribuye sobre todo el tono tan enfático y tan falso con que desgraciadamente concluye aquella anécdota: «Yo vengo a denunciar.....»

Debo reconocer que cuando escribía estas cosas, Valderrama encontraba en todas partes una calurosa aprobación. Esa era la moda y el buen gusto literario de aquel tiempo, y los que seguían su corriente estaban seguros de encontrar entusiastas y fáciles aplausos. Pero la moda gira como el viento, luego pasa, y entonces lamentamos que no haya tenido el escritor el sentimiento del arte necesario para resistir esa influencia perturbadora de la moda.

Lamentamos que al terminar ese Elogio haya creído oportuno decirnos que «Sazie vió llegar sin inmutarse a su antigua enemiga (la muerte). El vigoroso atleta no podía ya luchar con ella y la enfermedad, esa Dalila traidora, le tenía postrado a sus pies» y que cuando murió «las manifestaciones no tenían nada de oficial; eran el grito que arranca un dolor verdadero, porque las lágrimas no se decretan. Nada más justo que aquellas lágrimas: la Facultad médica había perdido su alma»....

Esa falta de mesura en los elogios llega a hacer dudosa la sinceridad del sentimiento.

En el Elogio de Petit, leído ante la Facultad pocos años después, el lenguaje de Valderrama aparece más sereno, más na-

tural y más liviano. Se ha desembarazado ya en gran parte de las pesadas amplificaciones que habían desfigurado su estilo en el Elogio de Sazie.

Pero todavía, describiendo una visita de Petit a su sala de hospital, dice que «le dicta a la hermana que le escucha con atención, una receta severa como su lógica, clara como su espíritu, sencilla como la expresión de la verdad».

Y luego nos cuenta que una mujer cae con una fiebre violenta; «un médico prescribe eméticos, purgantes, emisiones sanguíneas, la familia está encantada de mirar a aquel atleta del dolor desplegar tan rara actividad». Pero la enfermedad se agrava, la familia recurre a Petit, «quien prescribe primero vino de Jerez y después abrigo y agua caliente, al día siguiente brota la viruela ¿qué había hecho el inteligente clínico en el caso que acabo de referiros? Nada, dice la ignorancia; todo, dice la ciencia; habíado quemado a Moscou y esperado con el arma al brazo la retirada del enemigo. El triunfo fué completo» . . . .

Esa falta de buen gusto, que a veces llega a ser una falta de buen sentido, era el homenaje desgraciado que Valderrama pagaba a la moda de su tiempo.

En su novela *María*, que publicó en 1878, se deja también sentir esa influencia deplorable, esa especie de horror a todo lo que es sencillo y natural, esa especie de fascinación de lo artificial y lo afectado.

Ahora no podemos leer esas páginas laboriosamente escritas sin que asome a nuestros labios una sonrisa casi compasiva, y sin lamentar profundamente que un verdadero talento literario haya podido ir a caer en esas vulgaridades deplorables, a que están fatalmente condenados los que siguen los caprichos extravagantes de la moda.

Y no hay duda de que Valderrama tenía ese talento cuando no pretendía ser escritor, cuando dejaba que su pluma corriera libremente, juguetona y traviesa, siguiendo sus caprichos. Era un escritor de un buen humor alegre y de una filosofía escéptica y burlona en sus pintorescos cuadros de las intimidades de un convento o en sus maliciosas reflexiones buscando el secreto de esa tranquilidad serena y resignada de los asnos.

Era un poeta fácil y espontáneo en casi toda sus composicio-

nes ligeras; en casi todas ellas hay un giro picante, hay colorido y viveza. Pero, cuando quiere remontar el vuelo a las alturas sentimentales, cuando se calza el *coturno* de la gran tragedia, sólo consigue hacernos ver que falta en su poesía la expresión brillante y apasionada, que falta en su alma la emoción verdadera y profunda, y que, como decía Ricord, «la mujer más bonita no puede dar lo que no tiene».

De esa obra literaria tan considerable y laboriosa, sólo va a quedarnos la parte frívola y ligera, que él debía estimar en menos porque era la que le había costado menos, la que había brotado de su pluma sin esfuerzo, la que era más espontánea y natural. Y toda esa literatura convencional y falsa, en que había seguido dócilmente las desgraciadas inspiraciones de la moda, toda esa literatura que levantaba con tanto ruido el viento de la boga, tenía que caer silenciosamente en el olvido, cuando una moda nueva trajera nuevos caprichos. Esa es la eterna, la vieja historia de todos los períodos de decadencia literaria, en que las excentricidades se van rápidamente sucediendo hasta que un escritor vuelve resueltamente a la naturalidad y la sencillez, vuelve al estilo puro, a la frase transparente para expresar los sentimientos verdaderos.

«Cuentan, dice Villemain, que la primera vez que Bernardino de Saint-Pierre fué tímidamente a leer una de sus obras en casa de Madame Necker, se había reunido ahí una sociedad escogida. Principió la lectura: era *Pablo y Virginia*. Buffon escuchó con cierto placer algunas palabras de historia natural; pero la sencillez, la ingenuidad de esas pinturas, la concepción misma de esa historia, esa vieja esclava, esos dos chiquillos con que lo quiere interesar, lo fatigan, y pide su carruaje. Thomas no parece menos frío. Madame Necker sólo tiene algunas palabras de elogio. El autor sale de esa lectura, desalentado, desesperado. Desde hacía quince años perseguía la esperanza de hacer una obra de genio en su covacha de la calle de Gres. Consulta a su amigo el pintor Vernet, que no es literato, ni hombre de gusto a juicio del mundo, pero que, por su arte y su genio pintoresco, es un poeta. Vernet admira esas calientes descripciones de la rica naturaleza de los trópicos, esos rasgos ingenuos de las costumbres pintadas con colores tan vivos, y le dice a

Bernardino de Saint-Pierre: «Ud. es un genio». Pero, no bastaba ese testimonio sincero y entusiasta, se necesitaba apoyo, padrinos, un librero. El autor los busca mucho tiempo. Los libreros le devolvían el manuscrito, le decían que su obra no estaba en el gusto a la moda, no se daban cuenta que la obra que estará más a la moda será necesariamente la que se parezca menos a todas aquellas que han estado a la moda hasta ese momento.»

Pero el punto de vista de Valderrama era muy diverso; no pretendía escribir una obra de arte sino escribir páginas agradables, que le dieran ese suave prestigio de los escritores mundanos, cuya presencia despierta un rumor de curiosidad y de aplauso en los salones.

Esa inocente aspiración fué poco a poco invadiendo el espíritu de Valderrama y tomando los contornos imperiosos y absorbentes de las ambiciones literarias. Se dejó llevar por el torrente que va rápida y alegremente a la cascada, que por un momento nos suspende en el espacio, y cuando creemos estar en brazos de la gloria nos encontramos en brazos del abismo.

Desde entonces esa pasión de las letras va absorbiendo a Valderrama; el médico va desapareciendo en la sombra del poeta, y los acontecimientos que tienen fechas en su vida son los acontecimientos literarios.

En 1873, hace una brillante aparición en la Academia de Bellas Letras, fundada por Lastarria. En 1877, tuvo uno de sus grandes éxitos cuando fué nombrado profesor interino de retórica y poética en el Instituto Nacional.

Ese pequeño detalle marca con un relieve vigoroso el ancho espacio que separa dos generaciones. No fué para nadie una sorpresa que Valderrama se hiciera cargo de esa clase, fué un hecho que pasó sin que le llamara a nadie la atención, y ¿puede alguien siquiera concebir que Padín o Elguero la hubieran aceptado? y, sin embargo, Padín tenía grandes condiciones literarias y Elguero había pasado largos años comentando los clásicos latinos, pero los médicos de esa época vivían consagrados al cultivo exclusivo de la ciencia.

En 1878 fué nombrado miembro de la Facultad de Humanidades y al incorporarse en esa Facultad pronunció un discurso sobre la «Necesidad de estudiar la Lengua Castellana».

Algunos años después fué nombrado miembro correspondiente de la Real Academia Española. Esa fué la coronación suprema de todas las aspiraciones de su vida literaria.

Alcanzar esa distinción fué más satisfactorio para él que conseguir que el gobierno lo nombrara miembro del Consejo de Instrucción en 1884.

Cuando circunstancias penosas dejaron vacante la Secretaría de la Universidad, que había honrado tantos años Amunátegui, Valderrama fué designado para ocupar ese alto cargo.

Desgraciadamente fué corta y triste la permanencia de Valderrama en ese puesto. Lazos muy fuertes y muy íntimos ataban su fortuna a la situación política que se derrumbó el 91, arrastrando a Valderrama en su caída.

Esa caída fué para él una catástrofe; un trastorno completo de su vida, un trastorno en su situación política y social. Se vió violentamente desposeído de su puesto y separado de su clase; se vió envuelto en una atmósfera depresiva y ominosa.

Una vida fácil y brillante no lo había preparado para esos días de prueba y de infortunio. Se dejó llevar por un inconsolable y sombrío desaliento. La risa alegre se apagó en sus labios, la mirada vivaracha y picaresca desapareció de sus ojos.

Así siguió durante algunos años su vida solitaria y desolada. Vivía en la sombra de que sólo salía para frecuentar un círculo estrecho de fracasados políticos, en que se respiraba la amargura, en que se repetían y se volvían una vez más a repetir los eternos comentarios del desastre.

Nos encontramos pocas veces en esos tristes años de su vida, y esas veces nos dejó una impresión muy penosa por la acritud y la amargura de sus coléricos reproches.

Hasta entonces la política había sido para él una distracción elegante, que se prestaba a sabrosos y picantes comentarios, pero no había sentido nunca ni el ardor de la lucha, ni la pasión de las ideas. Una indolente y fría indiferencia cubría para él todo el campo de las luchas de partido.

En 1882, había figurado entre los miembros de la Cámara, pero apenas se había asomado a los debates; en 1887, había sido Ministro de Instrucción, pasando en silencio por el Ministerio y por la Cámara, sin dejar ninguna huella ni en la administración ni en la política.

Estamos muy lejos de querer envolver en estas observaciones un reproche, sólo queremos anotar que hasta entonces Valderrama, había sentido cierto interés, pero ninguna pasión por la política, y que había ido al Ministerio y a la Cámara simplemente como un amable ocupante de esos puestos.

Pero ahora que había sentido en sus propias carnes las dentelladas feroces de las luchas políticas, ahora que había sentido azotadas sus espaldas por el látigo ultrajante de las persecuciones de partido, esa elegante indiferencia era imposible, era absurda.

En 1893, los vencidos de la gran revolución se iban levantando del desastre. Sus grupos dispersos se reunían en la Convención de Talca, para darse la organización de un partido y prepararse para una campaña electoral.

Valderrama fué elegido presidente de esa convención y en 1894 presentó su candidatura para senador por Concepción. Era el momento en que la pasión política le habría arrancado acentos elocuentes si se hubiera dejado llevar con sencillez por la expresión espontánea de sus propios sentimientos. Pero el gusto desgraciado de aquella época había dejado en su espíritu un pliegue que no consiguió después borrar. El lenguaje de la pasión desaparecía en sus discursos sofocado debajo de una capa de oratoria artificial y de expresiones afectadas.

Esa era la expiación de la complacencia con que se había sometido al gusto afectado de su tiempo, pagando con esa moneda falsa los aplausos fugaces de la moda.

Por fortuna tuvo momentos en que dejó que su espíritu se mostrara libre de sus preocupaciones literarias y nos dejara ver su sana y vigorosa desnudez.

Cuando Calvo representó en Santiago el Gran Galeoto, don Hermógenes Irisarri escribió un juicio sobre el drama y el actor. El juicio era pobre, y en él sostenía apreciaciones abiertamente en pugna con la filosofía de la vida. Valderrama se sintió herido por esa falsa apreciación y afortunadamente se propuso contestarle en una «Carta Literaria». Ese género literario autoriza toda la desenvoltura de las conversaciones familiares, sólo excluye todo lo que trasciende a convención o ceremonia. En esas condiciones Valderrama escribía al correr de su pluma, con

una naturalidad y una sencillez encantadoras. En esa «Carta Literaria», hay momentos elocuentes, porque hay momentos en que la emoción habla su lenguaje espontáneo, ardiente y vivo.

Seguramente su oratoria habría ganado de igual modo si la hubiera dejado escaparse de sus labios sin pretensiones y sin freno, preocupándose solamente de expresar lo que sentía.

Sobre pocos hombres ha pesado con más fuerza la atmósfera social en que se han desarrollado; pocos espíritus han sido más lastimosamente deformados por la influencia del medio y de la moda.

V

Murillo-Zorrilla

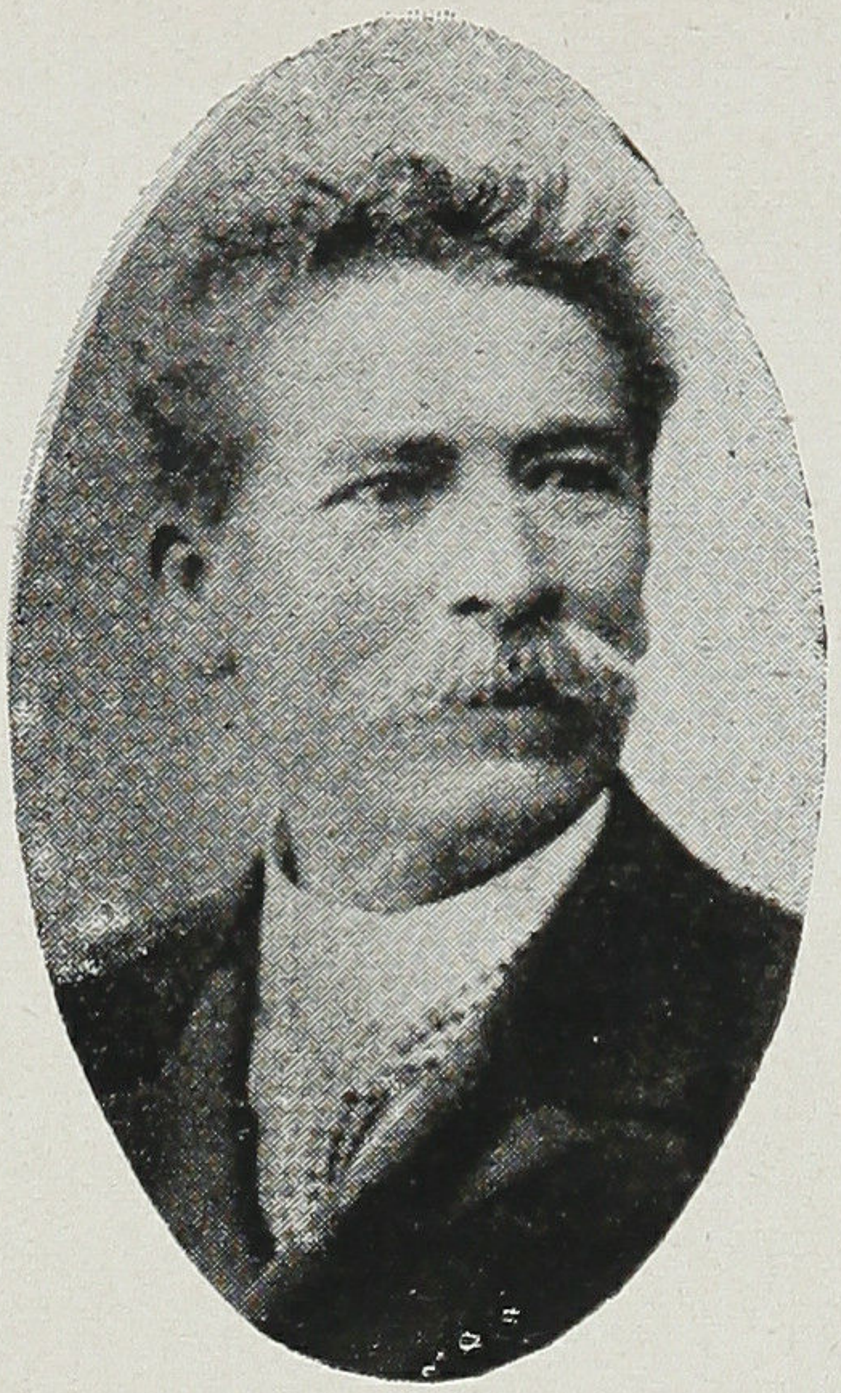
La figura de Valderrama había sido una violenta desviación del tipo de los antiguos profesores, Murillo fué una vuelta amable y suave de las honrosas tradiciones de la Escuela.

En la clase de terapéutica nos encontramos con ese joven profesor, que debía después enseñarnos obstetricia. Murillo era entonces muy joven. Tenía apenas 30 años, que no representaba, porque conservó hasta una edad casi avanzada un aire y una frescura juvenil. Tenía el hermoso privilegio de esas juventudes obstinadas.

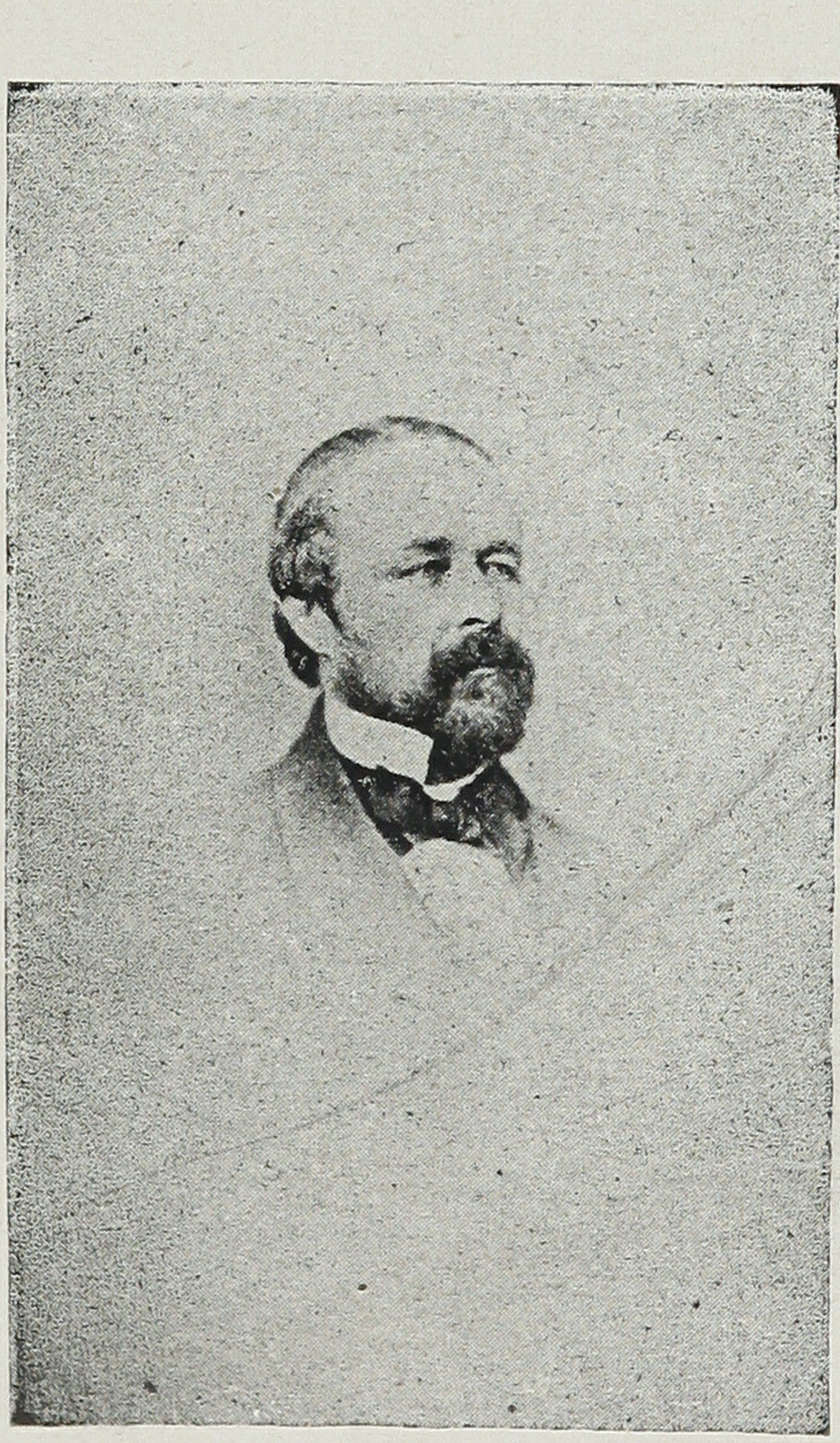
La figura de Murillo era ligera y distinguida. La expresión de su fisonomía era singularmente amable y animada. Su estatura era mediana, delgada, flexible; su cabeza, pequeña, cubierta con una cabellera abundante, oscura y ondulada. Esa hermosa cabellera era su lujo, y un lujo complaciente porque conservó siempre su color oscuro. Sus ojos eran pequeños, pardos, chispeantes, de una viveza inquieta. Su nariz fuerte y sus labios delgados, siempre risueños, sombreados por un bigote fino y ondeado. Por lo demás llevaba siempre la cara cuidadosamente rapada. La facción que dominaba su fisonomía—en la doble acepción de la palabra—era la frente, modelada con suavidad y con energía. Era el tipo andaluz, moreno y fino.

Vestía siempre con elegante sencillez, con esa distinción que pasa en un discreto silencio y sólo llama la atención de los que la saben estimar.

Estableció luego con nosotros una corriente de viva simpatía. Su actitud sencilla alejaba toda pretensión; su voz era suave, de un timbre velado, su palabra insinuante, fácil y nerviosa. Sabía dar un vivo interés a sus lecciones, y, sobre todo, sabía hablarnos un lenguaje que hacía revivir las primeras im-



Dr. Adolfo Murillo



Dr. Georges Petit

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

presiones de la Escuela, las vagas aspiraciones de algo grande, de alentadoras y nobles esperanzas.

Nos servían de texto para estudiar la terapéutica las lecciones de Trouseau y Pidoux. Todo nos halagaba en esas páginas a que da tanto interés el colorido elocuente de Trouseau. Nos halagaba la claridad de su doctrina y la armonía de su frase, tan incisiva y tan vibrante. Sentíamos la fascinación encantadora de su genio literario. Cuántas veces no hemos repetido con él: «*la médecine est un art; le médecin doit être artiste*»! Sí, el médico debe ser artista, y él era un artista soberano.

Murillo secundaba la enseñanza de esas lecciones elocuentes del gran clínico francés, hablándonos de las plantas medicinales de Chile, cuyas propiedades desconocidas en la ciencia, eran utilizadas con tanta fortuna en la medicina popular. Y si esas plantas eran tan eficaces en manos ignorantes ganarían seguramente manejadas por un hombre de ciencia. Verificar esas virtudes medicinales, buscar el secreto de su acción, dosificarlo, y estudiar su acción en el organismo sano, era el fácil camino que podría llevarnos hasta la realización de sueños ambiciosos.

Murillo hacía pacientes investigaciones sobre la medicina popular, recogía noticias sobre las plantas que usaban los médicos del pueblo, los «yerbateros», los indios vagabundos que recorren los campos vendiendo amuletos, sortilegios y plantas de efectos prodigiosos. Nos hablaba con entusiasmo de sus pequeños hallazgos, de todas las curiosidades que encontraba en su camino.

Y algo de todo eso se puede encontrar coleccionado en sus voluminosos estudios sobre las plantas medicinales de Chile. Pero todo eso está ahí, como las flores en un herbario, sin vida, sin aroma, sin esa emoción caliente de aquel tiempo en que todos los detalles tenían interés y novedad.

De todo eso nos hablaba Murillo con calor, con un interés muy vivo, casi con pasión. Y no digo con pasión, porque la violencia y la exageración de la pasión, eran incompatibles con su carácter esencialmente circunspecto y moderado. Murillo era un enamorado, pero no un apasionado de la ciencia, como algunos de los profesores de que nos hemos ocupado.

Pero, en cambio, traía una nota nueva a la enseñanza, una

nota práctica de un carácter peculiar. En su clase de obstetricia esa nota resaltaba.

En sus lecciones seguía la enseñanza de la Escuela de París, que el doctor Sazie había popularizado entre nosotros. Las clases tenían lugar en la antigua Casa de Huérfanos, fundada a mediados del siglo XVIII, con un legado de don Pedro Tisbe. Con esa suma escasa se habían instalado 50 camas para parturientas vergonzantes, y un torno para expósitos.

Un siglo después de su fundación no había cambiado mucho esa pobre y vieja instalación. Ahí durante más de 30 años había dado Sazie sus notables lecciones de obstetricia y seguramente habría insistido en señalar los inconvenientes y las desastrosas consecuencias de aquellas condiciones miserables. Murillo, que era su discípulo, no pudo seguramente avanzar mucho sobre aquella enseñanza de Sazie, pero no se limitó a señalar esos inconvenientes y peligros. Desde que se hizo cargo de la clase en 1868, principió la lenta y persistente transformación de aquellas salas, hasta llegar a convertirlas en una Maternidad, que hace honor a la Beneficencia Pública de Chile.

Esa ha sido la obra de una paciencia tenaz, de un esfuerzo sostenido durante muchos años. Eso es lo que he llamado la nota práctica de la enseñanza de Murillo que traduce en hechos las afirmaciones de la ciencia.

Eso mismo es lo que en otro terreno vamos a encontrar que se repite. El Ministro Portales creó la Junta de Vacuna que medio siglo después, en 1883, fué reorganizada en condiciones que indudablemente mejoraban el servicio.

Sin embargo, la estadística continuaba demostrando que ese servicio no respondía, a pesar de todo, a sus propósitos. En 1891, Murillo se hizo cargo de la presidencia de esa Junta. Reorganizó el servicio, mejoró sus elementos, hizo una activa propaganda para desvanecer preocupaciones en el pueblo, estendió el servicio por toda la superficie del país, y organizó en Santiago el Instituto de Vacuna Animal, que debía suministrar el flúido a toda la República.

El resultado de esa acción perseverante no se dejó esperar. Rápidamente se redujo la vergonzosa cifra de la mortalidad de la viruela que el año 1899—el año de la muerte de Murillo—

sólo alcanzó a 9 individuos en todo el país. Esa cifra es un elogio y envuelve en un velo conmovedor esa actividad fecunda y generosa.

Para conseguir ese brillante resultado tuvo que sostener Murillo una larga propaganda. En 1869, publicó la «Lactancia materna bajo el punto de vista de la madre, del hijo, de la familia y de la Sociedad». Publicó en la prensa diaria una serie de artículos para despertar interés por el cuidado de la infancia y promover la organización de sociedades que vinieran en su apoyo. Esos gérmenes sólo podrían desarrollarse con el transcurso de los años, pero de todos modos era honroso haber sido promotor de esas instituciones filantrópicas.

La misma fecundidad laboriosa desplegó en su propaganda en favor de la vacuna. Con una perseverancia infatigable, prodigaba consideraciones, estadísticas, resultados decisivos que se habían obtenido en otras partes para alentarnos en la propagación de la vacuna. A esos esfuerzos para llevar a la práctica ideas conocidas, pero que se dejaban abandonadas, se deben los éxitos alentadores de su hermosa propaganda.

Esa preocupación tan viva por la miseria y la desgracia no eran la natural y noble consecuencia de una vida que había atravesado días de inquietudes angustiosas, no brotaba del sedimento amargo del pasado. Lejos de eso, su vida había sido siempre fácil y había encontrado en su camino estímulos alentadores y halagüeños.

Murillo había nacido en 1838 en el seno de una familia modesta y honorable. Había hecho sus estudios en el Instituto Nacional, figurando siempre entre los alumnos más distinguidos de su curso, y recibido su título de médico cuando apenas había cumplido 24 años.

En 1864—dos años después de haberse recibido—era nombrado cirujano de ejército. Un puesto análogo habían servido como ya hemos recordado Morán, Padín, Aguirre, Elguero. Había en eso algo más que una mera coincidencia. En esa época el puesto de cirujano de ejército había sido singularmente ennoblecido por Broussais, que en el hospital militar de Val de Grâce, había profesado las lecciones que revolucionaron las universidades europeas.

Cuatro años después, en 1868, Murillo era nombrado profesor de obstetricia y terapéutica. Su vida profesional quedaba desde entonces orientada y señalado el campo en que encontraría su clientela y su fortuna.

Se encerró en su especialidad, consagrándose al estudio y la enseñanza de su ramo, de que sólo conseguían apartarlo los trabajos de activa propaganda a que hemos aludido anteriormente.

Su obra literaria es muy voluminosa, pero casi toda entera es exclusivamente médica. Sólo podríamos exceptuar la «Introducción al estudio de las ciencias naturales» y algunas narraciones novelescas. En el primero de esos trabajos predomina el carácter literario. Hay en él un fondo de ciencia elegante que desaparece bajo el manto suntuoso de un estilo, que se inspira en Lamartine y Chateaubriand. La constante imitación de esos maestros da cierto amaneramiento a su lenguaje, en que sacrifica mucho, pero no lo sacrifica todo, al desgraciado gusto literario de aquel tiempo.

En sus novelas la nota sentimental, la nota exquisitamente romántica, resuena demasiado en sus períodos sonoros.

Esas distracciones literarias eran los únicos incidentes que apartaban a Murillo del curso tranquilo de su vida laboriosa. Vivía encerrado en su profesión y su familia; vivía con esa fácil elegancia que acompaña siempre al que prospera. Su clientela y su fortuna iban creciendo y—¡cosa curiosa!—esa merecida elevación no despertaba envidias odiosas, sino risueñas simpatías.

En 1880, fué elegido decano de la Facultad de Medicina y en 1882 fué elegido diputado al Congreso Nacional. En esas dos funciones sus actividades no estuvieron muy distantes. En la Facultad y en el Congreso, Murillo sólo se ocupó de medicina, de higiene pública y del interés profesional.

Mientras tanto seguía el curso apacible de su vida. Su laboriosidad fecunda llevaba su nombre y su prestigio fuera del país. Las sociedades científicas lo hacían figurar entre sus miembros y tal vez ningún médico chileno ha conseguido reunir tantas distinciones extranjeras.

Murillo era miembro de la Academia Médica de Bolivia, de la Sociedad de Farmacia Argentina, de la Asociación Médica Bo-

naerense, de la Academia Imperial de Medicina de Río Janeiro, de la Sociedad de Medicina de Bogotá, de la Sociedad Médica Argentina, de la Real Academia de Ciencias Físicas y Naturales de Madrid, de la Academia Nacional de Medicina de Lima, de la Sociedad Científica Argentina.

En medio de esa vida afortunada en que sólo tuvo las tristezas inseparables de una vida que se prolonga y cuando ya iba a entrar en la vejez, bruscamente, en el espacio de unas pocas horas, sin las dolencias de una enfermedad, tuvo la muerte de los favoritos de los dioses, como decían los antiguos.

Murillo murió en la madrugada del 14 de Noviembre de 1899.

La Escuela de Medicina me encargó que tributara en su nombre un homenaje a los méritos tan laboriosa y duramente conquistados por el doctor Murillo en el campo de la ciencia y en el servicio de nuestra sociedad.

Recorriendo en sus grandes líneas la vida de Murillo decía en esos funerales, palabras de una severa y rigurosa exactitud.

Dije entonces que «a la emoción con que nos acercamos siempre al borde de la tumba que va a encerrar los despojos de un hombre con quien nos han ligado los lazos más cordiales y cariñosos de la vida; a la profunda y severa emoción con que depositamos en la tumba los restos del maestro, cuya enseñanza ha servido de base a nuestro propio desarrollo intelectual, viene a unirse ahora, en esta piadosa ceremonia, la emoción con que vemos desaparecer a uno de los luchadores más perseverantes y tenaces del progreso científico de Chile, y a uno de los hombres que más generosamente han prodigado en nuestra sociedad los recursos y los sacrificios de las ciencias médicas.

«Durante cerca de 40 años ha prestado el doctor Murillo sus servicios en las salas de nuestros hospitales, y dejó ahí el recuerdo de la más ejemplar perseverancia y de los brillantes triunfos de un operador afortunado.

«Durante cerca de 40 años, su pluma infatigable continuaba con un entusiasmo juvenil en la obra científica más vasta, más perseverante y más extensa que haya producido un escritor chileno.

«Durante más de 30 años, ha ocupado en nuestra Escuela Médica una cátedra a que subió envuelto en la cariñosa admi-

ración de sus discípulos, y de que baja ahora rodeado del profundo respeto de las generaciones médicas que se han formado en su enseñanza.

«Esos largos servicios imponen, como un piadoso deber, los homenajes tributados a la memoria del hombre eminente, del escritor brillante y distinguido, del maestro siempre afable y del médico siempre generoso, que ha dejado como luminosa huella de su paso por la vida, tan honrosos ejemplos y tan cariñosos recuerdos.

«Pero si esa pérdida es grande y penosa para la sociedad y para la ciencia, es una pérdida desgarradora para los que estrechamos su mano de amigo en el seno de su hogar. Al recorrer su propia vida, estoy cierto que muchos de nosotros sentirán que la mano del amigo que hoy perdemos, ha pasado, suavizando cariñosamente horas de tristeza y apoyando con energía en las horas de lucha o desaliento, y estoy también cierto, señores, que cuando algunos de nosotros quiera evocar la imagen de un hogar que merecía una eterna sonrisa del destino, recordará ese hogar de afecciones tan nobles y de alegrías tan puras. Ah! señores, los que asistimos a la intimidad de su vida, podemos hoy dar testimonio que la primera hora de tristeza que él llevó a su hogar, fué la hora en que lo dejó abandonado, y que las únicas lágrimas amargas que ha hecho vertir a los suyos, son las que han humedecido su ataúd».

Recorriendo la vida de Murillo han pasado delante de nuestros recuerdos, escenas tranquilas, de una apacible suavidad, que iban dejando en nuestro espíritu la impresión de los silenciosos y risueños paisajes de la Arcadia.

La vida de Zorrilla va a dejarmos una impresión muy diversa. No es un valle alegre, es una accidentada tierra de montañas, tierra de contrastes, de cumbres nevadas y de abismos sombríos, de hielo y de fuego. Es una tierra en que la vida sigue constantemente su camino al borde de un precipicio.

Zorrilla era de la misma edad que Murillo; había nacido el año 39. Estudiaron juntos en el Instituto y se incorporaron después en el mismo curso de la Escuela. Seguían el mismo camino, pero como dos individuos que van por la misma calle en aceras opuestas. Murillo va por la acera del sol, seca y abrigada, Zorrilla va por la acera de la sombra, húmeda y fría.

Poco después de haber principiado sus estudios de medicina su salud principia a decaer, principian los períodos penosos en que el trabajo es imposible. Sólo el extraordinario vigor de sus facultades intelectuales le permite recobrar el tiempo que las enfermedades le arrebatan y mantener el nivel de sus estudios. Así, penosamente, cayendo y levantando, aprovechando con avidez las horas tranquilas, llega por fin al término de su carrera. El camino ha sido duro, pero ha sido brillante.

Zorrilla se recibió de médico en 1862. Pero, como estudiante había sido, desde 1859, disector, puesto que ocupó hasta 1865.

En 1863, se presentó, como ya hemos dicho, junto con Murillo y Valderrama, al concurso de Patología externa, en que se colocó en condiciones que hicieron vacilar el fallo de los jueces.

De todos modos, no tardó en tener ese fracaso una compensación halagadora. En 1863, fué elegido miembro de la Facultad de Medicina. Creo que ha sido el médico más joven que la Facultad ha honrado con sus votos.

En 1865, fué nombrado profesor de flebotomía y de dentística, situación secundaria en nuestra Escuela, y que él aceptó con una triste resignación.

Al año siguiente, mientras desempeñaba Aguirre la clínica quirúrgica, fué nombrado Zorrilla profesor de anatomía en su reemplazo.

Lo conocí entonces. Era una figura hermosa, excepcionalmente hermosa, de facciones muy finas, de líneas correctas, con grandes ojos claros. Una cabellera abundante y una barba de un color castaño casi rubio, encerraban esa fisonomía de una delicadeza juvenil en un marco espléndido. El color de sus cabellos hacía resaltar más vivamente la extraña palidez de su semblante. Había en su mirada esa luz pálida y fría de un claro de luna. Esa palidez mortal, esa mirada opaca, pequeños accesos de una tos seca, y no sé qué aire de cosa marchita, triste y resignada, dejaban sospechar el mal inexorable que lo arrastraba hacia el abismo.

El lo sabía, pero se hacía la ilusión de que la juventud y la ciencia acabarían por triunfar. Y, entre tanto, luchaba, luchaba desesperadamente, sin vacilar, ante ningún sacrificio, llevando hasta la estrictez más rigurosa todas las exigencias de un régi-

men severo. Llevaba la vida solitaria de un asceta. Desde que caía la tarde se encerraba en su cuarto, y ahí, solo, buscaba en el estudio y la lectura una distracción para las horas interminables de sus noches.

Ese encierro forzado, esas noches eternas, le dieron un desarrollo enorme a sus lecturas, y sin que él se diera cuenta fueron también desarrollando sus gustos y sus aptitudes literarias.

Al día siguiente, desde temprano Zorrilla estaba pronto para principiar su trabajo de disector, en que procedía con una escrupulosidad y una delicadeza extraordinarias. Sus preparaciones eran acabados modelos en su género.

Esa vida metódica, tan regular y laboriosa, se interrumpía bruscamente. Zorrilla caía postrado por el malestar de la tremenda afección que lo minaba.

Pasado el acceso volvía a la Escuela, cada vez más pálido, cada vez más demacrado, pero también con el aliento de nuevas esperanzas y de nuevas ilusiones.

Sus relaciones con los estudiantes eran muy cordiales y afectuosas; los ayudaba en todo lo que podía, no sólo dirigiendo los trabajos sino ejecutando él mismo los que exigían una mano ejercitada. Gracias a esa ayuda llamaban la atención las preparaciones de los estudiantes de su tiempo.

Pero no fué en la Escuela donde se estrecharon mis relaciones con Zorrilla.

Había en aquella época una tienducha en que se vendían libros viejos, en la primera cuadra de la calle Ahumada. Un inglés era el dueño de esa tienda, era un viejo amable, muy paciente y muy conversador.

No era raro encontrar en esa librería de viejo, obras truncas a precios inverosímiles, pero era necesario estar al acecho para no dejarlas escapar. Ese era el secreto de nuestras frecuentes visitas a aquella librería y de nuestras conversaciones con el viejo buquinista.

Zorrilla y yo frecuentábamos esa librería, y nuestras comunes aficiones literarias cubrieron un poco la distancia que separaba nuestras situaciones en la Escuela. Hablábamos de libros, hablábamos de todo, y en esa pequeña intimidad me dejó ver un rincón muy hermoso de su espíritu, un rincón de una frescura

infantil. Porque ese espíritu, de una sagacidad extraordinaria, tenía, sin embargo, candores de niño, que hacían recordar el desconcertante candor de Lafontaine. Es curioso encontrar en los psicólogos más desencantados y más finos esas ingenuidades virginales. Nos sorprenden tanto, que casi siempre, creemos ver en ellas expresiones de ironía y de amargura.

Más de una vez esas encantadoras ingenuidades de Zorrilla nos hicieron sonreir amablemente, a pesar de la respetuosa consideración, que debía naturalmente inspirarnos, la austeridad de su carácter y la seriedad de su vida.

Cuando Aguirre se hizo cargo de la clínica quirúrgica que había quedado vacante, después de la muerte de Sazie, entró Zorrilla a desempeñar interinamente la clase de anatomía.

En ese corto interinato siguió Zorrilla las huellas del doctor Aguirre, sin alterar en nada los procedimientos de enseñanza y los métodos de estudio.

Fué cariñosamente familiar con los alumnos, y de una complaciente y benévola indulgencia. Como era natural, abusamos un poco de esa bondad de su carácter.

Cuando después de ese interinato, volvió Aguirre a su clase, desapareció Zorrilla de la Escuela. Había vuelto al encierro a que su enfermedad lo condenaba. Pero si no podía salir, podía escribir y podía estudiar.

Al año siguiente, en 1867, fundó Padín el *Médico Práctico* y Zorrilla se hizo cargo de su redacción.

Ya hemos dicho que esa revista médica tiene el mérito de haber sido la primera publicada en Chile.

No podemos tomar en cuenta seriamente ni *El Filántropo* del doctor Indelicato, ni *El Criticón Médico* del doctor Passaman.

El Filántropo fué un periódico de guerrilla publicado en 1837, por un médico napolitano, el doctor Indelicato, que después de turbias y misteriosas aventuras en la República Argentina, llegó a Chile en 1834.

No tardó en verse aquí envuelto en una atmósfera de imputaciones odíosas de que trató de sacudirse entablando un proceso criminal y haciendo publicaciones en la prensa.

El título de uno de esos folletos es toda una historia por sí

solo. Dice: «*Extracto de un juicio criminal y noticia de las piezas originales que se hallan en la botica de la calle del Estado, para que todos puedan examinarlas y servir de refutación a un libelo infamatorio introducido en la provincia de Mendoza por mandado de un* INFAME *y atrevido andaluz, residente en Córdoba, cuyo nombre como se lee al pie del mismo libelo es el doctor Francisco Martínez.* (Santiago 1834).

Al año siguiente—1835—cerró esa serie de publicaciones con la «*Relación de una horrorosa calumnia*» en que después de vindicarse de las acusaciones del doctor Martínez, hace una historia de las persecuciones de que ha sido objeto y de las injusticias de que ha sido víctima.

En esa defensa su pluma arrastrada por la cólera, hace al Protomedicato acusaciones violentas y para deprimir al doctor Blest no vacila en presentarlo a sus alumnos de la Escuela de Medicina en condiciones lastimosas.

Esas apreciaciones hirientes fueron el origen de uno de los incidentes más curiosos en la historia de nuestra Escuela.

Los alumnos ofendidos se reunieron y acordaron publicar una hoja suelta que decía: «Reto de los alumnos de la Escuela de Medicina, dirigido a sostener su crédito y reputación profesional, injustamente ofendido en el escrito que acaba de publicar el doctor José Indelicato, bajo el título de «*Relación de una horrorosa calumnia*».

En ese *reto* decían los alumnos «le provocamos a tener un acto público de anatomía general que deba verificarse en forma de oposición entre el dicho doctor y cualquiera de los alumnos.

Dejamos a su arbitrio determinar el lugar, día y hora que más le acomoden, a fin de que no vuelva a salir con la disculpa vergonzosa de que como médico viejo se halla olvidado de las reglas del arte. Si alguna vez lo ha aprendido, bien deberá ser suficiente un mes para recordarle y poder dar así una prueba perentoria de lo que se ha atrevido a propalar».

Ese duelo singular no tuvo efecto. Viendo el doctor Indelicato el resultado contraproducente de esas publicaciones con que conseguía solamente conquistarse nuevas antipatías y disgustos, resolvió apelar al Protomedicato.

La acusación más grave que Martínez, formulaba en contra

suya era la de haber sido marcado en Europa por la mano del verdugo. Indelicato pidió al tribunal que le hiciera un examen y le diera un informe profesional para desvanecer esa calumnia.

Todo fué inútil. La mancha de aceite lejos de borrarse fué extendiéndose. El doctor Indelicato volvió entonces a la prensa, pero no ya buscando su vindicación sino buscando su venganza. Con esa pluma venenosa escribió los dos números del *Filántropo* en 1837. Ahí no se trata de ciencia, se trata de hirientes y groseras invectivas.

Después de arrojar ese escupo colérico sobre el prestigio profesional de nuestros médicos, salió de Chile el doctor Indelicato, dejando sólo molestos recuerdos de su paso.

Tres años después, en 1840, aparece en nuestra prensa *El Criticón Médico*, cuyo carácter queda acentuado con su epígrafe: «Es imposible ser sincero sin herir algunas vanidades, ser justo sin ofender algunas pretensiones». Esa declaración es el anuncio decisivo de que se va derecho al pugilato de las polémicas violentas.

En ese terreno desgraciado se mantiene *El Criticón* en los 4 números que vieron la luz pública.

El doctor Passaman, que redactaba ese periódico, era un médico francés, graduado en París y Montpellier. Vino a Chile contratado por Egaña en 1825, como profesor de medicina en la antigua Universidad de San Felipe.

Llegó cuando el país atravesaba esa desorganización inevitable en los primeros días de su vida independiente. En medio de esa anarquía, dominada por la ignorancia y los sueños de las masas populares, encontraban fácil acogida las promesas deslumbradoras de las doctrinas disolventes. Las fantasías políticas y las utopías más absurdas flotaban en la atmósfera profundamente desorientada de esos días.

Passaman no contribuyó a serenar aquella atmósfera. Lejos de eso; se arrojó con un ardor apasionado en esa lucha de partidos, apoyando en la prensa con una pluma acerada y traviesa, al grupo liberal más avanzado, al grupo *pipiolo*, que envolvía su badera en los sueños de un informe socialismo.

Cuando vino la reacción a contener al país que rodaba hacia el abismo, Passaman tuvo que sufrir el peso de las medidas represivas y se vió condenado a salir fuera del país en 1830. Diez

años más tarde lo volvemos a encontrar entre nosotros publicando un periódico agresivo, en que hay detalles interesantes de la vida médica de esa época, en medio de invectivas personales, que también por desgracia constituyen un rasgo lastimoso de la vida profesional de aquellos tiempos.

No pueden, pues, disputar esas publicaciones de polémica su honrosa prioridad al *Médico Práctico*, redactado por Zorrilla. Es la primera revista consagrada entre nosotros al cultivo desinteresado de la ciencia médica. El «Boletín de la Sociedad de Farmacia», que apareció en 1863, tenía un carácter profesional muy restringido, era simplemente el órgano oficial de una sociedad, que sólo tenía entonces relaciones muy lejanas con el Cuerpo Médico.

Zorrilla se consagró a la redacción de su Revista con el entusiasta empeño con que perseguía todos sus propósitos, y llegó hasta asegurarle los recursos necesarios para poderse mantener. De manera que después de la muerte de Padín—que había sido el fundador y el Mecenas del periódico—Zorrilla lo pudo continuar sin que esa publicación le impusiera desembolsos.

De paso haremos notar que este resultado económico fué una revelación alentadora. No se creía que un periódico de medicina pudiera hacer sus gastos. El *Médico Práctico* de Padín y de Zorrilla, abrió el camino que la REVISTA MÉDICA seguirá más tarde con un buen éxito asegurado de antemano.

Entre tanto, un buen día suspendió Zorrilla la publicación de su periódico y apareció de nuevo en nuestra Escuela. Había sido nombrado en 1868, profesor de medicina legal y de fisiología, y sus nuevas ocupaciones absorbían su tiempo y lo obligaban a suspender su vida de escritor.

Cuando lo volvimos a encontrar en la Escuela se había operado en él un cambio enorme. La enfermedad había hecho progresos desastrosos. Pálido, demacrado, con su barba y sus cabellos rubios, Zorrilla hacía entonces la impresión penosa de esos macerados Cristos de Ribera.

Zorrilla no era un advenedizo en el ramo que nos iba a enseñar. Desde muy temprano la medicina legal había tenido para él un interés muy vivo. Uno de sus primeros trabajos, publicado en los «Anales de la Universidad» en 1859, había sido el estudio de *Un suicidio considerado anatómica y patológicamente.*

Un francés, Juan Agase, había entrado el 14 de Mayo al hospital. Llevaba en la sien derecha una herida a bala, que él mismo se había disparado. Después de algunas horas recobró el conocimiento, pero tenía paralizada la deglución y la lengua, no podía mover las mandíbulas ni el ojo derecho. Murió el 20 de Mayo.

Como resumen de la autopsia, decía Zorrilla: «merece notarse que siendo cierto que basta una meningitis para operar un trastorno mental, no deja de llamar la atención que aquí, ni la grande inflamación de las meníngeas, ni la extensa fractura de la base del cráneo, y las demás lesiones encontradas en el cadáver, pudieran perturbar la integridad mental, ni concluído con la existencia hasta el término de seis días, durante los cuales el enfermo no tomó alimento alguno».

En ese pequeño trabajo se deja ver el espíritu crítico que dominaba ya a Zorrilla, su constante confrontación de las teorías y los hechos. El drama, que había tenido como desenlace ese suicidio, grababa profundamente las conclusiones de la autopsia.

Fué curioso y bien calculado el método de enseñanza seguido por Zorrilla. Principió por hacernos un rápido resumen de los capítulos en que se estudia la sofocación, el ahogamiento, la extrangulación, todos los casos en que hay comprobaciones anatómicas. Así nos encontramos luego en situación de poder utilizar todos los casos, en que la desgracia o el crimen nos permitían hacer estudios prácticos.

Y cuando llegaba uno de esos casos de asfixia o de ahorcamiento, etc., entonces no sólo reconocíamos en el cadáver las lesiones anatómicas y estudiábamos sus caracteres distintivos, sino también entraba Zorrilla en un estudio más amplio y más completo de la cuestión médico-legal.

Pero lo que había para nosotros de más interesante en esa clase eran los procesos a que habían dado lugar esas cuestiones. Zorrilla tenía una voluminosa colección de causas célebres, que nos llevaba para ilustrar sus explicaciones y darnos una idea de la tramitación y los procedimientos judiciales.

Esas historias vivas, generalmente dramáticas; ese interés curioso con que se sigue siempre el desarrollo de un crimen, le

daban a las clases de Zorrilla la atrayente animación de un folletín.

Contribuía también a producir esa impresión su voz suave y musical, y la viveza, a veces tan brillante, de sus frases, pero por desgracia cuando lo arrastraba el calor de la palabra lo detenía bruscamente un golpe de tos seca, interminable, que lo hacía estremecerse, y lo dejaba fatigado, en un silencio penoso.

Esos accesos de una tos sofocante y angustiosa dejaban una impresión inquieta, extraña, en que se mezclaba una afectuosa compasión por la fatalidad que pesaba sobre aquella vida, tan hermosa y desgraciada, y una profunda admiración por la serenidad con que a pesar de todo continuaba esa vida de estudio y de enseñanza, sin que nada dejara traslucir la sorda irritación de la desgracia.

Así atravesando períodos de una alentadora mejoría, que parecían justificar las más halagüeñas esperanzas, y períodos en que iba rodando hasta el borde del abismo, entre el desaliento y la esperanza, se fué arrastrando la vida de Zorrilla, hasta llegar a su triste y prematuro desenlace.

A medida que iba avanzando por ese camino silencioso su vida se iba haciendo más y más aislada. Vivía fuera del mundo, extraño a sus pasiones, ajeno a sus intereses, consagrado exclusivamente al estudio de la ciencia. Y todavía, el círculo mismo de sus estudios se fué reduciendo y en sus últimos años sólo leía sobre medicina legal.

Un día, con esa familiaridad libre y afectuosa que gastaba con nosotros, se acercó a preguntarme qué estaba leyendo. «Es un libro de Claudio Bernard», le contesté pasándole el volumen.

«Debe ser muy interesante, me dijo después de hojearlo, pero «*ars longa vita brevis*» y se alejó después de esa triste y amarga insinuación.

Siguiendo por ese camino silencioso y solitario, cada día más solo, cada día más aislado, fué a perderse entre las sombras.

He dicho que Murillo tuvo la muerte de los favoritos de los dioses, la muerte sin dolor y sin angustias, que baja del cielo como un rayo y devora en un instante. A Zorrilla lo trataron los dioses como tratan a los desgraciados, a quienes, decía Cicerón, que los dioses no les quitan la vida sino que les conceden la muerte.

Germán Schneider.—Alfonso Thevenot.—Blest.—Juan Escobar

El Dr. Schneider fué nombrado profesor de Clínica Médica en 1871 y se hizo cargo de la clase en el año siguiente. Yo debía haber sido alumno de esa clase, pero algunas circunstancias lo estorbaron.

Hasta el año 72 Elguero había sido el profesor interino de ese ramo, y ese año, cuando Schneider comenzaba sus lecciones, nos vimos obligados a abandonar las clases para irnos a encerrar en los lazaretos. La epidemia, que azotó ese año tan cruelmente nuestra población, impuso a la Escuela penosos sacrificios. Durante cerca de cinco meses vivimos en un completo aislamiento, sin salir del lazareto. Yo fuí destinado a prestar mis servicios como médico y tuve a mi cargo la sección de niños del Lazareto de San Pablo.

Cuando volvimos a la Escuela ya estaba el año muy avanzado y por esa consideración me autorizaron para continuar mis estudios con Elguero. Sin embargo, un detalle de que luego voy a hablar me permitió asistir a las clínicas de Schneider.

El Dr. Elguero, con la exigente severidad de su carácter y con el cuidadoso empeño en mantener la vida de los estudiantes alejados de todas las perturbadoras distracciones, le preparó al Dr. Schneider una acogida favorable en nuestra Escuela.

Fácilmente consiguieron los alumnos que el Dr. Schneider principiara a las 9 de la mañana su visita. Con ese simple cambio de hora, cambió para ellos toda su vida de estudiantes. Ya podían salir de noche, frecuentar los teatros, recogerse tarde, porque ya nada los obligaba a madrugar. Ya la vida de la Escuela no se veía necesariamente encerrada en el estudio; había ventanas que permitían asomarse y seguir el movimiento alegre de nuestra sociedad. Y muchas veces cuando yo salía de la Clínica de Elguero, la de Schneider no había principiado, lo que me permitía asistir a sus lecciones.

Lo que caracterizaba sobre toda su enseñanza era el visible empeño en hacer que progresaran sus alumnos, era la paciencia inagotable con que los guiaba en el examen del enfermo. Todo eso brotaba del fondo de su carácter complaciente, siempre dispuesto a hacer un sacrificio para evitarle a otro una molestia. Era sobrio en el examen del enfermo limitando su estudio a los rasgos más salientes, y alejándose de una manera sistemática de todo lo que era cuestionable y estaba en discusión. Marchaba su enseñanza sobre el terreno estable y sólido de los hechos confirmados, pero esa ventaja traía como obligada consecuencia hacer que los alumnos renunciaran a preocuparse de lo que era discutible, no entraran en el peligroso terreno de la hipótesis, en que germina, sin embargo, la ciencia y la verdad del porvenir.

Cuando yo lo conocí tenía poco más de 50 años. Había nacido en 1820 en Magdeburgo, y se había graduado de doctor en medicina, cuando todavía era muy joven.

Era de estatura elevada, fuerte, y de una flexibilidad rara en su raza. Su fisonomía era simpática; sus ojos claros, serenos, tenían una suavidad amable en la mirada; su boca era grande, de labios delicados, con una sonrisa benévola. El color de sus cabellos era cano, casi blanco. Se afeitaba los bigotes y la cara, pero se dejaba crecer la barba cerrada en todo el cuello. El color de su semblante era ese blanco patinado de los mármoles antiguos, y en la expresión de su fisonomía dominaba ese aire ingenuo, aire infantil, tenaz y persistente en los hombres de su raza.

Schneider era alemán, de la vieja Alemania, de la Alemania sentimental y soñadora de Goethe, de Schiller y de Heine, que no había sido todavía trastornada por el soplo tempestuoso de Bismark.

Los alemanes de ese tiempo tenían una asombrosa facultad de adaptación. Se fundían fácilmente en la sociedad que los rodeaba, armonizando con ella sus hábitos de vida y hasta su manera de pensar y de sentir. Los alemanes eran en todas partes los menos extranjeros entre los extranjeros. Sus familias se enlazaban y confundían con las nuestras.

Para el Dr. Schneider esa adaptación fué más fácil porque

vino a Chile cuando tenía treinta años escasos. Esa misma agitación política de 1848, que sacudió toda la Europa y esparció por todo el mundo los representantes del liberalismo hecho pedazos; esa misma agitación que trajo a nuestra tierra a Domeyko, a Gorbea y a Phillippi, también nos trajo a Schneider. La participación que había tenido en las revueltas de su tiempo lo obligó a salir de su patria y buscar un asilo en tierra extraña. Schneider figuraba entre los proscriptos alemanes de París.

En 1851 nuestro representante en Francia necesitaba contratar un médico alemán, para la colonia que se iba a establecer al sur de Chile. Aquellas circunstancias decidieron del porvenir del joven médico que durante algunos años ejerció en Valdivia, después en San Fernando, más tarde en Valparaíso y por último en Santiago, donde vino a establecerse cuando fué nombrado profesor, veinte años después de su llegada a Chile.

Durante su residencia en San Fernando la vida profesional lo puso en relaciones con don Federico Errázuriz, que tenía su hacienda en las inmediaciones de aquel pueblo. Ese gran conocedor de los hombres juzgó con una extrema simpatía al joven médico alemán. Su tranquilidad, su prudencia, la serenidad de su carácter, la sencillez de sus maneras, su cultura intelectual, y la respetuosa deferencia de su trato, le conquistaron el aprecio del político que decidió su nombramiento.

Esa designación fué afortunada. Schneider trajo un elemento nuevo a nuestra Escuela: ese elemento fué el deseo de recoger observaciones y darlas a la prensa, fué la publicidad. A él más que a ningún otro le debemos la publicación de la *Revista Médica*, que desde el año 1872 ha sido el órgano autorizado del Cuerpo Médico de Chile. Antes que esa Revista había aparecido el *Médico Práctico*. Pero hay una diferencia esencial entre esas dos publicaciones: una servía de órgano al cuerpo médico que la dirigía y redactaba, y la otra estaba bajo la dependencia exclusiva y personal del Dr. Padín.

De todos modos, de las Revistas Médicas que se publican en América no hay ninguna más antigua que la nuestra, y en Europa sólo recordamos el *Lancet* de Londres que tenga más de 50 años; hay en Francia publicaciones oficiales, pero no publicaciones privadas que se hayan mantenido tantos años.

Tampoco existen en España ni Alemania. Esa vida larga y sólida, que sigue tranquilamente su carrera, está probando que la Revista chilena corresponde a necesidades reales de nuestro desarrollo intelectual, y que ha sido organizada en esas condiciones de elevación e independencia, que la levantan sobre todos los intereses personales y la mantienen sobre los pequeños conflictos en que fracasan de ordinario las publicaciones de este género.

En la Revista y en la Sociedad Médica, cuyos salones frecuentaba, cultivó Schneider con los estudiantes relaciones de una amable familiaridad. No hablaba solamente de medicina; le interesaban mucho la política y las letras, los libros de poesías y los viajes. Era un espíritu culto, y era curioso oir resonar en ese espíritu la nota sentimental, era curioso y no era raro, porque Schneider se emocionaba fácilmente y con viveza cuando recordaba algo que le había impresionado en sus lecturas o en su vida.

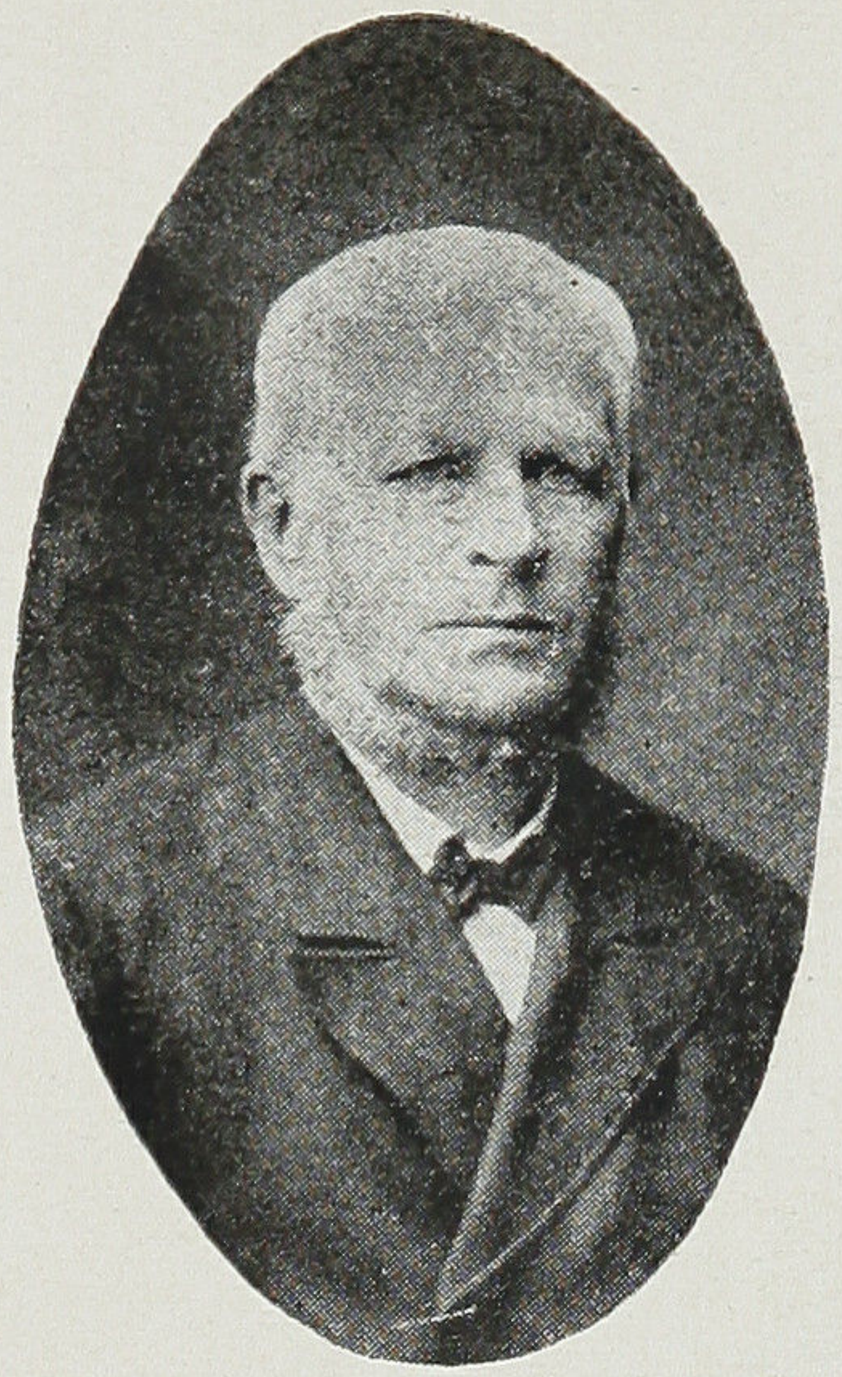
Por lo demás, Schneider hacía una vida solitaria. Vivía encerrado en su trabajo y en su hogar, a donde sólo penetraba un número de amigos muy escaso. En su fisonomía se veía esa expresión de cansancio, de tristeza fatigada que deja el aislamiento.

El 1.° de Marzo de 1884 nos sorprendió la noticia de su muerte. Nadie sabía que estaba enfermo, ese viejo médico, a quien debía mucho nuestra profesión y nuestra Escuela y a quien han conservado sus discípulos un afecto agradecido y respetuoso.

Mi profesor de cirugía y de clínica quirúrgica fué Thevenot.

Thevenot era un hombre espiritual, vivo, inteligente. Había en su fisonomía cierta animación alegre. Pero su mirada de soslayo, sus labios apretados, comprimidos por la mueca de una sonrisa que se disimula, derramaban sobre su fisonomía una luz de recelosa desconfianza.

Toda su gracia alegre no conseguía borrar esa impresión que daba a su travieso escepticismo no sé qué aire de una mordacidad envenenada y rencorosa.



Dr. Germán Schneider
Profesor de Clínica Médica
Fundador de la REVISTA MÉDICA



Dr. Alfonso Tévenot
Profesor de Cirugía y Clínica Quirúrgica
Uno de los redactores del primer número de la REVISTA MÉDICA
(Julio 1872)

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

Como profesor era Thevenot el tipo de los maestros para quienes la enseñanza es simplemente una tarea y que toman su clase como una brillante y provechosa plataforma.

Thevenot en la clase de cirugía practicaba en el cadáver todas las operaciones. Nosotros mirábamos. En la clínica él también operaba a los enfermos, y nosotros también mirábamos. Después de dos años salíamos de esa clínica en que nos habíamos ejercitado solamente en el arte de los vendajes y en la curación de las heridas. Los manuales de Guerin y Maissonneuve habían sido nuestros guías en las operaciones que ensayábamos en el cadáver, esos manuales habían sido en realidad nuestros maestros. Para Thevenot la clase, había sido simplemente un ejercicio personal, una gimnástica para conservar su teclado operatorio.

Esa enseñanza, fría, helada, sin sentimiento, ha pasado dejando solamente una impresión descolorida en la memoria. Los únicos recuerdos de sus clínicas eran algunas frases de un sentido picaresco, que los estudiantes comentaban en las charlas desenvueltas de la Escuela.

Por lo demás, Thevenot miraba con cierta indiferencia el progreso de su clase y de la Escuela. Era una ave de paso. Vivía sobre la rama, pronto a tender el vuelo cuando el viento de la fortuna le soplara. Su vida era la perpetua reminiscencia de un pasado alegre, era la nostalgia de la atmósfera ardiente y viva del «barrio latino», era el deseo impaciente de volver antes de la caída de las hojas, antes de la llegada del otoño.

Ah! ya con Thevenot principiamos a alejarnos del período soñador y generoso de la antigua Escuela, de esa elevación moral de la enseñanza de Domeyko, de esa nobleza profesional que enseñaba Aguirre, de ese desinterés supremo que era el alma de la Escuela, que se respiraba en todo. Ahora principiaban los días en que la ciencia suele bajar de su altar, en que la diosa ha aprendido a calcular, y, como decía don Ignacio, se transforma, y la llevan a apacentar en las praderas del egoísmo.

Thevenot inicia una nueva era en la vida profesional y en la vida de la Escuela.

Esa nueva generación de profesores—constituída por Valderrama, por Murillo y por Zorrilla a que más tarde Díaz y

yo nos agregamos—formaba un grupo, que el instinto de la Escuela ha considerado siempre como un grupo aparte.

Todos ellos habían nacido entre nosotros y se habían formado en nuestra Escuela, en la misma atmósfera moral, recibiendo las mismas influencias del medio en que vivían, con los mismos maestros y los mismos libros. Ninguno de ellos fué estudiante en las universidades extranjeras, y casi digo que ninguno de ellos salió fuera del país. Díaz fué una vez hasta Mendoza, Valderrama se embarcó para ir a Europa, pero sólo alcanzó a llegar a Talcahuano, y yo mismo cuando por primera vez fuí a Europa hacía ya muchos años que era profesor.

La presencia en ese grupo de Thevenot y Schneider no hacía variar sus caracteres.

Thevenot era un elemento extraño en nuestra Escuela, extraño por su educación y su carácter, por las tendencias de su espíritu y su concepción profesional. Thevenot se sentía un extranjero. Era un elemento exótico y no pudo por eso desarrollar ninguna influencia seria en nuestra Escuela.

Es verdad que Schneider tampoco había nacido en Chile, pero había llegado cuando era muy joven todavía y había pasado entre nosotros cerca de veinte años cuando fué nombrado profesor; se había amalgamado con nosotros, había formado en Chile una familia y ligado su porvenir a nuestra tierra; estaba tan impregnado en nuestro espíritu que ya no era para nosotros un extraño.

Ese grupo de profesores no sólo se había formado en nuestra Escuela; había seguido también idéntico camino. Como ya hemos anotado casi todos principiaron como disectores su carrera. Ese puesto había sido su escuela pedagógica, donde se habían iniciado en el arte de tratar y dirigir los estudiantes.

De ese primer contacto había nacido cierta familiaridad más cordial de las relaciones de los alumnos y los profesores en las clases.

He insistido en que la generación anterior había puesto empeño en despertar el espíritu de cuerpo, en darle a nuestra profesión una vida propia y una vida independiente. El cuerpo médico era para ellos una corporación especial, casi una clase

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE



Uno de los últimos cursos de Clínica Médica del Prof. don Germán Schneider.

en sociedad. Ese carácter propio se hacía ver hasta en los más frívolos detalles, hasta en el traje que usaban comunmente.

La nueva generación rompió con esas pequeñas tradiciones. Hasta entonces los médicos habían vestido de ordinario un traje negro o de color obscuro, y todos usaban la levita cerrada de faldones largos y el sombrero de copa alta. Sólo Elguero— que seguía en todo los hábitos británicos— se permitía trajes claros y sombreros plomos. En la nueva generación quedó suprimido ese uniforme, todos seguían libremente su capricho y se iban a perder entre la multitud sin que fuera posible distinguirlos por su traje.

Antes los médicos acostumbraban ir a hacer sus visitas a caballo. Recuerdo haber visto a Sazie de esa manera, llevando un plumero enorme para hacerse sombra. Más tarde se introdujo el birlocho. Lo hemos visto usar a Blest y a Padín. El doctor Petit, que gastaba en todo cierto lujo elegante, en vez del birlocho usó victoria. El doctor Aguirre usaba un carruaje especial, era un coche americano que en el interior sólo tenía dos asientos, ese modelo, que se generalizó mucho, era un carruaje exclusivo de los médicos, que sólo ellos usaban. Era un rasgo aparte y peculiar del cuerpo médico.

En la nueva generación los profesores Valderrama, Murillo, Zorrilla, todos usaron el *coupé* de los franceses, el coche que usaba todo el mundo.

Así, los médicos que habían tenido antes un traje propio, un coche propio, renunciaban esas distinciones y ahora tenían el traje y el coche que usaba todo el mundo.

Voy a recoger otro detalle que acentúa la misma tendencia general.

Antes los médicos habían acostumbrado formular sus prescripciones en latín y usaban como pesos y medidas las onzas y las libras. Eran las viejas fórmulas que conservaban los médicos ingleses, que hasta entonces habían predominado entre nosotros.

La nueva generación abandonó el latín y formuló en español sus prescripciones; abandonó las antiguas medidas con sus signos góticos, introduciendo en sus recetas el sistema métrico moderno. Ya no usaba el lenguaje ininteligible y los signos

misteriosos que sólo podían comprender los iniciados, hablaba ahora en el lenguaje de todo el mundo y rasgaba los velos del misterio.

Borrar las diferencias, confundirse en todo con la gran masa social parecía ser el propósito que la nueva generación perseguía hasta en sus más fútiles detalles.

En las relaciones sociales hay también una diferencia perceptible, a pesar de ser muy fina, entre las dos generaciones.

Como hemos dicho, la generación anterior había entrado en los salones de la sociedad más reservada. Ahí había sido respetuosamente recibida, como se recibe a una visita, a los que vienen de afuera. La nueva generación se movía en esa sociedad como en terreno propio, como todo el mundo. Había entre los médicos hombres de salón, gente de sociedad que frecuentaba los clubs y se encontraba en todas partes, gente que vivía en el gran mundo en medio de cariñosas atenciones. Los médicos de esa generación habían roto con ese aislamiento social en que antes se encerraban y que los eximía del cumplimiento de todos los deberes y atenciones sociales. Los médicos antes no estaban obligados a asistir a los matrimonios, a los funerales, a las ceremonias de cualquier carácter. Los deberes profesionales eran una excusa anticipada.

Algo análogo pasaba en la política. Hemos recordado que en la generación anterior Blest, Aguirre, Elguero, Padín, habían figurado en el Congreso y que todos ellos habían tenido una participación muy escasa en los debates. Sólo hablaban cuando se discutía una cuestión de higiene pública, algo que afectara la enseñanza o el interés profesional.

En la nueva generación todos los profesores fueron diputados y todos ellos tuvieron una participación activa en los debates; casi todos ellos fueron en su tiempo hombres políticos. Algunos llegaron a ocupar los más altos puestos en la Cámara y las más elevadas situaciones de gobierno. Se vió entonces a médicos desempeñando diversos ministerios sin que a nadie le llamara la atención. Era tan natural como ver en ese puesto a un abogado.

Esa intervención en la política, en que tomaba parte todo el cuerpo médico, facilitó mucho la realización de las grandes aspiraciones de la Escuela.

En el Congreso, en la prensa, en los círculos políticos de todos los colores, la opinión de los médicos se hacía oir y ejercía influencia. Influyó esa opinión en la larga elaboración de la ley de Instrucción Pública, en la fundación del hospital clínico de San Vicente de Paul y en la construcción monumental de nuestra Escuela.

Esa generación médica tomó también una activa participación en el movimiento literario de su tiempo. Médicos escribían con brillo en la prensa diaria y las revistas; médicos figuraban en las sociedades literarias y en las corporaciones científicas; había médicos en todos los centros que servían la enseñanza pública o se promovía el desarrollo intelectual

La obra literaria de esa generación fué muy extensa y muy variada. Más importante todavía fué, sin duda, la contribución científica de esa época. Ni antes, ni después se ha publicado una masa de trabajos tan considerable como la que apareció en aquellos años. Todo eso representa un esfuerzo enorme de consagración y de paciencia, una tenacidad que después no ha sido superada.

Ya hemos visto que la REVISTA MÉDICA fué una interesante creación de aquellos tiempos, y merece la pena de observar que los profesores que formaban este grupo son los que iniciaron la redacción de esa REVISTA, cuyo objeto fundamental fué publicar las observaciones que se recogían en las salas. Eso vendría a acentuar el carácter eminentemente práctico que tenía la enseñanza entre nosotros.

Ya hemos dicho que entonces, desde el segundo año, se exigía la asistencia a las salas de hospital y vivían los estudiantes en un contacto diario con los enfermos que observaban. Como los estudiantes eran pocos podían examinar muchos enfermos y comprobar personalmente todos los fenómenos. Ventaja enorme que compensaba muchos vacíos y colocaba a los que seguían nuestros cursos en condiciones imposibles para las grandes clínicas de Europa, en que los estudiantes sólo ven desde lejos los enfermos.

Es, sin duda, hermoso el esfuerzo de esa generación para contribuir al desarrollo intelectual en toda la medida de su fuerza; es hermoso el empeño que gasta en su enseñanza para

levantar el nivel de los estudios. La obra que ha realizado es muy considerable, y bajo el punto de vista material ella se traduce por un progreso enorme y evidente.

Esa generación ha dejado organizados los estudios y ha dejado instalada la Escuela en un palacio. Para levantar esa obra a más altura no habrá más que seguir su desarrollo.

Pero si bajo el aspecto material ha sido esa generación afortunada debemos reconocer con el semblante cubierto de humildad—*col viso coperto d'humilta* como decía el Dante—que desgraciadamente en los tiempos de su influencia ha principiado a decrecer algo hermoso y grande que había en la herencia del pasado;—la confianza en la propia iniciativa, la ciega seguridad en el porvenir.

La generación anterior se había desarrollado en condiciones en que era lícito creer en la posibilidad de todas las ambiciones más audaces. Delante de ella se había realizado la gran quimera de nuestra Independencia. Los que habían presenciado ese prodigio tenían derecho para no dudar de nada.

Pero los que vinieron después, cuando ya había pasado el soplo heroico que levantó esa inmensa agitación, cuando ya todo volvía a su nivel, tuvieron que encerrar sus ambiciones dentro de los límites a que alcanzaban sus recursos. Aprendieron entonces a esperar.

En esa escuela se formó aquella generación tranquila, tenaz y laboriosa, de los trabajos largos y pacientes, que debía dejar una obra seria, duradera y sólida.

Otra generación vendrá después a reemplazarla. Una generación nacida entre nosotros, pero que se ha formado fuera. Esa generación nos va a traer sus visiones de Europa, la impresión que ha recogido en los grandes centros europeos, el deseo impaciente de tener entre nosotros algo análogo. A esa generación le debemos los laboratorios y las instalaciones de las clínicas.

Esa generación trajo a nuestra Escuela orientaciones diversas, tendencias distintas, un cambio en los tranquilos hábitos de vida y en la manera generosa de considerar la profesión; renovó toda nuestra atmósfera moral, despertando una precipitada necesidad de innovaciones y un horror a la sere-

LA ESCUELA DE MEDICINA



Después la Escuela ha tenido una soberbia instalación, pero en medio de sus magnificencias, como en el palacio de Tito, «se siente la tristeza del vacío». Es necesario reconstruir el alma de la Escuela, renovar el culto de la ciencia desinteresada y generosa, es necesario concentrar todas las fuerzas de la Escuela, toda su energía y su vigor, en la fuerza suprema, en la ambición de llegar hasta donde pueda alcanzar la inteligencia humana en el camino del progreso.

Augusto Orrego Luco, pág. 171.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

nidad tranquila del pasado. Es necesario alejarlo, sepultarlo, pero... cuando el pasado se va siempre se lleva algo, y a veces algo que no se puede reemplazar.....
.....

Cuando vuelvo la vista hacia los tiempos lejanos de la vieja escuela suelen a veces asomar entre mis recuerdos dos figuras hermosas, de una rara elevación moral. Son dos figuras que entonces sólo ví al pasar, pero que han dejado en mi espíritu una impresión que siento cierto orgullo en haber conservado.

Una de esas figuras era la de un hombre alto, delgado, esbelto, de un porte altivo y elegante. Tenía cierto aire de distinción soberbia, cierta nobleza segura de sí misma. Era una figura esencialmente aristocrática. Sus facciones eran delicadas, de una finura casi femenina. Sus ojos muy claros y sus cabellos rubios acentuaban el tipo de los irlandeses distinguidos.

Pero lo que más nos llamaba la atención cuando lo veíamos pasar por los corredores o las salas de hospital, no era tanto su figura imponente, como la veneración con que todos lo miraban. Nuestros profesores, las monjas, los enfermeros, todo el mundo, lo saludaba con respeto y se inclinaba a su paso. Las manifestaciones de respeto lo envolvían, lo seguían a todas partes. Nunca iba solo, siempre lo rodeaban algunos de los médicos.

La primera vez que presenciábamos ese espectáculo de cariñosa admiración todos se preguntaban quién era el objeto de tanta atención excepcional, y cuando sabíamos que era el doctor Blest, lo seguíamos con una mirada escrutadora y curiosa, como si hubiéramos querido retener la figura que pasaba delante de nosotros.

Era tan viva la impresión de aquella escena que al través de tantos años la conservo en todos sus detalles. Al escribir estas líneas veo pasar en mi memoria esa figura amable y seria, rodeada de afectuosos homenajes.

Y todos esos homenajes eran justos. Blest había sido la piedra angular de nuestra escuela en sus comienzos. Más que eso,

había sido el inspirador elocuente de la idea de fundar esa Escuela, de levantar nuestra profesión y ennoblecerla socialmente.

Blest era un médico irlandés, que había hecho sus estudios en Dublín, se había graduado en Edimburgo y pertenecía al Colegio Real de Cirujanos de Londres. Había llegado a Chile en 1823 y circunstancias cariñosamente favorables lo decidieron a fijar su residencia entre nosotros.

Sus conocimientos, su saber profesional, su educación esmerada, su carácter amable y su figura tan elegante y distinguida le abrieron las puertas de nuestra sociedad.

No tardó en darse cuenta de nuestra deprimida y triste situación profesional, de las dificultades en que tropezaban los estudios y de la falta de estímulo para vencer esos tropiezos. Noblemente impresionado con el espectáculo de esos jóvenes chilenos que, a pesar de todo, hacían penosos sacrificios por adquirir algunos conocimientos y seguir su generosa vocación, escribió Blest un folleto cuyas páginas no podemos recorrer sin emoción y gratitud.

Es un folleto que tiene como título: *Observaciones sobre el estado de la medicina en Chile, con la propuesta de un plan para su mejora*, y como epígrafe: *er scripsi non otri abundan tia sed amoris erga li.*

En esas páginas hacía Blest en 1826 una conmovedora apreciación del estado de las ciencias médicas en Chile, de las causas que encadenaban entre nosotros su progreso y la manera de poderlas atenuar. Con una elocuencia alentadora estimulaba nuestro esfuerzo y abría a nuestra futura escuela las perspectivas de un hermoso porvenir.

Esas páginas de una noble elocuencia encontraron un eco favorable en nuestra sociedad y nuestro gobierno. De ahí vino la idea de la organización de nuestra Escuela.

En 1827, Don Manuel Gandarillas nombró a Blest, inspector de medicina, es decir, que puso bajo su inmediata vigilancia el ejercicio de nuestra profesión.

Esa investidura oficial colocaba al Dr. Blest en una situación en que necesariamente debía despertar rivalidades que no tardaron mucho en hacerle sentir sus aguijones.

Publicó Blest en el ARAUCANO un artículo en que daba a conocer estudios recientes sobre el cornezuelo de centeno, que hacía entonces su ruidosa aparición.

El Dr. Pasaman, médico francés educado en Montpellier, sentía por Blest una explicable antipatía personal. Su camino había sido entre nosotros tan difícil y embarazado como había sido fácil y risueño el camino de su rival afortunado. Sus doctrinas médicas se inspiraban en escuelas muy diversas, casi opuestas. Y esas divergencias habían sido todavía envenenadas por molestas frotaciones en la práctica.

Pasaman tenía la viveza picante de su raza, y con una pluma llena de malicia y picardía publicó en EL MERCURIO, en 1829, algunos artículos a que servía de pretexto el estudio de Blest sobre el cornezuelo de centeno.

Blest replicó, y se desató con esa respuesta una polémica que siguió durante muchos años. Esa polémica fué el origen del CRITICÓN MÉDICO, periódico que publicaba Pasaman y en que dejaba desbordar la bilis amarga de sus rencores implacables.

Blest seguía esa polémica con la elegancia desdeñosa de los que han sido afortunados en la vida y avanzaba tranquilamente hacia la realización de propósitos más serios.

Ya en Febrero de 1833 conseguía que el Gobierno decretara la organización de nuestra Escuela, en el mes de Marzo se nombraron los primeros profesores, y el 17 de Abril de 1838 la Escuela de Medicina fué solemnemente inaugurada.

El Presidente de la República, ministros de Estado, todo el mundo oficial tomó parte en aquella ceremonia en que el doctor Blest pronunció el discurso inaugural.

«El constante y ardiente deseo de mi vida ha sido el de coadyuvar a la benéfica tendencia, dignidad, importancia y respeto de la profesión a que pertenezco; y siendo yo el primero que tiene la honra de abrir las majestuosas puertas de la medicina al público chileno—ciencia útil que nos pone en circunstancias de ser útiles al país—mi pecho se conmueve por un sentimiento de gratitud hacia el Gobierno que me ha proporcionado los medios de llenar mis anhelos y de que mi nombre se encuentre en sus futuras páginas.»

Y más adelante agrega: «La miseria en todos sus aspectos, la enfermedad en todas sus formas, el estado físico y moral del hombre desde su cuna hasta su sepulcro, forman los interesantes y constantes objetos de su contemp'ación. Bajo este punto de vista es preciso que Uds. consideren la profesión médica, y, por consiguiente antes de dar un paso más adelante, suplícoles por todo lo que es más caro en el hombre, por su propio honor, por la futura quietud de su conciencia y por el bien de la humanidad doliente, que consulten exacta y seriamente sus potencias físicas y morales, para saber si son capaces de soportar el peso inmenso que Uds. piensan cargar sobre sí.

«Si creen que son adecuados a todo esto, comiencen desde luego sus tareas y no permitan que cosa alguna los distraiga de esta filantrópica determinación. Hagan Uds. que su estudio incesante y cuidadoso sea la base de su profesión... No carecen Uds. de cosa alguna para sus estudios, porque alumnos de medicina jamás han principiado bajo mejores y más lisonjeros auspicios.

«Cuentan, no solamente con la protección, sinó también con la declarada e imperiosa tutela de un gobierno liberal y sumamente decidido y deseoso de proteger y adelantar todas las ciencias y artes útiles a la sociedad; y a más de esto principian en un país donde no existen las fuertes e inveteradas preocupaciones de Europa contra la disección de cadáveres; donde no tienen que gastar nada para su aprendizaje; donde la clínica en los hospitales está abierta para todos los que quieran valerse de ella; en un país, por fin, donde todos los elementos capaces y necesarios para dar un conocimiento profundo en todos los ramos de la ciencia médica existen en superabundancia.»

La escuela que se inauguraba con esa fastuosa ceremonia era la Escuela de San Juan de Dios, era el ANFITEATRO, era un cuarto redondo con una mesa y un armario. Y el Dr. Blest no sólo encontraba que eso era suficiente, sino todo lo que se podía necesitar para el estudio; y no vacilaba en repetir que no había ejemplo de una escuela que hubiera tenido comienzos más brillantes, y con visible satisfacción ponía de relieve el carácter gratuito que tenía entre nosotros la enseñanza.

Todo eso era exacto, y si todo eso nos hace ahora sonreir es

por la comparación con el presente, pero sería muy diversa la impresión si lo fuéramos a comparar con el pasado, y esa es, sin embargo, la apreciación más justa y razonable.

Abrir las puertas de nuestra Escuela fué la orgullosa satisfacción del Dr. Blest y el título de honor que él invocaba para dejar escrito su nombre en nuestra historia.

Inició también la enseñanza de la medicina en nuestra Escuela. Todos nuestros viejos maestros fueron sus discípulos y le conservaron siempre las respetuosas deferencias de los alumnos a su antiguo profesor.

Hablaban de su enseñanza con elogio por la metódica claridad de sus lecciones. No las conocemos, pero han llegado hasta nosotros. Dice Ferrer, en su hermosa historia de la Medicina en Chile, hablando de los *Elementos de Patología* del Dr. Blest que «es una obra inédita—que conservo en mi poder—en que se compilan las lecciones que dió este profesor durante el primer curso». Y agrega después como un dato interesante que «en 1845, don Victorino Lastarria, pidió al Ministerio de Instrucción que hiciera imprimir esa obra por cuenta del Estado o que se ayudase al autor en los gastos de impresión, lo que no se hizo por falta de fondos».

Pero si no conocemos el texto de esas lecciones conocemos su espíritu esencialmente práctico, sabemos que ellas se inspiraban en la ciencia inglesa de aquél tiempo, en las doctrinas médicas de Cullen atemperadas por la influencia de la escuela de Dublín, en que él se había formado, y que tuvo tan esplendido exponente en Graves, el fundador de la clínica moderna, a quien Trouseau llamaba su maestro.

Pero al lado del ilustre fundador de nuestra Escuela, al lado del brillante y sabio profesor, que despertaba tan respetuosa emoción en todo el mundo médico, había en el Dr. Blest un hombre que despertaba entusiasmo entre los jóvenes.

Necesitamos explicarnos. Habían trascurrido ya más de veinte años desde el famoso jurado de Francisco Bilbao, pero se conservaban vivas, palpitantes las impresiones de ese día, conocíamos todos los detalles, pero todo lo veíamos envuelto en el velo hermoseador de la leyenda. En uno de los episodios de aquel día figuraba el Dr. Blest en una actitud valiente y ge-

nerosa, comprometiendo su propia situación en la calurosa defensa de Bilbao. Ese rasgo circulaba con proporciones heroicas en los comentarios de la Escuela y envolvía la figura de Blest en todo el esplendor del entusiasmo.

Muchos años después quise ver lo que había de cierto en la leyenda, y he encontrado que en efecto en el Acta de la sesión del Consejo de Instrucción de 24 de Junio de 1844, se lee que el señor Egaña propuso «suspender sin más dilaciones a don Vicente López, argentino, que está al frente del colegio llamado Liceo, hombre que se jacta de propagar entre los jóvenes sus principios irreligiosos y contra el cual hay suficiente prueba para proceder, supuesto que todos le acusan de ese crimen. Otro tanto creyó que debía hacerse con don Guillermo Blest, profesor del Instituto Nacional, de quien es notoria la parte activa que tomó en el vitoreo a Bilbao el día del jurado».

El Consejo acordó que «Blest queda suspenso en sus funciones como profesor de medicina, hasta que en vista de la explicación que diere de su conducta se tomen las providencias que se estimaren justas sobre su separación».

Comisionó el Consejo al decano de humanidades para recibir las explicaciones de Blest, quien se limitó a contestarle que «se refería en todo a lo que tenía expresado en un oficio que había dirigido al Rector y al Consejo». En este oficio decía el Rector: «no ha encontrado el Consejo explicación alguna satisfactoria, sino un desahogo del resentimiento del Dr. Blest, en términos que desdicen en gran manera del respeto que es debido guardar hacia éste Cuerpo. Las expresiones ofensivas que en él vierte han parecido merecer una reprensión, y a Ud. como jefe inmediato de aquel profesor ha encargado el Consejo de dársela. Al tiempo de cumplir con ese encargo Ud. devolverá al dicho señor Blest el oficio que remito adjunto y que en esta virtud él queda siempre en la obligación de dar nuevas explicaciones al señor decano de humanidades, bajo la inteligencia de que si así no lo hiciere se procederá a las providencias legales a que hubiere lugar».

En una nueva conferencia aseguró Blest al decano «que si había concurrido a la plaza pública el día del jurado fué sin objeto determinado, que no hizo otra cosa en ese día que man-

dar servir al acusado una copa de vino, no como un acto de aprobación a sus principios, sino como un acto de caridad viéndole fatigado y pronto a desfallecer, últimamente que lo que se ha dicho de él, respecto de haberle franqueado su caballo o su birlocho es enteramente falso; que respeta demasiado las leyes de su patria adoptiva y, como su conducta es siempre conforme a sus principios, no ha podido faltar a ellos el día 20 de Junio».

«Resultando de esta contestación—dijo el Consejo—que don Guillermo Blest niega haber cometido los actos criminales de que la voz general lo ha acusado, el Consejo ha creído que se halla en el caso de sobreseer en las medidas a que procedió para cumplir con las obligaciones que le impone la ley como encargado de velar sobre la Instrucción Pública».

Ese acuerdo puso término el 29 de Julio a la molesta y larga tramitación de este negocio. Las respuestas equívocas de Blest, lejos de desvanecer las acusaciones, les daban más fuerza todavía, y así nos explicamos que se hallan creído autorizadas todas las leyendas. Ese pasado generoso envolvía a Blest y despertaba entre nosotros sentimientos de admiración y de entusiasmo.

Cuando yo entré a la Escuela hacía muchos años que Blest se había retirado. En 1853 dió sus últimas lecciones, y desde entonces su puesto de médico en jefe de los hospitales de Santiago era el único lazo que lo ligaba con nosotros, pero se conservaba intacto el prestigio de su antigua situación.

A ese prestigio que venía del fondo del pasado se unían el de la viva simpatía que sobre él proyectaba el esplendor literario de sus hijos. Guillermo Blest Gana era el poeta y Alberto Blest Gana era el novelista de aquella época. Sabíamos de memoria los versos del poeta de la melancolía soñadora, y leíamos con entusiasmo las páginas joviales en que el novelista pintaba alegremente las intimidades de la vida nacional. La popularidad tan brillante de los hijos se reflejaba sobre la hermosa figura de su padre.

Muchos años después, cuando yo ya había comenzado mi carrera y él estaba cerca de concluir la suya, tuve el honor de asistir algunos enfermos a su lado. Me sorprendió entonces la claridad y el vigor de sus extraordinarias facultades. Había

pasado ya los ochenta años y, sin embargo, conservaba toda su frescura intelectual. Llamaba la atención la luminosa claridad de su criterio y la prodigiosa seguridad de sus recuerdos.

Entonces lo oí hablar un español de rara corrección y de una pronunciación británica cerrada, que hacía singularmente expresivo su lenguaje. Hablaba muy bien y era en su charla de una amable cortesía y una gran reserva que daba a su conversación un aire de buen tono y dignidad.

A todo eso hay todavía que agregar que don Guillermo Blest no tenía solamente una situación excepcional entre los médicos, sino también la más alta situación política y social. Era senador de la República y entonces este título tenía una consideración y una importancia que ha perdido.

La otra figura que un sentimiento de justicia y—casi digo de gratitud—desliza suavemente en mis recuerdos, no tenía el brillo señorial del Dr. Blest. Era por el contrario una figura opaca y silenciosa, era la figura de un clérigo modesto y apagado, cuyo nombre hará resonar ese eco de emoción en el hogar de abogados y de médicos, que fueron estudiantes en mi tiempo.

Era el clérigo don Juan Escobar, un hombre todavía joven entonces, pero ya encorvado por la vida más que por los años. Su capa negra, su sotana, su aire austero, abandonado y triste le daban el aspecto melancólico de una cosa vieja.

Casi todos los días nos cruzábamos en el camino. Yo salía de la escuela y él venía a su casa, que estaba en la Alameda. Ahí hospedaba generosamente a un grupo de estudiantes universitarios venidos de provincia. Les daba todo lo que él podía y en cambio no les pedía nada. Era la generosidad en su forma más discreta y delicada, pero los que recibían sus beneficios no ocultaban su gratitud. La casa del clérigo Escobar fué una escuela de grandeza de alma.

Ahora al salir de la vieja escuela vuelvo a encontrar en mi camino esa figura hermosa y venerada que saludaba en otro tiempo con una emoción tan respetuosa.

Voy a cerrar las páginas en que guardo mis recuerdos de la vieja escuela, recuerdos de días silenciosos y tranquilos. Cuando vuelvo la vista a ese período tan apacible de mi vida, me digo

a mí mismo, como el cantor del *Paraíso Perdido:* «Oh! cuántas veces después, sobre las olas del mar turbulento de la vida, he recordado con tristeza esa soledad animada de ideas hermosas, y esa atmósfera tranquila y pura de estudios que quería, que me encantaban con su inocencia, su dulzura y su harmonía».

A. Orrego Luco.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

59) Primeros Alumnos -

125) Retrato Dr. Blest

111) Passaman

88) Dr. Valdetrawa.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE